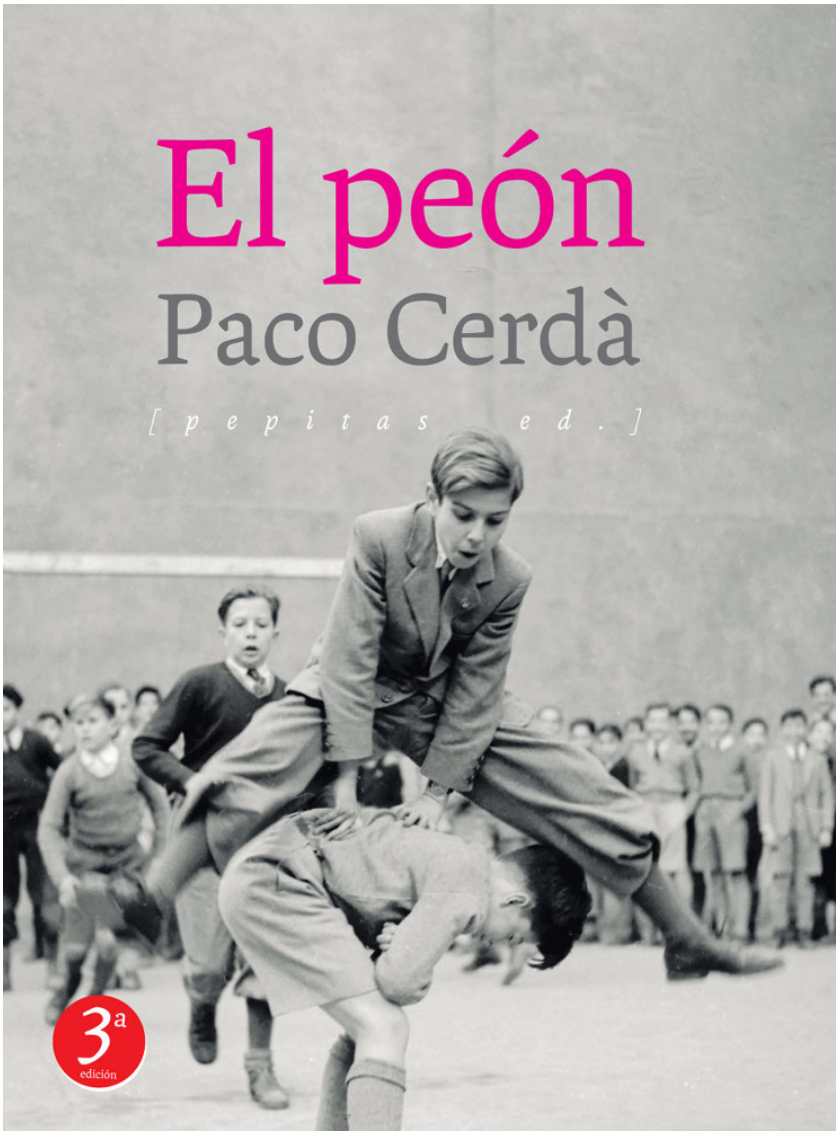
El peón

Paco Cerdà

[p e p i t a s e d .]



3ª edición

Paco Cerdà (Genovés, 1985) es periodista y editor. Su anterior libro fue Los últimos. Voces de la Laponia española (Pepitas, 2017).

«Un libro excelente, quizás uno de los mejores, más compacto y de mayor personalidad propia, entre los escritos en España en los últimos tiempos».

—Manuel Hidalgo, El Cultural

Estocolmo, invierno de 1962. Dos hombres de mundos opuestos se enfrentan sobre un tablero de ajedrez. Arturo Pomar, el niño prodigio de la posguerra que ahora trabaja como auxiliar de Correos en Ciempozuelos, encara su última gran oportunidad deportiva contra un americano joven, excéntrico y ambicioso: Bobby Fischer. Uno fue peón del franquismo; el otro lo será de la Guerra Fría.

Con esta partida y sus contrincantes como hilo conductor, El peón recorre las vidas de numerosos «peones» entregados a una causa política en la España franquista o en los Estados Unidos de Kennedy en aquel convulso 1962. Comunistas, maquis, obreros, socialistas, etarras, cristianos, republicanos, estudiantes o falangistas; afroamericanos, pacifistas, indígenas, activistas antinucleares, izquierdistas o militares de obediencia ciega. Personas que se sacrificaron ante la dictadura o el capitalismo pagando un precio de muerte, cárcel, exilio o soledad.

Como un collage estructurado en los 77 movimientos de la partida Fischer-Pomar, Paco Cerdà teje una original historia acerca del compromiso personal, el ajedrez y el poder para reflexionar sobre dos cuestiones: qué hace la Historia en mayúsculas con la vida de la gente minúscula, y cómo el sacrificio individual explica las luchas colectivas.

El peón

Pepitas de calabaza s. l.

Apartado de correos n.0 40

26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

www.pepitas.net

© Paco Cerdà, 2020

© De la presente edición, Pepitas ed.

Cubierta: Martín Santos Yubero

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-18998-23-2

Producción del ePub: booqlab

Primera edición, febrero de 2020

Segunda edición, enero de 2021

Tercera edición, marzo de 2021

Paco Cerdà

El peón

Los peones son el alma del ajedrez.

François-André Danican Philidor

Si la partida tiene un destino,
ellos son los juguetes del destino;
si bien a veces, por ironía,
el destino depende de ellos.

Ezequiel Martínez Estrada,
Lírica social amarga

1. e4 c5

Nunca un peón es solo un peón. Confinado a un tablero y con los movimientos limitados a su gregaria condición, integra un bando, sirve a un rey, obedece a una mano.

El peón blanco que avanza dos casillas para comenzar la partida —un peón que sueña con alcanzar el octavo escaque y convertirse en dama, que sueña con ser él y ninguna otra pieza la que aseste el jaque mate, que sueña con romper su destino cincelado de peón— tiene detrás a un joven larguirucho de dieciocho años criado en Brooklyn, con pinta de Brooklyn y aires de Brooklyn. Su fama lo precede: arrogante, genial, impredecible. Obsesivo, excéntrico. Ambicioso. A su lado, junto al tablero, una pequeña bandera de barras y estrellas corona un cartel identificativo con siete letras mayúsculas: Fischer.

El contraste sobrecoge. Sentado frente a él hay un español de corta estatura, calvicie pronunciada y dentadura de posguerra. Su mirada anda a ratos perdida, la boca entreabierta. Su actitud parece indolente, cuasi abúlica por momentos. Es su carácter, ya sea frente al tablero blanquinegro o delante de la correspondencia que cada día ordena en las grises oficinas postales de Ciempozuelos. En realidad solo tiene 31 años, pero ya parece viejo. La época de su gran fama quedó muy atrás y el tiempo, implacable, la ha desleído. La ha disipado hasta reducirla a un cerco, una sombra, un eco. Sin conmiseración. El rótulo que asoma debajo de la banderita rojigualda con la siniestra águila negra estampada en el centro tiene cinco letras: Pomar. Pero hay un nombre, con tantas letras como peones negros tiene antes de elegir el tercero por la derecha para ejecutar su primer y osado movimiento —una defensa siciliana ante el maestro de las sicilianas—, que lo perseguirá hasta la tumba: Arturito.

Es 10 de febrero de 1962 y ha empezado la novena ronda del Torneo Interzonal de Estocolmo, con sus veintitrés ajedrecistas

refugiados del invierno sueco en este cálido salón del restaurante Tre Kronor. La de Fischer contra Pomar parece una partida más. Solo una más de las 258 que vivirá este torneo clasificatorio para el campeonato mundial. Sin embargo, nunca una partida es solo una partida.

2. ♘f3 ♞f6

La cita secreta ha terminado. Era frente al cine de la plaza Manuel Becerra de Madrid, entre el gentío de una encrucijada de calles que favorece el encuentro furtivo de dos camaradas comunistas en misión clandestina. Unos minutos de charla con el reloj dando las cuatro, los papeles comprometedores cambian de mano, se concierta otra entrevista. Uno se marcha sabiendo que acaba de delatar a su compañero. El otro coge el autobús de la línea 18. Tras la ventanilla va declinando el último sol caliente de este 7 de noviembre de 1962. Madrid huele a otoño.

El hombre se acomoda en el asiento. Está feliz. Es el sentimiento que le genera el deber cumplido, la disciplina acatada. Siempre fue así. Por responsabilidad dejó los estudios a los catorce años para colaborar en la economía familiar. Por obediencia al Partido aceptó su propuesta de preparar oposiciones y entrar en el Cuerpo General de Policía. Por lo mismo emprendió el exilio tras la guerra y, ya en Cuba, acató el humilde trabajo de repartir folletos y propaganda comunista. Por entrega a unos ideales no ha dudado en correr el riesgo de asumir esta misión, a pesar de que en la fotografía que siempre lleva encima estén esas tres chicas, ahora en Francia, que nunca paran de sonreírle con la mirada en él clavada: su mujer Angelita y sus hijas Lolita y Carmencita, de diez y nueve años, con el pelo a lo garçon y tiradas sobre la arena de la playa.

El autobús continúa su vía crucis urbano, de estación en estación, como aquel camino que va del prendimiento a la crucifixión y la sepultura. Con las manos sobre la cartera, el hombre va recitando para sus adentros ese canto de Neruda a Stalingrado ya memorizado de tantas veces como lo ha leído: Y el español recuerda Madrid y dice: hermana, resiste, capital de la gloria, resiste: del suelo se alza toda la sangre derramada de España, y por España se levanta de nuevo, y el español pregunta, junto al muro de los fusilamientos, si Stalingrado vive: y hay en la cárcel una cadena de

ojos negros que horadan las paredes con tu nombre, y España se sacude con tu sangre y tus muertos, porque tú le tendiste, Stalingrado, el alma cuando España paría héroes como los tuyos. Ella conoce la soledad, España, como hoy, Stalingrado, tú conoces la tuya. España desgarró la tierra con sus uñas cuando París estaba más bonita que nunca. España desangraba su inmenso árbol de sangre cuando Londres peinaba, como nos cuenta Pedro Garfias, su césped y sus lagos de cisnes.

El poema sigue. El autobús se detiene. Pero a él no le dejan bajar. Uno de los policías encubiertos que viajan en el autocar, casi vacío, lo agarra del brazo y lo devuelve al asiento. Solo bajará cuando ellos se lo ordenen, antes de llegar a la parada de la glorieta de Cuatro Caminos. Entonces lo suben a un coche camuflado y lo conducen a las dependencias de la Dirección General de Seguridad. A sus sótanos de frío y humedad, de sangre y terror. Fotos, huellas dactilares, la ficha. Más pasillo, otra habitación. Y la primera declaración: Me llamo Julián Grimau García, soy miembro del Partido Comunista y me encuentro en España cumpliendo una misión de mi Partido.

El Madrid que olía a otoño ahora exhala aromas de invierno con Julián Grimau en prisión. Un jersey tejido a mano y unas zapatillas calientes. Eso le ha mandado su esposa desde Francia a la penitenciaría de Yeserías. Querida Angelita: he recibido el jersey. Es muy bonito y de abrigo. También las zapatillas. Te lo agradezco mucho, pero esto es mucho gasto para ti y esto me inquieta.

Tiene otros motivos para el desasosiego. El día de su detención acabó arrojado por la ventana: escayolas desde los hombros hasta los dedos, piernas semiparalizadas, osamenta destrozada en la parte izquierda del rostro. Se va recuperando. Pero le aguarda un trance peor: un consejo de guerra. El régimen lo acusa de delitos cometidos durante la Guerra Civil en su papel de jefe de la Brigada de Investigación Criminal, por sus acciones en la checa de los sótanos del número 1 de la plaza Berenguer el Gran de Barcelona. Le imputan torturas y complicidad con numerosos asesinatos en la retaguardia. Él insiste: Nunca he matado ni torturado a nadie. En prisión, a su abogado Amandino Rodríguez le recalca que no hay nada de qué arrepentirse. Le dice: La vanguardia no puede

detenerse. Siempre ha sido una minoría vanguardista, la más preparada y consciente, la que se sacrifica por los demás, a pesar de las actitudes de esos demás. Es el sacrificio de esa vanguardia consciente el que ha hecho caminar la historia. Aunque, téngalo presente, esa vanguardia honesta es la que se quema o desaparece en la lucha en beneficio siempre de los otros. Y en el peor de los casos, en beneficio de emboscados y burócratas. Es como en el campo de batalla. El héroe nunca disfruta de la victoria, porque por regla general, salvo contadas excepciones, perece en el empeño. La victoria la usufructúan otros: los calculadores, fríos en su cobardía, que permanecen a buen recaudo en la retaguardia.

La llovizna acompaña la entrada a los juzgados militares de la calle del Reloj. Las escaleras suben a la sala de vistas del segundo piso, pero el atrezzo arroja la escena a las catacumbas de la Historia. A la izquierda, el fiscal militar, un comandante con uniforme, sable y voz atronadora. A la derecha, el defensor militar, con rango de capitán, y el abogado civil. En el tribunal, con un crucifijo sobre la mesa, el coronel presidente está flanqueado por un comandante ponente y cuatro capitanes vocales. Aroma castrense para juzgar actos de una guerra librada un cuarto de siglo atrás. El peón viste traje azul, camisa blanca y corbata azul. Delgado, pálido, ligeramente encorvado y medio calvo; así lo retrata José Antonio Novais, corresponsal de Le Monde. De pie, oye la petición del fiscal: pena de muerte. El juicio acaba. Esa noche, el consejo de guerra condena a muerte a Julián Grimau por un delito de rebelión militar continuado que empezó el 18 de julio de 1936 y acabó el 7 de noviembre de 1962 con su detención en el autobús. De nada sirve la presión internacional: las manifestaciones en las grandes capitales, las gestiones del Vaticano, el telegrama de Kruschev a Franco rogando un humanitario gesto. El Consejo de Ministros no hace uso de su derecho de gracia. Grimau está sentenciado.

Ha llegado la hora, la jugada final. En la cárcel de Carabanchel, el peón se despide de sus amigos y camaradas. Les dice: Yo solo os pido una cosa a todos: manteneos unidos, sed firmes, continuad luchando aquí dentro, y cuando salgáis dejad a un lado lo que os puede separar y colocad en primer lugar lo que os une a todos: la lucha por el triunfo de nuestros ideales.

Es madrugada. Lo cargan en una camioneta militar. Oscuro está el campo de tiro de Carabanchel. Son las cinco y media de la mañana del 20 de abril de 1963. Ya han pasado 8.785 noches desde el cautivo y desarmado. Solo han pasado 164 días desde el último viaje en el 18 con Neruda cantando a Stalingrado en la mente de un hombre feliz, disciplinadamente feliz. Los faros de los vehículos alumbran la pieza señalada en la casilla más indefensa. Un pelotón de trémulos soldados de reemplazo, jóvenes peones de quién sabe qué bando, prepara la captura. Carguen, apunten, fuego. Las veintisiete balas no bastan. Hacen falta tres tiros de gracia del oficial al mando, y quién sabe si será verdad lo que aparece en algún escrito: que esa puntilla a bocajarro le persiguió al teniente toda su vida, como velo que cubre el alma, como sombra que aguarda a cada esquina, hasta condenarlo a las tinieblas mentales de un psiquiátrico. La obediencia, la disciplina: dejarse llevar ya es en sí una decisión. En el suelo, con los ojos sin vendar por voluntad propia, yace el peón: la vanguardia que nunca puede detenerse, la vanguardia honesta que se quema o desaparece. El último muerto de la Guerra Civil viste un jersey tejido a mano y calza unas zapatillas calientes.

3. ♘c3 d5

Dos mundos separa este puente de hierro, suturado con miles de remaches en sus vigas arqueadas. La construcción recuerda a un estrecho tubo: 128 metros de largo, solo 22 de ancho. El puente Glienicker es un larguísimo pasillo enjaulado en sus lados y con el cielo abierto que empieza en Berlín y acaba en Potsdam. Justo en su divisoria, donde algún soñador ha colocado una placa que reza Puente de la Unidad, una raya con barreras a ambos lados delimita la frontera oficial entre Alemania oriental y Berlín occidental. Tal vez sea la representación más concreta y exacta de la Guerra Fría, con las aguas del río Havel pasando bajo la pasarela ferruginosa. El helor de febrero perfora la mañana en este escaque clave de Mitteleuropa.

Faltan ocho minutos para las nueve y hay un peón en cada extremo del puente. Es la hora para Francis Gary Powers.

La historia en mayúsculas es conocida: Gary Powers, piloto del Ejército estadounidense reclutado por la CIA para misiones secretas, es derribado con su avión espía U-2 en pleno vuelo de reconocimiento fotográfico sobre la Unión Soviética. Ese 1 de mayo de 1960 había despegado de Peshawar, Pakistán, y debía recabar información de todo el territorio soviético hasta aterrizar, nueve horas después, en Bodo, en el litoral norte de Noruega. Pero los soviéticos lo han detectado en mitad del trayecto, y un misil ruso ha estallado junto a su aeronave, tiñendo el cielo y la cabina de color naranja, precipitando la tragedia. Gary Powers pierde el control del avión, salta al vacío en paracaídas, cae en Sverdlovsk, unos granjeros lo descubren, lo apresan y lo entregan a las autoridades. Al piloto norteamericano lo conducen a la prisión de Lubianka, cuartel general de la KGB. Comienzan sesenta y un días de interrogatorios a fondo y en régimen de aislamiento para obtener información del espía. Lo someten a juicio en Moscú. De pie en la imponente Sala de Columnas que preside un enorme escudo

comunista, rodeado de rusos y con la tensión en la mandíbula, el piloto —traje, corbata, el pesar en la cara— se defiende. Se presenta como hijo de una familia trabajadora muy humilde y tan alejada del capitalismo como cualquier soviético, asegura que no ha votado nunca en las elecciones de su país y, ante todos los presentes y las cámaras que lo graban para la Historia, confiesa su espionaje, pide perdón, lamenta haber arruinado una cumbre nuclear y una visita del presidente Eisenhower a Moscú, y se declara profundamente arrepentido. Logra así esquivar la pena de muerte. La condena es de diez años, en parte gracias a la línea defensora de su abogado de oficio, un soviético que apenas habla inglés y que insiste en que Francis Gary Powers no es sino un peón caído en un tablero donde otros mueven las piezas y deciden los movimientos.

Lleva preso un año y nueve meses. Casi medio año en la temible Lubianka; el resto, en la prisión de Vladimir, cinco horas al este de Moscú, en una celda compartida con un preso político letón con el que mata el tiempo jugando al ajedrez. Allí lleva un diario personal. Escribe bastante. Le tortura la ausencia de cartas de su esposa: Eso es lo que me está volviendo loco, no puedo dejar de pensar en ello, me está matando lentamente, necesito mucha ayuda, consigna. En su penúltima entrada en el diario, 28 de enero de 1962, escribe: La gente tiene que luchar y morir para que los hombres ricos puedan hacerse más ricos. Algún día habrá algo de justicia en el mundo, pero supongo que muchos hombres tendrán que morir antes de que eso pase. Por supuesto, las grandes industrias están tan de acuerdo que no importa quién gane una guerra, las empresas se benefician siempre. Unos párrafos más adelante, Gary Powers, el americano, deja escrito una especie de testamento político en forma de augurio: Más y más países pequeños mirarán hacia el Este porque no reciben nada más que pobreza del Oeste. La ayuda extranjera de los Estados Unidos por sí sola podría haber hecho maravillas para unir a las pequeñas potencias con Occidente si esa ayuda se hubiera usado correctamente. Pero en lugar de asistir a la gente, anota, la ayuda ofrecida se usó para comprar el apoyo de los gobiernos de esos países a costa del progreso de sus habitantes.

Han transcurrido trece días desde que escribió estas palabras y ahora Francis Gary Powers se halla en un extremo del puente

Glienicker.

La escena, inmortal con o sin brumas, lo ve desfilar en solitario por ese angosto pasillo de acero y cruzarse con Rudolf Abel, el coronel soviético de la KGB que Estados Unidos libera en este canje de espías, esencia de Guerra Fría, al que se añade un estudiante americano liberado justo antes en el Checkpoint Charlie. Uno camina hacia el Telón de Acero, el otro marcha hacia el llamado mundo libre. Son casi doscientos pasos. ¿Qué piensa? ¿Qué piensa en un momento así un peón movido, zarandeado, por la Historia? Un pobre chico de treinta y dos años, criado en el pequeño pueblo de Pound, Virginia, verde, montañoso, con ríos y arroyos que vadean la densa calma del lugar, donde todo el mundo lo conoce a él, el chico robusto que ha sido socorrista de piscina, que hace espeleología, que pesca, caza y se pierde por las altas montañas de los Apalaches para contemplar los frondosos valles de un mundo tan pequeño y repetitivo, pequeño y repetitivo. Un chico que a los catorce años pagó dos dólares y medio por un vuelo corto en una feria a las afueras de Princeton y quedó arrebatado por el aire, y es de Pound y de su industria minera que todo lo ensucia, ennegrece y contamina de donde saldrá volando para alistarse en la Air Force, y de ahí la llamada de la CIA, y la misión secreta, y las consecuencias de una mala jugada que otros han pensado y ejecutado por él.

Un paso delante del otro en el puente Glienicker. ¿Qué piensa uno en ese trance? Seguramente nada, o como mucho que no se arruine la jugada en curso. Mejor eso que pensar que en breve se irá al traste su matrimonio. O que en Estados Unidos su figura no desprende, precisamente, el perfume épico del héroe militar. Que lejos de aquellos instantes iniciales en los que Pound se llenó de periodistas en busca de la conmovedora historia del piloto desaparecido en territorio soviético, las cosas iban a cambiar y la sombra de la traición, o de la cobardía, iba a planear siempre sobre él. Pregunta el Sunday Herald Tribune de Nueva York: ¿Por qué, sabiendo que ni él ni el U-2 debían caer en manos hostiles, no se inmoló junto al avión? ¿Por qué Powers no usó la aguja con veneno que tenía en la mano? ¿O la pistola que tenía con él? La revista Newsday le niega su derecho al cobro retroactivo del salario por el periodo de encarcelamiento. Nuestra recomendación, dice un editorial de la revista, sería no. Fue contratado para hacer un

trabajo y fracasó en él. Dejó atrás su U-2, sustancialmente sin daños, para que los Rojos pudieran copiarlo o mejorarlo. Bajo estas circunstancias, el pago retroactivo sería ridículo. Tiene suerte de estar en casa otra vez. Cualquier cosa que pueda aportar sobre los rusos será bien recibida. Pero él no es un héroe, y no debe ser considerado como tal. La Casa Blanca tiene toda la razón al no llevarlo a una reunión con el presidente Kennedy, sostiene la revista.

El peón que avanza por el puente berlinés, con Rudolf Albel ya a su espalda —dos mundos tan idénticos en su diferencia—, aún no conoce los contornos de la soledad que le espera cuando pasen las tres semanas de interrogatorio de la CIA, la comparecencia ante el Senado y el recibimiento festivo en su condado de Wise: música de las bandas escolares, medalla de ciudadanía, ochocientos vecinos alegres. Francis no puede ni imaginar cómo es el difuso perfil de esa sombra de cobardía, deserción o traición que nunca se disipa cuando a un peón le exigen el sacrificio completo —la aguja, el veneno, luchar y morir— por el bien del bando, y no es suficiente con soportar la cárcel a ocho mil kilómetros de casa, el sufrimiento de una ruptura matrimonial, la pérdida del trabajo, la angustia vital, el miedo en soledad.

4. ♗b5 + ♝d7

Un peón. Solo un peón. Con la mirada de tu rey en el cogote. Con el desdén soterrado de la aristocracia de tu bando. Con la insignificancia de un zarandajo, de una bagatela, inscrito en la genética. Con el abismo del vacío y la descarnada intemperie a tus pies; no naciste con red ni parapetos. Consciente de que los gastadores —cava trincheras, allana el terreno, abre paso, sé pionero— son los primeros en caer por los márgenes de la historia. Sabedor de que cinco pasos, o seis, los necesarios para despojarte de tu pesado destino, son un mundo cuando el tablero no está hecho a la medida de tus fuerzas, cuando las reglas te condenan al rango de peón, cuando los peligros acechan y se multiplican por la desigualdad de un origen viciado. No naciste con voluntad de peón. Pero eres un peón. Sacrificio es la divisa para ti impuesta, el blasón que nadie se molestará en labrar por efímero. El relato del bien común urdido por la jerarquía te necesita. No escatimarán en aderezos y parafernalia: epopeyas, banderas, himnos, póstumas condecoraciones. Pero una vez deje de sonar el último aplauso del último asistente al gran teatro y el humo de las salvas disparadas en tu honor sea barrido por un cielo que esa noche oscurecerá como siempre a la espera de otro amanecer ordinario —y así es como avanza el mundo y es así como se completa una vida que no ansía más que ser vida—, tú seguirás arrumbado en el margen. No habrás sido más que un peón. Y la partida, que ahora descubres que no era tu partida, continuará.

5. e5 d4

La vida de Arturito Pomar. El título del libro es más propio de una estrella precoz del cine, el toreo o la canción. En cambio, su protagonista juega al ajedrez. Solo tiene quince años.

Dice Truffaut que la expresión biografía de jugador de ajedrez encierra un oxímoron: nada hay más alejado de la vida que las profundidades simbólicas y teóricas que se alcanzan sobre un tablero; nada más distante a los avatares del día a día que la existencia de quien se consagra a esas simas abstractas e insondables de escaques y trebejos cumpliendo unos votos seudomonásticos de hábito blanquinegro, ensimismado en unas aperturas rayanas en la clausura. Sin embargo, esto es la biografía de un pequeño jugador de ajedrez. Sin oxímoron.

Las páginas amarillean en este volumen publicado en 1946, el año en que la ONU condena a España y la aísla internacionalmente: por su origen, naturaleza, estructura y comportamiento general, el régimen de Franco es un régimen fascista, organizado e implantado en gran parte merced a la ayuda de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini, dice la resolución diez años después del golpe militar. La vida de Arturito Pomar se lo regaló la madre de Arturito a su nieto Eduard para que conociera mejor los orígenes de su padre. De ese padre que en la portada del libro parece un niño con envoltorio de hombre: traje, corbata, peinado serio —raya a la izquierda y brillantina—, gesto grave, el puño derecho sosteniendo el pómulo y rozando la comisura del labio, y una mirada fija, casi hipnótica, en las sesenta y cuatro casillas; como si en ellas contemplara el reflejo de su interior.

En la introducción, los autores Julio Ganzo y Juan Manuel Fuentes justifican el porqué de tan temprana biografía. No es de extrañar, dicen, que la fama lograda por el diminuto ajedrecista vaya dilatándose hasta salirse de la esfera del ajedrez y llegar a los rincones más ignotos. Ya no son los aficionados al noble juego los

únicos que comentan este hecho: se oye hablar de Pomar al médico, al astrónomo, al abogado, al linotipista, al carpintero y al sereno. Arturito Pomar es el ídolo que ha conquistado la simpatía general. Son muchas las personas (jugadores de ajedrez y profanos) que sienten la curiosidad o el deseo de saber sobre el niño prodigio algo más de lo que rumorea la vox populi. Es, por consiguiente, una necesidad, una exigencia del momento, el lanzar a la luz del sol todos los datos que deban conocerse del héroe ajedrecístico de este siglo.

Una prosa inflamada. La pompa y circunstancia rebozan La vida de Arturito Pomar.

El héroe de este siglo pesa cinco kilos al nacer, en Palma de Mallorca, en la primera tarde de septiembre de 1931. Balbucea sus primeras palabras con siete meses. Pasa la infancia en pleno campo, saltando entre riscos y trepando a los árboles como un Tarzán. No ha cumplido aún los cuatro años cuando recita de memoria los 335 versos del Gonzalo Arias de Saavedra escrito por Zorrilla: Está Zahara en una altura entre montaña y colina, sentada en la peña dura que asoma la cresta oscura por entre Ronda y Medina. Arturito asombra a la gente. Su cerebro sigue en la niñez, dicen los biógrafos, pero las habilidades de que hace gala van apuntando ya el porvenir poco común que le reserva el destino. El estudio grafológico de su letra infantil lo corrobora: posee una naturaleza prodigiosamente instintiva y una gran imaginación. El libro magnifica al héroe, agranda su leyenda. Una imagen lo muestra sentado entre misiles de la Guerra Civil sobre un pie de foto rotundo: En Pollença, con seis años, y sin miedo a las balas. Una anécdota refleja su prematura gallardía: el día en que Arturito, con seis años, pedalea cuesta arriba a lomos de su bicicleta por la pendiente extraordinaria de Valldemosa y deja a su tío Joaquín exhausto y con la cara descompuesta. Más deprisa, tío, más deprisa. Hay incluso un detalle digno de la providencia, imprescindible en toda vida de santo, que redondea su carácter excepcional. Sus padres querían ponerle el nombre de Arturo, como su abuelo paterno, y el niño nació justamente el día de san Arturo. ¿Casualidad?, se preguntan los biógrafos. Causalidad, se responden ellos mismos.

Arturito mira a su padre y a su tío mover las piezas blancas, las piezas negras. Tiene tres años. A los cinco le enseñan las normas. Juega contra su padre, su tío, su abuelo. Al principio le dan ventaja, pero pronto observan algo anormal. Arturito les empata, les gana, empieza él a darles una torre de ventaja o incluso la dama, y aun así continúa ganándoles sin haber cumplido los seis. Un día entra en el Café Born, sede del Club Ajedrez Mallorca. El humo de tabaco pobre y el olor a café deslavazado adensan el ambiente. El periódico de la barra cuenta que la guerra sigue, la guerra avanza, la guerra nunca acaba. De fondo, el arrastre de sillas, el tintineo de tazas, cucharillas y vasos, el rumor de voces educadas que rodea cualquier sesión de partidas. Arturito se sienta frente al tablero y derrota a todos los participantes del torneo. Tiene siete años. A los ocho juega a la ciega, sin necesidad de mirar tablero ni piezas, y su nombre aparece por vez primera en el periódico Baleares. Con nueve años lo entrevistan en El Correo de Mallorca: Como buen flecha que soy, mi ilusión es llegar a ser campeón y un buen militar. El nombre de Arturito se propaga por los círculos ajedrecísticos: Arturito, siempre Arturito. Es un espectáculo local, una especie de general Tom Thumb que desata la curiosidad y una incrédula admiración.

Con once años desafía, a la vez, a doce curtidos ajedrecistas en el Café Mallorquí. Es su primera sesión de simultáneas y derrota a todos sus oponentes en una hora y cuarenta y cinco minutos. Hay expectación ante su primera gran cita al mes siguiente, el campeonato provincial. Las frías manos del invierno acarician esa primera copa con su augusta inscripción: Segundo Premio. Campeonato de Baleares de Ajedrez, 1943. El Gobernador Civil y Jefe del Movimiento de Baleares. Enseguida le llega la gran oportunidad. Palma envía un telegrama a Madrid: Ticoulat, campeón, no puede disputar Campeonato de España. Punto. Díganme si niño Arturito Pomar de once años subcampeón de Baleares puede representar esta provincia. Madrid responde: Conforme se desplace niño Arturito Pomar. Punto. Empezará a jugar el próximo lunes a las cuatro de la tarde.

Viaja en barco hasta Barcelona, dejando atrás la mar como un tablero inmenso sin escaques definidos y con piezas nimias moviéndose con la misma solidez de la vida real: ninguna. Toma el tren rápido a Madrid, tierra dura y parda enmarcada por la

ventanilla y ni rastro de la exuberancia y el color de sa terra. Arturito llega a la capital. De la mano de su madre se presenta en el Casino Militar de Madrid, Gran Vía, 13, con un escudo labrado que remata la enorme puerta y realza una máxima tan apropiada para la guerra como para el ajedrez: Si vis pacem, para bellum. El portero le bloquea el paso. No está permitida la entrada a los niños. La madre se explica: el chico es ajedrecista y viene a jugar el campeonato de España. Hay que imaginar esa entrada en el venerable y céntrico edificio. Las miradas adultas sobre el crío, el niño observándolo todo. Qué lejos queda el Café Born, donde lloraba cuando perdía, qué lejos los señores Moner, Adrover, Carrió o Perelló, las caras conocidas, las voces de siempre. Hoy juega el campeonato de España, solo tiene once años. Solo tiene once años, dos cojines entre la silla y el trasero, y los nervios le hacen derramar la taza de chocolate que tiene sobre la mesa en su partida contra el trajeado Martín Ortueta, usted perdone las manchas. Gana esa partida, el público lo ovaciona. El júbilo no para de crecer. Arturito Pomar, Arturito. Queda tercero en la fase previa, con partidas de hasta nueve horas, el niño concentrado y su madre en una silla al lado, tierna estampa; el niño con pantalón corto, camisa y corbata frente a hombres casados y con hijos de la edad de su rival; todo un espectáculo que supera lo deportivo. Consigue la hazaña de clasificarse para la final del campeonato. Sobre la tarima, en lugar prominente, colocan la mesa en la que Arturito disputará todas las partidas: se evitan así las molestias que ocasiona el público arremolinado en tromba en torno a la mesa en la que juega el niño prodigio, la estrella rutilante del campeonato. Gana tres partidas de once y queda el último, pero se convierte en la sensación de esa final.

Lo glosan los periódicos, las revistas y, por primera vez de muchas, el NODO, con solo cuatro meses de vida como lanza en ristre del régimen en cada cine. Suena la música de fanfarria compuesta por Manuel Parada, sale el águila sobrevolando el cielo y luego la otra águila, la pétrea del Una, Grande y Libre, que precede al fundido a negro. Y acompasando las imágenes de Arturito —pedaleando sobre la bicicleta con pantalones bombacho y corbata, comprando en un quiosco, mirando sonriente un escaparate, concentrado frente al tablero y hablando ante los micrófonos de Radio Madrid—, la voz del NODO presenta a los españoles a su

peón: Arturito Pomar tiene once años y es, aparentemente, un niño como los demás. Un niño que monta en bicicleta y juega con los otros chicos. Aquí adquiere con entusiasmo la prensa infantil que corresponde a su edad. En la tienda de juguetes se encuentra en su auténtico elemento y quisiera llevársela toda a casa. Sin embargo, este niño es además un maravilloso jugador de ajedrez que ha representado a Baleares en el torneo recientemente celebrado en Madrid, y que juega contra Fuentes, subcampeón de España, una partida de exhibición en la que consigue el triunfo. Confiemos en que, con el tiempo, Arturito será un auténtico Capablanca. En premio a sus esfuerzos, disfruta de la justa popularidad de la radio, donde Carlos Fuertes Peralba lo presenta a los radioyentes.

A pesar de lo que diga Truffaut, ya se oye hablar de Arturito al médico, al linotipista y al sereno. Ha empezado la gran historia del niño prodigio del ajedrez, mito artúrico de posguerra.

6. exf6 dxc3

La pobreza huele. Desprende un tufo viscoso que penetra en la amígdala a través del bulbo olfatorio y ya nunca abandona el cerebro; memoria olfativa a resguardo del alzhéimer.

El olor a miseria envuelve el hospicio de Chicago para madres solteras sin recursos. Allí transcurren los primeros días de la vida de Robert James Fischer. El invierno de 1943, tiempo de guerra en Estados Unidos, apura sus últimos fríos. Por la radio no para de sonar Tuve el sueño más loco, con la voz de Helen Forrest mecida por la trompeta fantasiosa de Harry James. Mientras, los peones estadounidenses se preparan para desembarcar en Normandía y cavar veinte mil fosas americanas en dos meses: ristras de cruces blancas con un nombre y un número, pues a eso se resume todo, junto a las flores y la bandera.

Regina Wender Fischer, la madre, que ya tiene una hija de cinco años, Joan, carece de marido, de trabajo, de hogar fijo. Aún sueña el sueño loco de estudiar y ejercer de enfermera tras no haber completado medicina cuando, henchida de ideales una década atrás, trabajó en un hospital de Moscú para servir al proletariado ruso. Aquello ya acabó, aunque el FBI no cese de espiarla. Ahora, Regina yerra sola con su prole de un lado para otro de los Estados Unidos. Antes de cumplir seis años Bobby reside en Chicago, en Pullman (Washington), en Moscow (Idaho), en Los Ángeles (California) y en Mobile (un punto remoto y completamente deshabitado en el desierto de Arizona) para luego trasladarse a Nueva York e instalarse en diferentes apartamentos diminutos de Manhattan y Brooklyn; diez mudanzas en seis años con la guadaña del alquiler siempre en la maleta. Su madre trabaja de soldadora, maestra, remachadora, granjera, ayudante de toxicólogo, taquígrafa. La penuria es la constante. El tempo fijado en el metrónomo. El sonido invariable del diapasón. El olor que el cerebro de Bobby no va a poder olvidar.

Una tarde de marzo, Joan vuelve de la tienda de caramelos y trae un juego para su hermano de seis años. Es un ajedrez de plástico de un dólar, con un tablero rojo y negro de cartón plegable y unas piezas de apenas tres centímetros. Joan y Bobby leen las instrucciones: la corta andadura del peón, la cabalgada en L del caballo, las diagonales asesinas del alfil, el movimiento cartesiano de la torre, la omnipotente dama, el frágil rey de obligada defensa, el jaque mate como fin. Las partidas empiezan. Joan se cansa. Bobby sigue. Bobby siempre sigue. Su mente no descansa, nunca, jamás. Superdotado, y es tan reduccionista una etiqueta. Asperger, y es tan simple encasillar lo no diagnosticado. En cuarto curso ya ha entrado y salido de seis colegios. A ninguno se adapta su mente. A la soledad sí. Se ha acostumbrado a ella. A las largas horas sin nadie en casa por el trabajo constante de Regina o sus clases de enfermería, por la abultada ausencia de un padre —quién es tu padre, Bobby, quién es, la pregunta sin respuesta que martiriza—.

El sol declina tras la ventana y Bobby sigue contemplando el tablero y moviendo las piezas. Las de plástico con seis años. Las de madera con siete. Bobby juega contra Bobby, y qué es la vida si no esa partida. Su obsesión por el ajedrez crece, se desboca y preocupa a su madre. Lo consulta con dos psiquiatras. Señora, hay cosas peores que el ajedrez con las que obsesionarse. La madre quiere compañía para su hijo, que socialice con otros chicos de su edad. Manda un anuncio a un periódico local: Se busca niño de siete años para jugar al ajedrez. Es así como un entusiasta columnista de ajedrez del Brooklyn Eagle, donde no publican el extraño aviso, le recomienda por carta que lleve a Bobby a una biblioteca pública que albergará, cuatro días más tarde, una exhibición simultánea ofrecida por el gran maestro Max Pavey.

Es miércoles y ahí está Bobby sentado ante el tablero, con casi ocho años, jugando su primera partida seria. Enfrente tiene a un radiólogo de treinta y dos años que ha sido campeón de Escocia, campeón del estado de Nueva York y campeón de ajedrez rápido de Estados Unidos. No importa la derrota, ni el cuarto de hora de juego ni la dama capturada en el desenlace. Importa ver a Bobby llorando sin consuelo, llorando la sal de la derrota: otro sabor que se incrustará en su cerebro como mecanismo de autodefensa para conjurarlo. Pero, sobre todo, importa ver a Carmine Nigro como

testigo de la partida: observando al niño concentrado, analizando sus movimientos razonables, admirando su rabia final. Es el presidente del club de ajedrez de Brooklyn y al final de la partida se acerca a Bobby y a Regina para invitar al niño al club. Sin cuotas. De este modo comienzan para Bobby las partidas en el club los viernes por la noche, las clases de los sábados en casa de Nigro, los libros de ajedrez que devora en la biblioteca, las revistas especializadas de segunda mano, las partidas al aire libre en Washington Square Park entre bohemios y aficionados haga frío o calor, la modalidad relámpago del blitz (¡mueve!, ¡mueve!), el juego a las ciegas andando por la calle y recordando cada movimiento sin tablero, como una constelación evanescente que brilla con la fuerza de la lógica.

El mundo de Bobby va perfilando sus contornos blanquinegros y acotándose a sesenta y cuatro escaques, treinta y dos piezas, dos bandos y un sabor que evitar. Un mundo constreñido a un tablero que, a su vez, se expande de manera diabólica: tras el primer movimiento de blancas y negras emergen cuatrocientas posiciones posibles en una partida. Después de dos jugadas por bando las posibilidades ascienden a 197.281. Al cabo de tres movimientos de blancas y negras, las combinaciones posibles superan los 119 millones. Y cuando se ha traspasado el umbral del cuarto movimiento, las posiciones posibles rozan las 85.000 millones. El matemático Claude Shannon calculó el número de partidas posibles de ajedrez, usando solo jugadas legales, en 10120. Es decir, un 1 seguido de 123 ceros. Así: 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.00 partidas posibles. Más que átomos tiene el Universo.

La partida de Bobby, un pobre átomo, ha comenzado.

7. fxg7 cxd2+

La partida sigue en Estocolmo. Dos caballos han sido intercambiados y ya duermen en la caja. Es el séptimo movimiento y juegan blancas. Fischer piensa, el reloj avanza. Bobby coge el peón que viene de matar al caballo negro y con él captura a otro peón. Logra así amenazar la torre y el alfil a la vez. Ese peón blanco asesino se ha colocado a solo una casilla de coronar y transformarse en dama, pero sabe que su ufana gallardía es un movimiento kamikaze que aboca a la muerte inmediata. Morir matando o matar muriendo, cuestión de perspectiva. Lo mismo replica Pomar. Mira el tablero, mar blanquinegro que empieza a picarse, e imita a su rival: con el peón negro que se había comido al caballo en la jugada anterior mata a un peón y se planta ante el rey, a una casilla en diagonal, subvirtiendo toda jerarquía y mirándole en contrapicado la testa coronada. Jaque al rey blanco. Suicida. Inofensivo. Con el peón. Pero jaque.

8. ♕xd2 ♗xg7

Un hurón. Vive escondido, caza, vuelve a la madriguera, se agazapa durante horas, se camufla en el subsuelo o entre el follaje, donde aconseje su depurado instinto de protección. Tan social entre los suyos como letal para con sus víctimas.

Un hurón es lo que parece Pedro Sánchez Martínez en esta cerrada noche por las montañas y los bosques del Pirineo catalán. Puro maquis en huida.

Ya nadie cree en el maquis. Ni siquiera los suyos, que han ordenado el repliegue para evitar más muertes inútiles y borrar una imagen de violencia cavernaria que desgasta a la oposición antifranquista. Echarse al monte es un anacronismo. Guerrillero, una palabra de otras latitudes que el Gobierno teme y detesta. Partidas, contrapartidas; todo se va cubriendo del polvo venerable de la Historia y el aura irrepetible de los mitos románticos.

Pero esta noche de julio en la que Pedro camina y se esconde, camina de nuevo y vuelve a esconderse, pies cansados mano sucia hay que seguir, no parece una noche del 62, año en que la gente ve a un irreverente Di Stéfano anunciando medias americanas en los periódicos y las revistas (Si yo fuera mi mujer, luciría medias Berkshire, dice el poseedor de las piernas más famosas del mundo para escándalo del Madrid Yé-Yé y su católico presidente). Esta noche en la que el peón es un hurón que avanza por casillas agrestes y con los fusiles de la Guardia Civil aguardando un movimiento en falso, esta noche recuerda más bien a la España negra de paredón, negro luto y brazos tiesos de orgullo o pavor.

Por qué. Uno se pregunta el porqué. Por qué este hombre de 53 años que durante la guerra se enroló voluntario en el batallón anarcosindicalista Malatesta y resultó herido en el frente de Belchite, que luego perdió los cinco dedos de la mano derecha al explotarle una granada, por qué el hijo de Antonio y Apolonia,

nacido en el pueblo de Ontur (Albacete) y exiliado a Francia desde 1956, anda a estas alturas de la historia como un quijote rojinegro entre pinos, arbustos y matorral. Por qué sigue queriendo jugarse el tipo en el monte cuando ya nadie lo hace y las siglas de su bandera —impersonales, abstractas, lejanas— ni lo piden ni lo desean. Por qué ha cruzado la frontera y se ha adentrado en territorio español con dinamita, fulminantes, dos fusiles automáticos, dos pistolas, munición, banderas de la CNT y un compañero de misión: Ramon Vila, alias Caracremada. Uno se pregunta si el peón, que zigzaguea campo a través y llega oculto al término de Fonollosa, de verdad cree que va a alterar el tablero con un movimiento tan humilde, tan insignificante en el juego medio de la partida: coloca cartuchos de goma explosiva en tres torres eléctricas, en una de ellas cuelga la bandera de la CNT, enciende las mechas y, resguardado a lo lejos, contempla las explosiones, resplandor celeste a las dos de la madrugada, que solo afectan a una torre pero que interrumpen el suministro eléctrico industrial entre Manresa y Sabadell. Por qué ahora, por qué todavía.

La explosión moviliza a la Guardia Civil. Los dos maquis emprenden una huida sigilosa, furtiva, rumbo a su madriguera, Francia, con sus macutos a cuestas. Pero hay una emboscada. Los guardias segundo Anastasio, Honorio y Cristóbal los divisan, solitarias figuras en la noche, en un cruce de caminos. Alto, carrera, salto a un barranco frondoso de matorrales y pino, disparos en vano. La pareja se separa. Caracremada se libra y escapa. A Pedro, que no conoce tan bien el terreno, lo vuelve a sorprender la benemérita: alto, intercambio de tiros, nueva huida del hurón. Es la penúltima. Tras salvar otro intento nocturno de captura con disparos de por medio, finalmente el hurón es acorralado y detenido por la Guardia Civil en Vilada, a solo un día a pie de Francia. Por el camino ha ido soltando lastre: trozos de saco, cuerdas, ropa, una manta, material de farmacia, de higiene y cocina, cuatro banderas de la CNT, una pistola Parabellum, cargador y munición, unas gafas, un carné de la CNT a su nombre fechado en mayo de 1956, una metralleta con cargador, veintiún cartuchos y un tubo para engrasarla. En la detención le incautan más armamento y munición, más banderas rojinegras, cien francos, dos mil quinientas pesetas, el carné de la liga de mutilados, el certificado de refugiado y el de nacimiento, las fotos de un sobrino y de su hija. Se llama Alegría.

Es 1 de agosto. Han transcurrido ocho días desde el sabotaje eléctrico. La larga fuga no ha conducido a la madriguera, sino a la jaula.

Son días de calor y soledad en cautiverio. Lo visitan dos médicos castrenses para calibrar su estado mental. El historiador Josep Clara rescata, en su apasionante biografía de Caracremada, las conclusiones de este examen. Sobre Pedro Sánchez Martínez, dicen y firman los psiquiatras que el detenido no presenta signo de enfermedad mental que lo incapacite para conocer la licitud o ilicitud de sus actos. Pero lo retratan como un individuo de personalidad psicopática inestable, escasas facultades intelectuales y muy poca instrucción. Su modo de ser caracteriológico y temperamental, añaden y firman, le predispone a cometer actos delictivos o antisociales. Por no tener un freno adecuado a sus impulsos. Porque es incapaz de oponer un criterio personal a las proposiciones delictivas que se le hagan.

El maqui se sienta solo, una mano sin dedos, en recuerdo de Belchite y el no pasarán pero sí pasaron, frente al consejo de guerra sumarísimo. Le imputan delito de rebelión militar, de bandidaje y terrorismo por atentar contra la seguridad pública, perturbar la tranquilidad, el orden y los servicios públicos. Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado Pedro Antonio Sánchez Martínez a la pena de treinta años de reclusión mayor.

Qué será la reclusión forzada para un hurón, para un libertario con fronteras invisibles que tiene la noche por amiga y la soledad del campo abierto como abrigo.

Ahora empiezan nueve años de encarcelamiento efectivo en el penal de Burgos. Encerrado allí va a enterarse, tal vez, de que a su compañero Caracremada lo matará a tiros la Guardia Civil en el verano siguiente, en una noche con la luna en cuarto creciente, la C inversa de Caracremada en el cielo estrellado. Será el final del último maqui en activo asesinado en acción de guerra contra la dictadura (quedará solo, agazapado en el monte, José Castro Veiga, O Piloto, el último fuxido de los guerrilleros, acribillado por la benemérita en 1965 a orillas del embalse gallego de Belesar). Así morirá Caracremada, el maqui irredento que saboteó las líneas eléctricas y la vía del ferrocarril en una veintena de ocasiones. Un

hombre que, en palabras de Josep Clara, no buscaba ni el dinero ni la gloria de su organización: solo actuaba movido por la obsesión de causar problemas al régimen, solo vivía por la ilusión, y quizá sea esa la palabra justa, de que no pareciera definitiva la derrota del 39. Una vida entregada a La Idea. Una vida de hurón sin jaulas.

9. ♕g5 ♗f6

La voz de Robert F. Williams suena sincopada, grave y circunspecta, morosamente lenta, pausada, cada sílaba masticada, cada palabra aureolada de tensión; la guerra sin tiros debe de sonar así. Es la voz de Radio Dixie Free, el programa de Radio Habana desde el que emite este fugitivo del Estado, exiliado en Cuba, un negro que cada viernes por la noche predica su credo, negro, violento, de resistencia armada. La emisión clandestina, retransmitida por emisoras libres y rojas de Berkeley y Nueva York, se oye de costa a costa de los Estados Unidos. Los programas se graban en cintas caseras que pasan de mano en mano por los barrios negros de Watts o Harlem: cópiala, hermano, y pásasela a otro hermano.

En la voz de Williams se oye un discurso duro, asfixiante. Las cosas no mejoran para nuestras masas deshumanizadas y oprimidas, dice por la radio a su audiencia negra. Míster Charlie, y es así como llama al hombre blanco altivo, solo intenta desviar nuestra atención sobre las condiciones y razones de nuestro sufrimiento. Está tratando de apartarnos de nuestras metas y objetivos de igualdad, justicia y prosperidad. Ya deberíamos saber que, si alguna vez llegamos a ser libres, será porque nosotros mismos nos habremos liberado. Los tribunales están amañados. Todo el sistema está amañado contra nuestro pueblo, dice. La voz arremete contra el tokenismo: las pequeñas concesiones que no subvierten la discriminación de fondo, que solo adormilan a los discriminados, que no cambian una triste realidad fácil de resumir: los perros callejeros gozan de mayor protección ante la ley que los humanos negros en los Estados Unidos racistas, truena el transistor. Frente a la violencia, solo un tonto pone la otra mejilla, dice airado. No es así como debe encararse a la bestia racista que se ha propuesto exterminar a nuestro pueblo brutalmente oprimido, dice antes de clamar por tres veces libertad, oh yeah.

Un rifle y una mujer.

La mujer era negra. Robert tenía once años. Era sábado por la mañana. Desde la acera de la calle principal de su pueblo —Monroe, Carolina del Norte, donde los negros no pueden lavar su ropa en las lavanderías para blancos—, presenció una escena que siempre le acompañaría: un policía dando una paliza a una mujer negra en mitad del asfalto, a puñetazos, arrastrándola hacia el calabozo más cercano como un trofeo de caza, ella gritando, con el vestido por encima de la cabeza, unos blancos transeúntes riendo ante la cavernaria escena y uno piensa en Goya y sus pinturas negras, con las caras más grotescas e ignorantes de El aquelarre, unos afroamericanos en silencio cabeza gacha y ligero el paso.

El rifle pertenecía a su abuelo. Sikes Williams, nacido esclavo, emancipado, convertido luego en un peón aguerrido entregado a la causa negra. Nunca lamas la mano que te azotó, era el lema de su movimiento político. Tenía un rifle. Con él pertrechado había conseguido, palmo a palmo, la libertad atesorada frente a los terroristas blancos que hostigaban al pueblo negro. Ese rifle se lo regaló a Robert su abuela tras morir el viejo Sikes. El rifle, siempre el rifle. El rifle en la mesa cuando muera, el rifle como forma de vida, el rifle para simbolizar que esta batalla nunca se ganará con la resistencia pacífica y el ejemplo moral, doctor King. El rifle como asidero de una vida que es guerra y trinchera desde la primera jugada, siempre al ataque. Como un peón avanzado: ocupando territorio enemigo, más allá de la cuarta fila, frontera divisoria del tablero; acechando más y más al rival y ampliando la libertad de campo para las piezas de tu bando, aunque, a la vez, eso te exponga a un acoso más peligroso, a una captura más probable.

Pero tú no caes. Nunca caerás. Eres Robert F. Williams, has escapado del FBI y estás en Cuba, con tu periódico clandestino y tu Radio Dixie Free. Y la gente ya canta, en esta primavera de esperanza y lucha, una balada sureña de Pete Seeger que glosa tu epopeya, pura leyenda, mito de un radical.

La Balada del Viejo Monroe, donde el Klan gobierna por decreto. Un pueblo de unos diez mil, y podría ser un bonito lugar. Pero hay incertidumbre y miedo. Una ciudad partida en dos, a la derecha el Monroe blanco, a la izquierda el negro Newtown. En agosto del 61,

canta Seeger con su salmódica guitarra, dieciocho Viajeros de la Libertad acudieron a la llamada del joven Rob Williams, un líder, un hombre gigante. Dijo: Protejamos a nuestras familias de la violencia del Klan. Y los hombres del Klan se pusieron manos a la obra. Vinieron de todas partes, con revólveres y pistolas. Pero al jefe Mauney no le importó. Organizaron un sangriento motín con la balanza ya inclinada, pues los únicos arrestados fueron las víctimas atacadas. Luego urdieron una emboscada contra Williams y los suyos. La balada la desgrana de la forma en que pasó de boca en boca y es eso lo único que importa: Una pareja, de nombre Stegalls, conducía en coche y se adentró en Newtown en aquel fatídico día. Estaban asustados y llamaron a la puerta de Williams. Él, para protegerlos de una multitud agitada, les abrió su casa y les dejó quedarse dentro. Y aunque Rob los había salvado, la policía siguió su rastro. Nada menos que un delito de secuestro: veinte años de cárcel. Luego, el poderoso FBI se unió para ayudar al Klan, pegando despiadados carteles en las oficinas de Correos de aquí y de allá. Decían que Rob iba armado, que era peligroso y esquizofrénico; como si lo más seguro fuera dispararle nada más verlo. Pero Rob escapó a Canadá. Y luego a México. Y ahora se halla en Cuba, donde el FBI no puede entrar. Todos somos culpables hasta que Rob Williams pueda regresar, canta Seeger. Basta ya de muertes y mentiras, el Ku Klux Klan se va a enterar.

Pelo afro, perilla abundante, ojos hundidos, rasgos cincelados de tanto como resaltan, enormemente cinematográficos. El puro en la boca, la pistola o el rifle en la mano. Yo soy un hombre y caminaré erguido, como debe ir un hombre; no me agacharé, escribe Robert F. Williams. Escondido en Cuba. Con el rifle a mano. Empezando ya a ser olvidado.

10. ♗xd7 + ♞xd7

El proverbio italiano aguijonea: Una vez terminado el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja. Una caja cerrada, sin compartimentos de clase, donde la espesa lobreguez extingue las preeminencias y desdibuja toda distinción. Donde ni refulgen las regias coronas ni azora la desnudez, de formas simples, de quien solo posee base, cuello y cabeza, inerme ante los embates de la partida. La metáfora es bella. Y antigua. Omar Khayyam, un matemático persa del siglo XI, lo sintetizó en cuatro versos de sus Rubaiyat: Todo es un tablero de ajedrez de noches y días donde el destino juega con piezas humanas: las mueve aquí y allá, y les da jaque y mate, y, una a una, las guarda de nuevo en el armario. Enemigo de doctrinas estabulantes y rebaños adocenados, librepensador acusado de nihilismo hedonista, Khayyam dejó un mensaje destinado a reyes y peones, quizás más orientado a aquellos peones con la mirada siempre fija en el octavo escaque metamorfoseante o con la mente presa en la salvaguardia de su rey: La esperanza mundana en la que los hombres ponen su corazón se transforma en cenizas o bien prospera; pero pronto, como nieve sobre la faz polvorienta del desierto, tras brillar apenas una hora o dos, se desvanece. Lo único que aguarda entonces es la lobreguez de la caja. La sombra, el polvo, la nada.

11. ♕h5 ♛a5+

Todo niño prodigio precisa una gesta, un hito indeleble capaz de soportar el peso de la leyenda; la viga maestra que concite a trovadores y a mitómanos y deslumbre al neófito ante la epopeya compartida. A Arturito esa encrucijada le llega a los doce años, cuando toma asiento en pantalón corto y se encara al ruso Alexander Alekhine, el vigente campeón del mundo. Dos días más tarde, después de setenta y una jugadas y dos aplazamientos en una partida eterna, ya nada será igual para el Mozart del ajedrez español.

Es verano. Todo ha cambiado muy deprisa desde que el NODO lo mostrara paseando en bicicleta y jugando contra maestros. La fama del niño prodigio se ha extendido en solo un año. Ha salido literalmente a hombros del torneo internacional de Madrid, desde el cuarto piso hasta la calle, en medio de un forofismo y una pasión desconocida en este juego refinado para minorías. No se cansa de firmar autógrafos a niños y adultos. Ha sido elegido para hacer el saque de honor en un torneo triangular de fútbol. Lo llaman desde cada rincón del país para acoger sus demostraciones simultáneas: es enorme el magnetismo de ver a un niño doblegando a tantos adultos a la vez, una fascinación de reminiscencias circenses. Ha conquistado el título de campeón de Baleares y ya ladra el perro, de nombre Alfil, que ha recibido como regalo. La Delegación Nacional de Deportes, encuadrada en Falange, le ha concedido una beca mensual. Pero un cambio sobresale por encima del resto: por consejo de la Federación Española de Ajedrez, toda su familia ha dejado Palma y se ha mudado a Madrid para que el muchacho pueda jugar más y a un mayor nivel que en la isla. La nostalgia del Café Born, que dos días antes de su marcha lo ha despedido con una entrañable ovación, acompaña a Arturito hacia su nueva casa de la barriada obrera de Vallecas.

Pero ahora es verano y se encuentra con sus padres en Gijón,

en el Casino de la Unión. De los nueve ajedrecistas que disputan el torneo internacional, solo dos concentran las miradas en este 16 de julio de 1944, día de la tercera ronda.

El niño prodigio se enfrenta al campeón mundial. El hombre que le arrebató la corona al legendario Capablanca, que perdió el título contra Max Euwe y que luego volvió a recuperarlo para jamás concederle el derecho de revancha al ajedrecista cubano. Alekhine es alto, ancho de espaldas, serio. Viste traje claro y lleva unas gafas de montura oscura que ensombrecen un rostro bello en su juventud. Con cincuenta y un años tiene el hígado tan permeado de alcohol que si lo escurrieran daría positivo. El corazón y la tensión lo mantienen en jaque perpetuo. Muy poca gente habla bien de él; es agrio de carácter, solitario, obsesivo. Por lo demás, arrastra una vida novelesca: hijo de una familia adinerada e influyente de Moscú cuyos bienes confiscó la Revolución bolchevique; detenido por el régimen soviético bajo la acusación de espionaje para los rusos blancos; liberado y exiliado en Francia; antisemita en la Alemania nazi; refugiado en la España de Franco; y batallando antes, ahora y siempre contra el alcoholismo. Una vida parecida a sus composiciones sobre el tablero: arriesgada, al ataque y de combinación vertiginosa. Cuando Alekhine se sienta a la mesa de Gijón y mira a Arturito, solo le quedan dos años para morir, en la más vacía soledad, dentro de la habitación 43 de un hotel desértico de Estoril. Morirá como campeón mundial en posesión del título. Pero es más poderosa, como recuerdo final de su figura, la última estampa de ese cuerpo grande, enfundado en un abrigo, que llena el sillón con los ojos cerrados de muerto y la cabeza sin vida ladeada sobre el ganchillo. Es un cuerpo, inerte como un trebejo, junto a un tablero de ajedrez.

La partida Alekhine-Pomar se alarga y varias hileras de espectadores la siguen de pie. Unos fijan la atención en el tablero. Otros observan con reverencia al campeón. Pero la mayoría mira al niño prodigio con media sonrisa en la boca y el brillo en los ojos. Es el hechizo del mito. Con audacia e intuición, Arturito resiste las osadas embestidas del campeón mundial y logra conducir la partida hacia un resultado de tablas, que incluso podría haber transformado en victoria en dos ocasiones de posición ganadora que el niño ha desaprovechado. Es el único medio punto que Alekhine cede en

todo el torneo. Arturito le ha empatado, con doce años y llevando las negras, al vigente campeón del mundo. Ningún ajedrecista tan joven había puntuado antes frente a un campeón del mundo en una partida de torneo y con el ritmo de juego clásico. Setenta y cinco años después, nadie ha igualado el récord.

La gesta asienta en España el mito de Arturito, lo internacionaliza a través de los periódicos y las revistas, y desata un proceso de deificación oficial del niño prodigio: el icono de un país sin iconos deportivos, la épica propagandística de una sociedad instalada en la insulsa y mediocre prosa. Pronto aparece el Club de Ajedrez Arturito Pomar, suena el pasodoble Arturito Pomar, refulge el fallero de honor Arturito Pomar, escriben la biografía de Arturito Pomar. Poco a poco se va sembrando la semilla de una condena eterna, tragedia personal y colectiva, que nadie como Julio César Iglesias ha sabido condensar: Arturo Pomar habrá de estar a la altura de Arturito Pomar. O sea, a la altura de un niño prodigio.

12. ♘d2 ♕a6

Unos versos a lápiz, los trazos de un pincel, un acorde entre silencios, la frase ante el atril. La inmortalidad emana más de lo sutil que de lo hercúleo, reposa más en el detalle que en la pompa. A veces basta con mover un alfil para alcanzarla.

Solo existe una imagen del trampolín que impulsa a Fischer hacia la inmortalidad. Una sola. Pero una, por fortuna.

Bobby, de trece años, observa el tablero ensimismado. Las mangas cortas de su camiseta a rayas dejan a la vista el vello rubio de pura pubertad que recubre sus flacos brazos. Uno, el izquierdo, lo descansa sobre la mesa desde el codo hasta la muñeca, con la mano que no juega suicidándose en el vacío. El codo derecho lo apoya en la madera y yergue radio y cúbito para acercarse a la boca la mano jugadora hasta rozar el pulgar con los labios. La mirada gacha oculta sus ojos. No se ven, y es una pena. Sí se aprecia su cabeza, ladeada hacia el flanco izquierdo del tablero, justo en dirección a esa dama negra que la Historia mantiene en el panteón de los sacrificios. Bajo ese corte de pelo pobre y sin estilo del muchacho pobre y desgarbado que es, se intuye una mente en orgiástica combustión. Una arquitectura neuronal que se arrima al abismo donde confluyen el arte, la ciencia y el deporte, ese triple cruce de caminos del ajedrez más excelso, el juego capaz de despertar asombro, deleite y veneración ante la belleza, el genio y la perfección.

Es cierto que las fotografías enmudecen lo retratado; casi nunca imaginamos qué sonidos envolvieron la escena capturada. Como si en el momento del disparo el diafragma engullera, junto a la porción justa de luz, todos los decibelios del ambiente. Figuras y paisajes quedan para siempre encerrados al vacío sonoro. Sin embargo, esta fotografía resulta especialmente muda. Solo aparece Bobby detrás de las doce piezas que se vislumbran en el escaso tablero que sobrevive al encuadre. Nadie más, nada más, salvo el

respaldo de su silla. El silencio parece pleno, rotundo; la clase de silencio ontológico que uno asocia a la inmortalidad.

Bobby va a adentrarse en la senda reservada a las leyendas justo en el instante que congela la fotografía, la única imagen de esta partida que enfrenta al maestro internacional Donald Byrne, con blancas, contra un casi desconocido Bobby Fischer, con negras, en la octava ronda del torneo Rosenwald de Nueva York. En ese punto, movimiento decimoséptimo, el muchacho renuncia a proteger su dama amenazada y mueve un alfil dos escaques hacia atrás, cambiándolo de una posición activa a otra insulsa. Nadie entiende lo ocurrido. Los murmullos rebotan contra la madera noble y las cortinas pesadas de terciopelo bermellón que resguardan el venerable Club Marshall, historia viva del ajedrez, en esta noche templada de octubre con dieciocho grados afuera y el barullo habitual entre la Quinta y la Sexta Avenida. El profesor universitario Byrne, que dobla en edad a su contrincante y ha sido ganador del Abierto de Estados Unidos, estudia la posición desde detrás de sus gafas de pasta y captura la dama negra con sus dedos blancos, finos y largos, elegantes, intelectuales. Y es ahí cuando empieza la obra maestra de Fischer.

La desconcertante jugada no ha sido un error, sino un sacrificio. El sacrificio más arriesgado de cuantos existen, el de la dama, quintaesencia del ajedrez romántico con hechuras de arte. El osado movimiento debilita la posición de las blancas y permite a Bobby iniciar una combinación de veinticuatro movimientos orquestados previamente en su cerebro como una sinfonía perfecta que empequeñece todo adjetivo. El sacrificio de la dama le da pie a capturar, sucesivamente, un alfil, un peón, el otro alfil, una torre, dos peones más y la otra torre. Por el camino solo se ha dejado una torre y un peón. Once jaques acorralan a Byrne, un cigarrillo tras otro y el humo mezclándose con el sudor que alimentan los nervios y la muchedumbre apiñada en torno a la mesa. La ejecución final, asesina y trepidante, de apenas veinte minutos, aboca al jaque mate negro en el movimiento cuarenta y uno para éxtasis de los presentes. Acaban de presenciar La Inmortal de Fischer.

Un periódico de Ohio se hace eco de la proeza: Expertos ajedrecistas aclaman al escolar de Brooklyn de trece años. Cuenta la

crónica: Un silencioso grupo se arremolinó alrededor de una mesa en una esquina del Club de Ajedrez Marshall mirando una partida increíble. Los jugadores eran Donald Byrne, un maestro de ajedrez, y Bobby Fischer, un colegial de Brooklyn de trece años que jugaba su primer torneo importante. Una y otra vez, con valentía y movimientos sorprendentes, Bobby engañó con astucia a su más experimentado oponente. Imposible, susurraban los espectadores, Byrne está perdiendo con un don nadie de 13 años. Mate, dijo ese don nadie, y la partida había terminado.

Al mes siguiente, la prestigiosa revista Chess Review lleva a portada la foto de Bobby. Dentro, el gran maestro internacional Hans Kmoch la bautiza como La Partida del Siglo y compara la hazaña con algunos precedentes en jugadores de tan corta edad. El triunfo de Morphy a los trece años contra Jacob Löwenthal, en 1850; la victoria de Reshevsky con once sobre Janowski, en 1922; el tan propagado triunfo de Pomar a los doce contra Saemisch, en 1943, y sus aún más sensacionales tablas a los trece [es un error: fue a los doce] contra Alekhine, en 1944. Sin embargo, en cuanto a profundidad y brillantez de juego, solo la famosa partida que Capablanca ganó a los doce años contra Corzo es comparable a esta. Y aun así, apostilla Kmoch en su artículo, la actuación de Capablanca debía algo al análisis, mientras que la de Bobby Fischer refulge con asombrosa originalidad.

Tiene trece años y Bobby ya es inmortal. Tiene catorce y gana su primer campeonato de Estados Unidos convirtiéndose en una celebridad: el niño pobre de Brooklyn, campeón nacional más joven de la historia sin perder una sola de las trece partidas del campeonato. Tiene quince y disputa contra ajedrecistas de los cinco continentes su primer Torneo Interzonal en Portoroz, Yugoslavia, haciendo tablas contra gigantes soviéticos de la talla de Bronstein, Tal, Petrosian o Gligorić entre autógrafos, fotos y el título de gran maestro más precoz de la historia conseguido sin máquinas ni entrenadores. Tiene dieciséis y, gracias a su sexta plaza en el Interzonal de Portoroz, juega su primer Torneo de Candidatos, la cita disputada cada tres años donde ocho ajedrecistas batallan por ser el aspirante que desafíe al vigente campeón por el título mundial, una corona deportiva e intelectual, y por tanto cultural y política, ideológica, en suma, que retienen los rusos desde 1948.

Aunque todavía es un adolescente, Fischer se ha convertido en el peón americano sobre el campo de batalla blanquinegro que los soviéticos dominan con mano de hierro en la fría guerra. El gran sacrificio, mayor incluso que el de dama, ha sido ofrecido. La combinación que este sacrificio humano desencadenará desprende el aroma a final incierto, trágico, sublime, desmedido y patriótico que impregna todo asunto romántico. Más que la inmortalidad, sutil y etérea, está en juego para Bobby algo más hercúleo y concreto: la mera supervivencia.

13. ♘e4 O-O-O

Fischer mira a Pomar. Desde fuera se ven tan opuestos como el blanco y el negro. Desde dentro no son más que dos cerebros en combustión. La lucha avanza. Cada uno ha dado dos jaques al rival. En la cuneta reposan ya dos peones, un caballo y un alfil por bando; la limpieza va rápida. Las damas han salido de su guarida palaciega. Bobby desarrolla el caballo para ocupar el centro del tablero, especialmente vacío tras los intercambios mortíferos. Mueven negras. Arturo coge el rey por primera vez en la partida con el fin de completar un enroque largo y ponerlo a salvo de emboscadas. Lo hace aunque suponga, como supone, desproteger al peón negro que el rey defendía. Ese peón queda a la intemperie, su hábitat natural. Así en la paz como en la guerra, así en las blancas como en las negras.

14. ♕e2 ♛e6

Lleva la camisa azul, la corbata negra, una bomba en el pecho. Es un falangista puro. Un idealista de aquella revolución pendiente que así se quedó. Lleva la camisa azul. El símbolo que fascina y obnubila, que enerva y sosiega, que enraíza y conecta con un pasado lleno de futuro. Con ella se siente bien, más, mejor.

En el Valle de los Caídos, una corona enorme portada por seis columnas de falangistas, a paso marcial, es depositada sobre la tumba del padre fundador, de aquel que no necesita más que una cruz y dos palabras en su lápida: José Antonio. Se celebran los funerales de aniversario en sufragio de su alma. Está Franco, están todos.

En una época que ha dejado de recrearse en el boato y la liturgia propios de la posguerra, el ritual fascista se extrema para la ocasión. Pistolas, camisas azules, guantes, brazos en alto, banderas, el palio que chirría, delata y retrata al artífice de la pendiente revolución pendiente. Huele a Falange perfumada de incienso y cera; fascismo revestido de casulla.

Él, camisa azul corbata negra, lleva una bomba. La misa avanza en la cripta, siniestra, tétrica. Llega el momento central de la eucaristía, la consagración. Las luces están apagadas. Un único foco ilumina la silueta del sacerdote, tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Silencio espeso. Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Densa oscuridad. Haced esto en conmemoración mía. Oscuro silencio. Y cuando el cura eleva la hostia al cielo, él, Román Alonso Urdiales, falangista puro, veintidós años, con la carrera de Magisterio recién terminada y ocho meses en la mili, suelta la bomba que traía en el pecho en forma de grito: Franco, eres un traidor.

Esas cuatro palabras le han cambiado la vida. Ese movimiento imprevisto de peón que se da la vuelta rompiendo los grilletes asumidos de la jerarquía y la sumisión, los amarres autoimpuestos de la poquedad y el temor, ha tenido un coste enorme. En medio de la confusión que reina en la oscuridad de la basílica, que sigue impactada tras presenciar lo que nadie se había atrevido nunca a hacer —ha insultado a la cara al rey del bando que domina la partida—, las autoridades se han abalanzado sobre un amigo suyo. Román ha salido diciendo soltadle, he sido yo. Se lo han llevado detenido. El director general de Seguridad, Carlos Arias Navarro, obsesionado con la idea del complot o la conspiración, le ha preguntado por qué ha dicho aquello. Porque yo no vivo del régimen como usted, ha tenido que oírse. Sus mandíbulas han salido adoloridas del calabozo. Casi nadie lo ha visitado en la cárcel de Alcalá. Ni siquiera los falangistas lo reconocen como uno de los suyos, a pesar de su carné con yugo y flechas desde los diez años, a pesar de sus convicciones profundas y de su camisa azul. La soledad plena. El cuerpo entregado, la sangre derramada.

No ha pasado un mes desde el grito y, tras ser procesado por el Juzgado Militar Especial Nacional de Actividades Extremistas —un falangista juzgado por extremista en la España franquista—, Román ya está sentado en los juzgados militares de la calle del Reloj. Frente a él, un consejo de guerra. Es soldado, porque aún no ha terminado la mili, y la pena será castrense. Lo juzgan por un delito de injurias al jefe del Estado y a un superior militar, el Generalísimo, con el agravante de haberse producido la injuria en un lugar sagrado. El peón, acorralado por los suyos, o quizá ya no son los suyos, o no del todo son los suyos, quiénes son los suyos, podría preguntarse, y es que acaso uno es de alguien o de algo, podría inferir a estas alturas de la partida y en esta esquina del tablero, se explica: Fui al Valle de los Caídos porque para los falangistas todo lo de José Antonio es como un imán; hay que ir. Con mi grito quise protestar ante la Falange oficial, porque no cumple. Están aburguesados y son pancistas. Y por eso se lo dije al jefe nacional. Le llamé traidor porque no cumple con lo que la Falange prometía. La Falange está traicionando su doctrina, dice.

La sentencia ha dictado una pena de doce años de prisión mayor.

Ahora, cuando ha pasado un año y medio de aquel grito ideológico, Román sigue encerrado en un batallón disciplinario en pleno desierto del Sáhara. El sufrimiento se acentúa en el pelotón de castigo. Lleva un año y medio confinado en este campo de concentración norteafricano para esclavos del franquismo. Interminables son los días en este destierro carcelario, y le quedan tres años y medio más, y tantas otras cosas que ni se imagina y es mejor así en este 27 de mayo de 1962, cuando muy lejos de allí luce engalanado el cerro Garabitas de Madrid, santuario de los vencedores de la guerra. Hay quince mil alféreces provisionales, todos excombatientes de la Cruzada, la línea dura. Son hombres, con armas o sin ellas, volcados en mantener el espíritu de Falange y la Guerra Civil en el seno de la oficialidad de la dictadura. Andan recelosos de la tecnocracia que avanza en el Gobierno de la mano del Opus Dei. Tras las últimas remodelaciones, los asuntos económicos y de la Administración ya recaen en los tecnócratas. Alberto Ullastres en Comercio, Mariano Navarro Rubio en Hacienda, Laureano López Rodó al frente de la Presidencia, Gregorio López Bravo se aproxima a Industria. Todos del Opus. ¿Y la Falange? ¿Y los camisas viejas? José Luis Arrese, el falangista más cercano a Franco, ha presentado un informe al Consejo Nacional con unos datos esclarecedores sobre los escasos miembros de la Falange en la estructura política institucional. Hace seis años eran 2 ministros de 16; 2 subsecretarios de 17; 8 directores generales de 102; 18 gobernadores y jefes provinciales de 50; 8 alcaldes de capitales de provincia de 50; 6 presidentes de diputaciones de 50; 65 consejeros nacionales de 151; 137 procuradores en Cortes de 575; 776 alcaldes de 9.155; 2.226 concejales de 55.560. Balance: la Falange primitiva apenas ocupa el cinco por ciento de todos los puestos de mando y representación de España.

En el cerro Garabitas, entre abrazos conmilitones y recuerdos del lugar de guerra con olor a muerto que pisan estos hombres, Franco, vestido de militar, impregnado de savia militar, toma la palabra para alertar de las embestidas contra la patria. El hombre que firmó la guerra ha terminado hace veintitrés años dice ahora que la guerra no ha terminado. Que continúa en forma de difamación, calumnia, compra de conciencias y fomento de las traiciones.

Franco, eres un traidor.

Según la sentencia, una voz perfectamente audible y potente. Impropia de un peón.

15. ♘xf6 ♕xe2+

El chico que avanza hacia la pistola que lo encañona —manos en alto, miedo en el rostro— conoce las armas, conoce la guerra.

Es veterano de Corea. Allí, a diez mil kilómetros de casa, sirvió a ese trapo de barras y estrellas que está a punto de asfixiarle. Ahora que no tiene ni treinta años, ahora que por las noches oye el llanto de Saudia, su bebé de tres meses, Ronald Stokes se ve atrapado en otra batalla de trincheras invisibles: la que persigue a los negros estadounidenses como él y va acorralando a la Nación del Islam.

El autobús de Rosa Parks pasó de largo por los anhelos de igualdad racial. Siete años después de aquel trayecto, la realidad es terca y lacerante: ciudades americanas salpicadas de guetos negros, bolsas de marginación con entrada y sin salida convertidas en colonias interiores de un país que, formalmente, abandonó la esclavitud un siglo atrás. Contra todo ello lucha, con la autodefensa como método de supervivencia —y eso la distingue del resto de organizaciones negras—, la Nación del Islam.

Sus miembros están en el punto de mira policial. El Manual de entrenamiento para oficiales del Departamento de Policía de San Diego los describe como psicóticos en su odio hacia los caucásicos. El Manual los compara, por entrega y fanatismo, con los guerrilleros anticoloniales del Mau Mau de Kenia y con los kamikazes japoneses. Y el Manual manda.

En la medianoche de este 27 de abril de 1962, un incidente menor en los alrededores de la mezquita 27 de Los Ángeles eleva la tensión. La policía de Los Ángeles, que los vigila y los hostiga desde hace tiempo, dispara a seis negros musulmanes, estadounidenses como ellos pero no como ellos. Van desarmados, aunque el detalle nada importe. Quieto en el suelo, acribillado por la espalda y ya paralítico para siempre, yace el cuerpo herido de William Rogers.

Ronald Stokes, secretario de la mezquita, coge de los pies a un herido para sacarlo a rastras de la escena y facilitar su traslado a un hospital. Alto, le grita el oficial de policía Donald Weese. Ronald suelta al compañero. Levanta las manos y avanza hacia la pistola que lo encañona pidiendo el cese del fuego, siempre con las manos en alto. La bala que dispara el agente a sangre fría —tiré a matar, dirá al Gran Jurado que lo absuelve— atraviesa el corazón de Ronald.

Un negro en el suelo, boca abajo, cabeza ladeada, empapado de su propia sangre en un charco espeso de lentísimo avance: bodegón americano, triste género atemporal.

La estampa llena la portada que sostiene en sus manos el número dos de la Nación del Islam. Está furioso. Su discurso en Harlem describe lo ocurrido con Ronald Stokes, un hombre de profundas convicciones religiosas y morales a quien conocía bien. Un hombre negro, dice, un veterano de Corea, insiste. Fue a la guerra de Corea para luchar por América, regresó a su país y fue abatido, por un hombre blanco, como un perro. No por un miembro del Ku Klux Klan y abatido en Misisipi. Este hombre negro fue tiroteado en el corazón por policías en Los Ángeles, California, exclama. Y son lo suficientemente estúpidos para pensar que lo olvidaremos. ¡Nunca olvidaremos!, grita.

A ese hombre furioso que grita, nacido como El-Hajj Malik El-Shabazz, todo el mundo lo conoce como Malcolm X. Y le quedan dos años para ser asesinado.

16. ♔Kxe2 ♘xf6

15 de noviembre de 1945

Informe Facultativo

Don José Antonio Escudero Valverde, Doctor en Medicina y Cirugía, Especialista Diplomado del Ejército, por oposición, Jefe de la Clínica Psiquiátrica Militar de Ciempozuelos, Urgencia de Madrid, Especialista de la III Asamblea de la Cruz Roja Española, Director del Sanatorio Psiquiátrico Villa Josefina de Madrid, Académico C. de la Real Medicina de Madrid, etc., Colegiado en Ejercicio con el número 6.389 y residencia en esta capital, calle de Serrano, número 50, tiene el honor de informar, a instancia de la Delegación Nacional de Deportes, sobre el estado psíquico y capacidad del niño Arturo Pomar Salamanca.

Estudio Genealógico de la Familia Pomar Salamanca:

Antecedentes familiares maternos. Abuela: baja, más bien regordeta, carácter sintónico (agradable). Se dedicó a las labores de su casa. Madre: delgada, estatura corriente, vivaracha, inteligente, muy comunicativa, tendencia a la extroversión.

Antecedentes familiares paternos. Abuela: alta, inteligente, buen carácter, también extrovertida. Abuelo: muy tranquilo y gordo; de la nada hizo fortuna, y en un revés del negocio se arruinó. Hombre comunicativo y bonachón, confiado, siendo este el motivo de su fracaso. Los hijos se dedican a trabajos de oficina; carácter apacible, sintonizan bien con el ambiente. El padre, hombre emprendedor. Al tener el revés de fortuna de su familia, trabajó como conductor de automóviles, en un principio, y más tarde como empleado principal de la casa donde

prestaba sus servicios. Constitución pícnica, tendencia a la extroversión, comunicativo y afable. Tiene cualidades de dibujante; sobre todo facilidad para las copias y retratos a lápiz y pluma.

Antecedentes personales del peritado. Nació el niño Arturito Pomar Salamanca de padres casados a los veinticuatro años; su nacimiento se verificó a los diez meses de contraído el matrimonio. El parto fue normal, pesó al nacer cinco kilogramos, comenzando el infante a andar a los dieciséis meses, e iniciarse en el lenguaje a los diez. Criado con lactancia materna, fue siempre despabilado, desarrollándose los reflejos de succión, aprehensión, risa y llanto normalmente. La evolución psíquica fue normal, siendo característico del niño su extraordinaria capacidad retentiva.

Animados los padres por el interés del niño en aprender las letras, fueron enseñándoselas, llegando a conocerlas antes de los cuatro años. Al colegio de párvulos comenzó a ir a los cuatro años y medio, y en muy poco tiempo aprende a leer. Pasa las primeras nociones escolares, adelantando rápidamente a los niños de su edad, y al año siguiente fue el primero en la clase donde aprendían niños de edad cronológica superior en dos o tres años al peritado.

Exploración Somatopsíquica del Peritado. Niño de contextura física en relación con la edad que posee. Talla, 1.44 m. Pesa 36 kilos. Perímetro torácico, 68 cm. Su constitución, aún sin estar totalmente definida por la temprana edad; la gracilidad de los miembros, el óvalo de la cara y la distribución del panículo adiposo, parece ha de responder a la de sus antepasados…

Otras Pruebas Practicadas. Se le han practicado también las pruebas que para la selección de superdotados se emplean en el Instituto Nacional de Psicotecnia de Madrid. Consta la totalidad de la prueba de ocho tests, con valoración independiente entre sí y que sumados los resultados, los puntos globales pueden llegar a ascender a un total de doscientos setenta. […] El número de puntos obtenidos en su totalidad, en esta prueba de superdotados, es de doscientos veintitrés, correspondiente a un grado de superdotación bastante elevado, máxime teniendo en cuenta la poca edad del peritado, la circunstancia de haber aprendido el dialecto mallorquín y el desconocimiento, en consecuencia, de multitud de vocablos castellanos, por haber residido solamente dos años en la Península.

Consideraciones a los resultados de las Pruebas Psicométricas. Los resultados obtenidos con la prueba base Termann han sido confirmados por el resto de los tests, con la pequeña variación del psicodiagnóstico de Rorschach.

El peritado tiene: a) Edad mental de adultos superiores. b) Se trata de un superdotado por aparecer las siguientes cualidades notables: c) Gran atención concentrada con resistencia a la fatiga. d) Memoria reproductiva igualmente muy desarrollada. e) Juicio y razonamiento exactos. f) Capacidad de cálculo extraordinaria. g) Imaginación muy viva preventiva, sobre todo para lo visual.

Conclusiones. 1. En el momento presente no se descubren en el peritado alteraciones somatopsíquicas de ninguna clase. 2. Las pruebas psicométricas acusan un estado mental que corresponde a adultos superiores. 3. Se trata de un superdotado. 4. Las facultades psíquicas más desarrolladas están en relación con el desenvolvimiento del juego que practica. 5. En el momento presente no existe contraindicación alguna que le impida participar en las pruebas oficiales que anualmente se verifican. 6. Es conveniente, para el total desenvolvimiento de la personalidad psicofísica del peritado, estudie idiomas y ciencias abstractas, así como la práctica de los deportes bajo control.

Firmado: Dr. José A. Escudero Valverde

17. ♗e3 b6

Nadie reconoce a Bobby. El chico pobre que vestía de manera vulgar con anchas camisas a cuadros, toscos jerséis, camisetas a rayas, pana barata, cuellos dudosos de tan gastados, suéteres bastos y raídos, una camisa vaquera holgada, jeans arrugados, petos de batalla y zapatillas de deporte con polvo y rozaduras, una pesadilla para la señora que dirige el refinado club de ajedrez de Manhattan y que alguna vez le ha llamado la atención por su descuidada indumentaria en un ambiente tan formal y exquisito —y qué otra cosa puede hacer el chico si es pobre de cuna, con el olor a pobreza incrustado en su cerebro para esquivarlo nada más se acerque—, ese Bobby parece otro. Con casi diecisiete años y estirándose hacia el metro noventa, cruza el umbral del Hotel Empire de Nueva York vestido con un elegante traje y una camisa reluciente que le han cortado a medida en una sastrería de Little Hungary, Manhattan. Lo combina con una corbata blanca y unos zapatos italianos, recién estrenados para disputar la primera ronda del campeonato de Estados Unidos. Va muy bien peinado, otra novedad. Dicen que Bobby ha cambiado. Que ha nacido Fischer.

Harper's Magazine, dos años después:

—Sí, solía vestir mal hasta los dieciséis años. Pero la gente no parecía tomarme con suficiente respeto, ya sabes. Como eso me disgustaba, decidí que tenía que mostrarles que no eran mejores que yo, ¿entiendes? Ellos se sentían orgullosos de sí mismos. Como si dijeran: nos gana al ajedrez, pero sigue sin ser más que un niño vulgar. Así que decidí vestir con elegancia.

—¿Dónde te compras la ropa?

—La tengo toda hecha a medida.

—¿Dónde?

—En diferentes sitios. El traje que llevo me lo hicieron en Alemania.

—¿Tienes algún reparo en particular contra la ropa confeccionada?

—Oh, no la tocaría. Mis zapatos están hechos a medida, mis camisas, todo. Me gusta vestir con clase. Ahora tengo diecisiete trajes, todos cortados a mano para mí.

—Para ti, la ropa es una debilidad, ¿no?

—¡No, es una fortaleza! Me han cosido trajes en Argentina, Trinidad, Inglaterra, Nueva York, California, Alemania del Este, Alemania Occidental, y creo que eso es todo hasta ahora. Si logras tener diecisiete trajes, puedes ir turnándolos. Así te duran mucho tiempo. Los trajes del hombre pobre que va y viene se desgastan con rapidez, porque no tiene armario donde elegir.

—¿Dices que tus zapatos también están hechos a mano?

—Sí, algunos húngaros del Uptown los hacen. Cuestan cien dólares el par. Tengo cinco pares, sin contar los que no son a medida, que ya no uso nunca.

—¿Y qué hay de las camisas, de dónde las sacas?

—De ese lugar llamado Sy's. Cuestan veinticinco dólares cada una. Es el mismo sitio donde se las hacía Kennedy. Descubrí quién era el sastre de Kennedy en Inglaterra. También podría ir.

—¿Dónde haces la colada?

—Esta camisa que llevo la mandé a una estúpida lavandería de Nueva York. La han echado a perder. Llevé las camisas todo el trayecto desde Brooklyn. Vaya, y eso me ha jodido. La semana que viene, de camino a Yugoslavia, pararé en Italia y compraré algunas camisas para compensarlo. Me han dicho que en Milán solo cuestan diez dólares. Ya sabes que allí dicen que el declive de una nación se vislumbra cuando su gente empieza a perder el interés por la ropa

que viste. Hoy en día, si vistes de manera elegante, la gente piensa que eres un dandy. En los viejos tiempos, los hombres más viriles eran los que mejor vestían.

El artículo continúa. El reportero Raphael Ginzburg —ni me mientes el nombre, dirá Fischer el resto de su vida, una vida obsesionada en evitar a la prensa— le pregunta qué piensa hacer una vez se proclame campeón del mundo de ajedrez.

—Lo primero que haré será dar la vuelta al mundo ofreciendo exhibiciones. Cobraré precios sin precedentes. Estableceré nuevos estándares. Haré que paguen miles de dólares. Luego regresaré a casa en un barco de lujo. De primera clase. Me haré un esmoquin a medida en Inglaterra. Cuando vuelva a casa, escribiré un par de libros de ajedrez y comenzaré a reorganizar el juego de arriba abajo. Tendré mi propio club. El Bobby Fischer… mmm… El Club de Ajedrez Robert J. Fischer. Con clase. Torneos de etiqueta. Nada de vagabundos. Deberás tener más de dieciocho años para entrar, a menos que poseas permiso por tener un talento especial. Será en una zona de la ciudad que se mantenga decente, como el Upper East Side. Y albergaré grandes torneos internacionales en mi club con grandes premios en efectivo. Y voy a echar a todos los millonarios del ajedrez a menos que den más dinero. Después me compraré un coche para no tener que seguir cogiendo el metro. Ese metro me pone enfermo. Será un Mercedes-Benz. Mejor, un Rolls-Royce, uno de esos personalizados de cincuenta mil dólares, hecho a mi medida. Tal vez compre uno de esos aviones que anuncian para los hombres de negocios. Y un yate. Flynn tenía un yate. Luego me haré algunos trajes más. Me gustaría ser uno de Los Diez Hombres Mejor Vestidos. Eso sería, de verdad, ser algo. He leído que Duke Snider hace la lista. Entonces me construiré una casa. No sé dónde, pero no será en Greenwich Village. Allí abajo son todo animales sucios e inmundos. Tal vez me la haga en Hong Kong. Quienes han estado dicen que es genial. Art Linkletter lo dijo en la radio. Y tienen trajes, auténticas bellezas, por solo veinte dólares. O tal vez la construya en Beverly Hills. El clima es agradable y está cerca de Las Vegas, México, Hawái y esos sitios. Tengo ideas sólidas sobre mi casa. Voy a contratar al mejor arquitecto y le haré que la construya en forma de torre. Sí, eso me pega. Clase. Escaleras de caracol, balaustradas, todo. Quiero vivir el resto de mi vida en una casa

construida exactamente como una torre.

18. ♖ad1 ♜xd1

Rey, dama, torre, caballo y alfil. Todos pueden deshacer sus movimientos: desandar el camino, regresar al origen, rectificar. Solo el avance del peón es irreversible. Condenado a moverse siempre hacia adelante, es el único incapaz de volver atrás.

19. ♖xd1 ♜d8

El intelectual argentino Ezequiel Martínez Estrada indagó en la tragedia individual de las piezas que pueblan el tablero de ajedrez. De los peones, y él sabía lo que entrañaba ser pieza ignorada, analizó su pequeñez, su cuasi insignificancia. Los comparó con los niños: en su manera simple de pensar, en la lentitud de su andar, en su debilidad congénita, en la incertidumbre que envuelve su porvenir: tienen toda la partida por delante, pero la desproporción entre el peligro que les acecha y la endeblez de sus armas suele abocarlos al desastre. Hay un pasaje de su Lírica social amarga, sin embargo, que matiza dicha perspectiva. Dice: Son las únicas piezas que tienen espíritu de solidaridad. Tan débiles y con tal frecuencia amenazadas, que entre ellas parecen formar una colonia, un sifonóforo, a través de cuyos órganos se transmite el estremecimiento de la partida.

Es el viejo ideal de la unión y la fuerza. El frágil junco que, unido en mata, no puede ser arrancado. El agrupémonos todos frente a dioses, reyes y tribunos. El todos para uno y uno para todos. El pueblo unido que jamás será vencido.

Hay un grupo de peones en Asturias. Siete peones. Son negros como el carbón que cada día les tizna ropa, rostro y manos —marchamo de clase— en la mina San Nicolás, «la Nicolasa» de Mieres. Pero hoy, 6 de abril de 1962, estos siete picadores que trabajan en la capa novena del subsuelo, a casi medio kilómetro de profundidad y bajo una dureza extrema, han decidido que no van a ensuciarse. Se plantan.

Están hartos de los abusos de la empresa. El último ha sido reorganizar los turnos de trabajo, lo que impide a algunos mineros sin vehículo ir y volver a sus apartadas aldeas mientras reniegan del mísero jornal que la empresa se niega a incrementarles. Así que deciden parar. Son siete: Francisco, Aníbal, Eugenio, Jovino, Eladio, Abelardo y José. No les mueve la política. Que nadie les hable de

antifranquismo; uno de ellos, Francisco el Toru, falangista, hasta se alistó como voluntario de la División Azul para combatir al comunismo en tierras soviéticas veinte años atrás. Otro tablero, mismo rango, parecido sufrimiento; que todo cambie para que nadie cambie, don Fabrizio.

Ahora, los siete peones de Mieres están dispuestos a poner en jaque una mina. Y sin pretenderlo ni imaginarlo van a poner en jaque a todo un régimen en apenas dos meses.

La respuesta a sus brazos caídos —y qué más tiene un minero picador que sus brazos, y qué otro poder tiene sino el de bajarlos— es contundente. Suspensión inmediata de empleo y sueldo y tramitación del despido. A los siete. Pero ha ocurrido lo impensable. La rebeldía se contagia. La dignidad de los pioneros, paso al frente pese a las arenas movedizas que sienten los trémulos pies, desata la solidaridad de sus compañeros. El corazón de los mineros, el compañerismo del negro carbón rojo corazón, comienza a latir. Bombea cada vez más rápido. Le ha llegado la hora al agachar la cabeza y usted perdone mientras, en casa, la mujer le echa harina a la tortilla para compensar la escasa patata en la sartén. El miedo ha saltado por los aires, como las cargas de dinamita que tan bien conocen, llevándose por delante a sus derivados: vasallaje, estoicismo, resignación.

Al día siguiente de la represalia laboral, la mayoría de los mineros de la Nicolasa se niega a trabajar. El delegado del Sindicato Vertical les amenaza: o trabajan o serán despedidos. Hay uno —siempre hay uno, y este es el que pasa a los libros: Amador Menéndez García— que decide quedarse sentado en un borde inmediato al pozo y no dirigirse al trabajo. Los demás lo imitan. Pero su gesto precursor, una insolencia según el informe policial, le vale la detención esa misma noche de sábado en su casa de la pedanía de La Pereda. Pasos extraños, golpes en la puerta, ¡policía!, el vehículo que arranca, la casa alejándose en el retrovisor, la negrura y el olor a tabaco que se mezclan en este viaje a la comisaría de la ciudad, Oviedo, una Vetusta tan distinta al pozo, a la mina, a la pedanía. Luego el interrogatorio, el miedo, otra vez el miedo, siempre el miedo, a veces en forma de grisú, otras bajo el ropaje de la miseria, y ahora corporeizado en una porra y un

formulario, dos armas cuando son empuñadas por las mismas manos, un miedo acentuado por la oscuridad del calabozo en el que pasará toda la madrugada, ese otro pozo al que no está habituado. Al día siguiente, domingo por la tarde, lo sueltan bajo el compromiso de que va a ponerse a trabajar y se olvidará de plantes ilegales. Más le vale al peón no querer coronar escaques demasiado lejanos, no idear jugadas que exceden su capacidad, no contravenir con un movimiento arriesgado la prudencia que estipulan las reglas y aconseja el sentido común.

Amador es el primer detenido de la revuelta minera asturiana. Las dos bolas de nieve, la de la acción y la de la represión, han comenzado a rodar. El sifonóforo, esa colonia de diferentes animales marinos obligados a trabajar en conjunto para sobrevivir a vientos, corrientes y depredadores, que comparten genoma y están ligados por un mismo cordón umbilical llamado estolón, ha ejecutado su primer movimiento. Para nutrirse, para defenderse. Para no dejar de reproducirse.

Pronto, los tentáculos del sifonóforo asturiano se multiplican. Los siete peones de la mina Nicolasa han resistido el temblor bajo sus pies y así han perforado una capa inexplorada de este inmóvil Movimiento. Ya no es solo el pozo de San Nicolás. Algo muy sólido se resquebraja. Los mineros van devolviendo sus lámparas en otros pozos, en otras cuencas. Polio, Centella, Baltasara, Barredo, Corujas, Peñón de Mina Tres Amigos, San José de Hulleras del Turón, el Casar, Santa Bárbara, Figaredo, Riquela, San Vicente, San Inocencio, Escribana, Ortiz y Sobrinos, Novia y Morena, Dominica, Llori, Macizos, Cortina, Quili, Reservada, Santiago, Llamas, Piñeres, Sueros, San Luis, Samuño, San Fernando, Grupo Carinsa, Sierro Negro, Sotón, San Mamés, María Luisa, Carrio, Barredos, Duro Felguera, Nespral, Fondón, Mosquitera, la Camocha, Minas de Escobio, la Zorera, Encarnada, Carbones de Langreo, Coto Musel, Lláscaras, Pumarabule, las explotaciones de José Arbesú y Jove, Grupo Cruces, Antracitas de Pajares, mina Villabona, Solvay, Candín, María del Pilar, Aramil, Regueral, San José, Vicentina, Artemisa. El censo de pozos mineros que se van contagiando de la huelga, por donde los diminutos zoides que componen el sifonóforo van extendiendo sus tentáculos y soltando veneno en defensa propia, supera largamente el centenar. Y lo hacen del modo en el

que solo las criaturas minúsculas saben: tenazmente, en silencio. Llegan al tajo, se cambian, recogen la lámpara, bajan al pozo y, sin articular palabra, lo abandonan sin trabajar y mirando mal, intimidando, a todo aquel que no secunde la rebelión tácita. Los esquiroles comienzan a avergonzarse cuando cada mañana ven esparcidos granos de maíz por la senda que conduce al trabajo o en las inmediaciones de los pozos. Ha sido arrojado por hombres y mujeres que les envían un crudo mensaje: aquellos mineros que no paran son gallinas, cobardes, indignos de llamarse paisano.

Pero ya no es solo la minería. El profesor Rubén Vega García, uno de los mejores conocedores del conflicto, cifra el alcance de la huelga del 62: más de 40.000 mineros, varios miles de siderúrgicos y unos 15.000 trabajadores gijoneses de diversos sectores acaban tomando parte, en desigual medida, en los paros, que tanto en las cuencas mineras como en Gijón adquieren el carácter de huelga general. Y no es solo Asturias. La huelga sume en el paro a casi todas las cuencas mineras de España, a la industria vizcaína y guipuzcoana y a una multitud de empresas de otras veinticinco provincias.

Nadie lo esperaba. Menos todavía el régimen, nunca tan acorralado desde el Día de su Victoria en aquel lejano primero de abril —la guerra ha terminado, mentían los verdugos mientras cargaban los fusiles, preparaban el paredón, destapaban la cal—. La resistencia era cosa de anacrónicos maquis, de elementos subversivos extraordinarios, de iluminados comunistas. No de humildes mineros. Miles y miles de peones en movimiento, marabunta inesperada para el autoproclamado centinela de Occidente.

La huelga del silencio que detiene las fábricas, que centra la atención de la prensa extranjera, es combatida mediante un ruidoso aplastamiento. Ahí está la firma de Francisco Franco en el decreto ley que declara el estado de excepción y suspende por tres meses el Fuero de los Españoles en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa: fin del derecho a la libertad de expresión, fin del secreto de la correspondencia, fin del derecho a fijar libremente la residencia, permiso de irrumpir en un domicilio particular y registrarlo sin mandato de la autoridad competente, mantenimiento en cautiverio

de los detenidos más allá de las 72 horas sin entregarlos al juez. Asoma la carta blanca para aplastar el movimiento. Casi como en una guerra.

Entre abril y junio son encarcelados 395 trabajadores. La Pirenaica no cesa de relatar las torturas que acontecen en las comisarías: astillas entre las uñas, testículos retorcidos, hombres colgados del pelo o de los brazos, palizas brutales con el detenido atado a una silla. Tras el rebrote del verano, segunda parte de la huelga, hay 126 trabajadores deportados. Son arrancados de sus tierras por la fuerza y, como apestados, cargados a un camión o montados al tren para ser depositados en otros lares. Asturias, patria querida suena más melancólica aún en Soria, Ávila, Lugo, Huelva, Jaén o Valladolid: algunos de los lugares del destierro forzoso, destino final de un viaje empañado de reflexiones, dudas y temores. El sometimiento a este ostracismo preñado de miseria persigue la amputación del diminuto zoide con respecto a su colonia, a su sifonóforo. Para debilitarlo, mejor liquidarlo. Y con él, al organismo entero.

En su despacho, el gobernador civil de Asturias repasa el informe confidencial que va a remitir al Ministerio de la Gobernación con fecha 18 de junio de 1962. Dice: Ha sido una huelga en cadena, cuyos eslabones fueron soldándose bajo el signo de la solidaridad. Cuando acabe la crisis, la Brigada Regional de Información de la Policía levantará acta de lo ocurrido y apuntará las lecciones que el régimen debe extraer de la rebelión originada en la Nicolasa con siete peones. Ese informe dirá que el planteamiento y desarrollo del conflicto de abril-mayo ha originado consecuencias insospechadas, habiendo llevado al ánimo del obrero el poder y la fuerza de una acción unida, que antes desconocía en la práctica.

La fuerza de un peón: su sacrificio comunal para debilitar la estructura adversaria. Estructuras, sistemas, engranajes. Qué más da ese peón que se quedó sordo de un oído por la paliza sufrida en el calabozo y que se llamaba Anita Sirgo. Qué importa la congoja de ese otro peón cargado en un sucio camión rumbo al destierro y que tiene tantos nombres, tantos rostros, tanto miedo, el miedo que vuelve y que nunca abandona al más débil y pequeño del tablero.

20. ♖xd8+ ♚xd8

La partida de Estocolmo ha traspasado su fase más sangrienta. Fischer lo ha querido así. Ha obligado a Pomar a cambiar damas, las plenipotenciarias damas, que esta vez se han inmolado sin dejar víctimas a su paso. Las blancas han perdido un caballo, las negras un alfil, ambos bandos han perdido una torre. En su vigésimo movimiento, la partida se ha simplificado. Más aún con la última decisión de Pomar: ofrecer el intercambio de las dos últimas torres sobre el tablero. Juega Fischer. Medita el alcance de su decisión. Y se lanza en tromba, en un largo desplazamiento vertical de su torre para capturar en línea recta la torre adversaria. Bobby estira el brazo desde su primera fila hasta la fila más cercana al jugador español. Casi deben de haberse rozado. Jaque. Pomar no piensa; es instintivo desplazar el rey y capturar la última gran pieza viva, la torre blanca. Ambos jugadores alumbran así un final de alfil blanco contra caballo negro. La teoría concede ventaja al bando con alfil. Sobre el tablero, todavía resisten seis peones por bando. A veces, como advierte el Daodejing: Lo fuerte es débil y lo débil es fuerte. Comienza la fase de estrategia refinada, desgaste y sufrimiento.

21. ♔f3 ♚d7

Hay una mujer. La Mujer. Quiere modelar a todas las mujeres españolas —medio país, dieciséis millones de almas— con una base católica, una doctrina falangista y un espíritu de sometimiento al hombre, a sus hijos, al hogar. Un extraño compuesto de temor de Dios, espíritu revolucionario y docilidad. Mientras más abnegadas, más falangistas y más femeninas seremos, las instruye Pilar Primo de Rivera. Es la jefa de la Sección Femenina de Falange, la hermana del mártir fusilado que cruzó a hombros media península, desde el cementerio de Alicante hasta el Monasterio de El Escorial, en el cortejo fúnebre quizá más largo de la historia: 467 kilómetros recorridos a pie, durante once días, entre salvas de artillería, lágrimas, asco y alfombras florales.

Ella, La Mujer, ha instituido una mili femenina, el Servicio Social de la Mujer, obligatorio para todas las jóvenes que quieran trabajar, estudiar, viajar, conducir. Seis meses de adiestramiento ideológico para formarlas y convencerlas de su auténtico papel en la vida: ser buenas esposas, mejores madres y quedarse en casa. Justo lo contrario a La Mujer: soltera, sin hijos, con una arrolladora vida pública, temida y respetada, influyente y ambiciosa. Los temas de la instrucción son diez: Religión, Historia Sagrada, Formación Política, Convivencia Social, Economía Doméstica, Ropa Blanca, Decoración, Enseñanzas del Hogar, Puericultura, Higiene. Son las enseñanzas básicas. El humus en el que debe fermentar el nuevo Homo falangista, esa especie de laboratorio en probeta azul que ella sigue anhelando brazo en alto, saludo a Franco, Arriba España. Lo que tenemos nosotras que hacer, escribe La Mujer, es preparar a todas las camaradas para que, cuando tengan una casa y cuando tengan unos hijos, sepan inculcarles en su espíritu de niños este modo de ser de la Falange; sepan enseñarles, después del Padrenuestro, lo que José Antonio nos enseñó a nosotros, y les hagan sentir esta misma fe que sintieron nuestros caídos al entregar alegremente la vida por la Patria. Y así, insiste, ella jamás se cansa de insistir, sin

daros cuenta, sin exhibiciones públicas, que no son propias de mujeres; sin discusiones de mal gusto, sino metidas en el seno de la familia, que es vuestro único puesto, habréis hecho por España mucho más que todos los discursos y todas las peroratas de viejo estilo. Habréis separado definitivamente a la generación de vuestros hijos de todos los vicios y de todos los resabios de las generaciones anteriores a la vuestra, culmina en su habitual retórica inflamada que el tiempo ha vuelto demodé.

Pero hay otras mujeres. Quieren calle y discusión en este día de san Isidro donde las chulapas, las auténticas chulas desafiantes, no visten falda larga, mantón de manila ni pañuelo atado con clavel. Tampoco van a la pradera a matar el día. Gritan en la Puerta del Sol en solidaridad con las mujeres asturianas que están apoyando y sufriendo las huelgas mineras. Son mujeres rebeldes de capital, sin rastro de carbón en casa, sin sabañones en las manos que cada noche acarician. Escritoras, pintoras, actrices, estudiantes, madres de presos políticos, esposas de represaliados. Hay en Sol varios cientos de mujeres comprometidas con tantas causas innombrables, clandestinas, prohibidas. La especie de mujer que está despertando de un crudo letargo, para disgusto de La Mujer, todopoderosa dama en un tablero cambiante cuya alteración se niega a ver.

Una es Dolores Medio. Es escritora, soltera. Vive sola en Madrid, lejos de la familia. Viste pantalones, lleva el pelo corto, usa cuello de cisne. Bohemia: le gusta esa palabra que tanto suena a Madrid y tan poco a Oviedo. Como libertad e independencia: dos tesoros anudados a un elevado impuesto. Ella lo ha ido pagando. Como maestra, ha sido expedientada dos veces por la administración educativa franquista debido a sus métodos pedagógicos asumidos durante la República. Hoy ha venido a la Puerta del Sol: un lazo entre su Asturias querida de la infancia y la juventud, y el Madrid que la ha acogido para verla crecer como periodista, escritora y ganadora del Premio Nadal. Dolores grita y protesta. Y acaba detenida, como otras decenas de mujeres, cuando una redada policial desarticula la manifestación.

En la comisaría, foco en la cara, tensa incertidumbre en el ambiente, la interrogan. Veinticinco mil pesetas de multa, le dice el comisario, como ya ha dicho a otras. Ni las tengo ni las pago,

replica ella. El arrebato de gallardía y dignidad —libertad, independencia: precio alto— lo paga con la cárcel.

Algunos la toman por puta cuando llega en el coche policial al penal de mujeres de Ventas, Madrid. El aroma de las trece rosas es un mustio recuerdo entre sus muros. Ahora, unas pocas reclusas condenadas por exigir la amnistía de presos políticos conviven en la cárcel con una gran mayoría de presas comunes: pobres prostitutas, envenenadoras de maltratadores, ladronas y carteristas de arrabal, comadronas acusadas de practicar abortos. Allí, en una celda común, sueltan a Dolores. Va a pasarse un mes encerrada en estrecha compañía del lumpen femenino que el sistema mastica, deglute, descompone, absorbe y defeca sin miramientos. Un aprendizaje inolvidable sobre lo que, más tarde, ella denominará el excremento de la sociedad, los gusanos podridos de la falsa moral burguesa. La otra sección femenina.

22. ♔f4 ♞g8

Los estadounidenses han de ponerse en peligro por el bien de su propia seguridad. Parece una extraña paradoja, un oxímoron retorcido. Pero esgrimiendo como asidero esa coartada —exponerse al riesgo para mejor protegerse—, el Gobierno americano lleva diecisiete años realizando pruebas atómicas en suelo nacional. Lanza bombas en Nevada, Alaska o Nuevo México para conocer de cerca el poder de las armas nucleares y estudiar cómo repercuten en la atmósfera. Qué mejor forma de averiguar cómo asestar un golpe al enemigo, o de qué modo puede el enemigo golpear, que sintiendo de antemano y en carne propia el dolor del golpe, la hondura de la herida, la forma de la cicatriz.

Llevan ya doscientos diez ensayos nucleares entre 1945 y 1962, la mayor parte efectuados por encima del suelo, con la consiguiente dispersión de lluvia radiactiva sobre el territorio: una inmensa fuente de cáncer de tiroides, con miles de muertos en diferido, que reduce Chernóbil a mera anécdota con propagandistas tuertos.

Todas las pruebas atómicas son filmadas. Luego, esas películas de acetato de celulosa se esconden en bóvedas secretas diseminadas por el país. Cuando décadas más tarde las extraigan de sus cajas cilíndricas de color latón y olor a guardado, cualquiera podrá contemplar la poesía del horror que encierran estas cintas sin sonido. Un enorme resplandor se apodera del cielo en los primeros segundos de la grabación. Luego crece un disco de humo, una nube en forma de hongo que se va ensanchando. De su interior emerge con presteza otro disco, como un sombrero que corona el disco primigenio. El fuego, corazón en llamas, se vislumbra en las entrañas del hongo y poco a poco va ganando visibilidad, así como el humo más negro de la detonación va cobrando peso en la escena. Todo el horror se expande sin freno mientras los pájaros huyen despavoridos al fuera de campo de este largo plano único con cámara inmóvil. A lo lejos —la cámara siempre graba a lo lejos,

voyeur cobarde a cobijo— se intuye la destrucción omnímoda entre un silencio de cine mudo que atempera la realidad, que anestesia la mirada.

Es la Guerra Fría en casa, sin enemigo presente y con muertos postergados.

El material nuclear, cielo estrellado sin beso ni verbena, contamina las zonas del estallido. Se precipita sobre los pastos que alimentan a las vacas, cuya leche luego transferirá basura nuclear a sus pequeños consumidores. Y es por eso por lo que Blanche Posner dice lo que dice al subir a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso: No sé, señor, por qué estoy aquí. Pero sí sé por qué está usted aquí, creo. Porque no comprende del todo la naturaleza de este movimiento. Este movimiento, dice Blanche Posner en nombre del Women Strike for Peace (WSP), fue inspirado y motivado por el amor de las madres por los niños. Cuando estaban sirviendo su desayuno en la mesa, no solo vieron a los chiquillos y la leche, sino también el estroncio 90 y el yodo 131. Temían por la salud y la vida de sus hijos. Esa es la única motivación, recalca Blanche.

Es la mañana del 11 de diciembre. El aroma a macartismo, a histeria comunista y a caza de brujas de posguerra —sospecha, vigila, persigue, castiga— impregna esta sala de audiencias del Congreso, un tribunal inquisitorial en busca de pecados y confesiones, de delaciones y arrepentimientos con la lista negra y la condena cultural como amenazas capaces de arruinar una vida. No parece 1962.

Clyde Doyle, que dirige las audiencias del Comité de Actividades Antiamericanas contra las mujeres pacifistas del WSP, abre la sesión. Menciona al diablo con sus múltiples máscaras —Lenin, Stalin, Kruschev, Gus Hall— y descerraja una frase ante las sospechosas de comunismo que tiene enfrente: para un comunista de doctrina marxista-leninista, dice el hombre de facciones afiladas, un llamamiento de Moscú a intensificar la lucha por la paz significa que debe intensificar su lucha para destruir el capitalismo y su principal bastión, los Estados Unidos de América.

La sala transpira tensión. Sigue viva en el recuerdo la

demostración de fuerza que un año atrás consiguieron estas amas de casa al dejar sus cocinas y arrastrar, detrás de ellas, a cincuenta mil mujeres en sesenta ciudades del país. Por primera vez, la mujer americana hacía política en la calle, adquiría una voz civil hasta entonces dormida. Blusas blancas, medias melenas, bolsos con las asas colgadas del antebrazo, faldas por la rodilla, modos refinados, sonrisas benévolas, niños en el carro, de la mano o en el regazo. La estampa, barnizada por el maternalismo protector de sus discursos y pancartas, no es precisamente la imagen del radicalismo andrajoso que los aparatos del Estado se empeñan en convertir en un cliché temible para la opinión pública.

Las mujeres del WSP que abarrotan los quinientos asientos de la sala se levantan como una sola cuando el comité llama a la primera testigo. Blanche Posner, con un vestido a rayas, repiquetea el suelo con sus botas altas mientras se dirige al estrado. Es una maestra jubilada de Nueva York. Cuando se le pregunta o acusa, invoca los derechos de la Quinta Enmienda para no responder. Lo hace una y otra vez. Hasta cuarenta y cinco veces que salpica de fina ironía, de educadas burlas que ridiculizan y exasperan al comité entre las risas entusiastas del público y la prensa. Blanche marca la pauta. Detrás de ella declaran otras nueve mujeres del movimiento femenino antinuclear. Entre todas, se acogen ciento cuarenta y dos veces a la Quinta Enmienda para no contestar al comité durante los tres días de audiencias. Los periódicos no tienen compasión en su balance: el temible Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso ha tropezado con su Waterloo, con su toma de la Bastilla. Ha capitulado ante un grupo de mujeres de clase media y mediana edad con una sonrisa en la boca. Un grupo de mujeres a las que el FBI va a seguir vigilando durante los dieciocho años siguientes, con agentes infiltrados en su entorno, hasta rellenar cuarenta y tres volúmenes con información íntima y privada de sus vidas. Por el bien de la seguridad colectiva.

23. c4 f6

El movimiento es la base del ajedrez, de la vida. Pero qué ocurriría si tras el sorteo que asigna bando y silla —que aherroja a un destino, a veces blanco, a veces negro— no se optara por otro movimiento que el de los ojos. Y si no mediara más que la observación entre el jugador y el tablero. Nada de intervención, nada de compromiso, nada de acción. Ningún movimiento. Ni aperturas ni emboscadas. Ni sacrificios ni celadas. Sin otra táctica y estrategia que la de observar las piezas, los escaques y el rival mientras el tiempo lentamente pasa. La noluntad, estática o errabunda, pero noluntad. Hasta que la bandera del reloj sea abatida por el avance del último y definitivo segundo. Creer que esa partida nihilista, la antipartida por definición, ha de acabar necesariamente con la derrota del jugador es mera cuestión de perspectiva.

24. ♔e4 e6

Manual para la construcción de un mito

(Extractos de Abc, invierno de 1946)

13 de enero.— Arturito Pomar y Medina salieron ayer para Londres

Arturito Pomar, a quien acompaña su padre en esta salida al extranjero, se muestra animado y espera hacer un buen papel en el torneo de Londres, a pesar de que no desconoce la valía de los grandes maestros con quienes tiene que luchar en la capital británica. […] Ayer, al salir para Londres vía aérea, nuestro campeón Medina y el niño extraordinario Pomar, hubo varios instantes de emoción. El mayor de todos, cuando Arturito, jubiloso, contestó a las preguntas de los periodistas que entonces, al montar en un aeroplano por vez primera, experimentaba la mayor alegría de su vida.

15 de enero.— Arturito Pomar, la mayor atracción de Londres

Esta tarde, a las tres y media, se inauguró en el Memorial Hall de Londres el torneo internacional de ajedrez organizado por el The Sunday Chronicle y en el que intervienen los más destacados maestros europeos y norteamericanos del tablero cuadriculado. La mayor expectación la constituye el jugador español Arturito Pomar, y en torno a su mesa se congregaron la mayor parte de los aficionados, que en determinados momentos llenaron el espacioso

local por entero. Arturito Pomar, completamente tranquilo, antes de dar comienzo su partida que en previo sorteo le correspondió con el polaco doctor Tartakower, conversó con numerosos periodistas británicos y corresponsales de prensa de España. A los primeros les contestaba con monosílabos, ya que su inglés «de dos días», según explicó, no le permitía comprender la mayor parte de las preguntas que le eran dirigidas. También el niño español tuvo que someterse al «suplicio» de numerosísimas cámaras fotográficas y más tarde soportar los fuertes reflectores para que las cámaras cinematográficas captasen los momentos anteriores al comienzo de la partida con Tartakower y diversos movimientos de piezas durante la misma. El niño español es, sin duda alguna, la mayor atracción de la capital británica después de los conferenciantes ONU, y su fotografía y biografía ocupan las primeras planas de numerosos periódicos ingleses.

16 de enero.— Arturito Pomar, vencido por Steiner, el campeón de los Estados Unidos. El pequeño jugador es la figura de la actualidad londinense.

Arturito Pomar, al dirigirse esta tarde, acompañado de su padre y del campeón de España, Antonio Medina, al gran salón del Memorial Hall, fue asediado por millares de niños, niñas, damas y hasta caballeros respetables para que en sus respectivos libros de notas escribiese su nombre y apellido y estampase su pequeña e historiada rúbrica, trazos de un verdadero colegial, que cree que las muchas curvas, idas y venidas, resuelven la personalidad de su autor, sin comprender que su autor es hoy día un ídolo popular en todo el mundo y que su pequeña figura acapara la atención de los seguidores del ajedrez en todas las naciones y aun de aquellos otros que, sin conocer ni siquiera las más elementales reglas del tan complicado juego, están interesados en saber si Arturito Pomar ha realizado alguna gran proeza.

17 de enero.— Victoria de Arturito Pomar en el torneo de

ajedrez de Londres

Desde esta noche, a las ocho y media, aproximadamente, los españoles que residimos en Londres tenemos una gran alegría. La cosa no es para menos. El gran Arturito Pomar ha obtenido el primer triunfo al derrotar al británico J. Stone, en la tercera ronda de ajedrez, en una partida que constó de treinta y nueve movimientos. […] Al pequeño jugador español le han adjudicado el sobrenombre de «prodigio», y, si continúa así, va a agotar los adjetivos de la gramática británica. A pesar de su derrota en la noche de ayer, puede asegurarse que el gentío acudió en más número al Memorial Hall que en días anteriores, pero esto no altera los nervios del pequeño «David» español, que observa a la multitud con gesto tranquilo, y su verdadera obsesión se halla en el tablero y en solicitar, mediada la partida, un vaso de café con leche, costumbre que tiene arraigada desde sus primeros encuentros —como nos aseguró su padre— jugados «en serio».

18 de enero.— Arturito Pomar fue vencido por el campeón checoslovaco Opočenský

A pesar de su derrota, el «prodigio español» ha jugado brillantemente en esta partida de la cuarta ronda del torneo internacional de Londres. […] Los aficionados que siguieron el desarrollo del juego lamentaron que el límite de tiempo haya producido la derrota del niño español, que de no hallarse bajo este apremiante límite es posible que se hubiese apuntado otro resonante triunfo frente al campeón de Checoslovaquia.

19 de enero.— La partida de Arturito Pomar contra el inglés Fairhurst fue aplazada a la cuarenta y tres jugada. La enorme popularidad del «niño prodigio».

Hoy marchaba Arturito Pomar por Regent Street, acompañado de su padre y de los corresponsales españoles Augusto Assia y Rafael de Luis, cuando una señorita que venía en dirección contraria del brazo de un oficial, se acercó al muchacho y preguntó: «¿Es usted el que juega al ajedrez?». Al recibir la contestación afirmativa, se quitó los guantes, tendió la mano al chico y con un «good luck» se despidió. Este hecho prueba la popularidad que ha alcanzado aquí el jugador español, a quien denominan los periódicos como el «niño prodigio». […] Pese a su condición de gran jugador, Pomar conserva su espíritu verdaderamente infantil. Cuando ocurrió el episodio relatado al comienzo de esta información, el pequeño jugador español, junto con su padre y los periodistas, iba a Picadilly para contemplar las escaleras movibles del metro, sistema este de locomoción que había sido objeto de una larga conversación mientras cenaban juntos Pomar, su padre, Augusto Assía y Rafael de Luis. Pomar hizo numerosísimas preguntas a Assía, que es un experto conocedor de las cosas de Londres. Cuando llegaron a la estación, Arturito subió y bajó dos veces las escaleras automáticas y mostró gran asombro por el hecho de que tuviese que realizar esta experiencia sin pagar nada. En efecto, tuvo que entrar y salir de la estación, y para ello, el periodista De Luis explicó previamente a un empleado de lo que se trataba.

20 de enero.— Arturito Pomar hizo ayer tablas con el francés Bernstein. La partida del niño con el inglés Fairhurts ha sido nuevamente aplazada.

Arturito Pomar, después de haberse suspendido el encuentro, se trasladó a la embajada de España, donde se celebró una comida en su honor y en el de Medina. Asistieron a la misma la duquesa de Luna, señoras de Pastor, Rollán y las señoritas de Madariaga, García Loygorri, Azlor, Aragón, Figueroa, personal de la embajada y los corresponsales de prensa de España.

24 de enero.— Cuarta victoria de Arturito Pomar en el torneo de Londres

Una enorme cantidad de público se reunió esta noche en el Memorial Hall de Londres, donde se disputaba la novena ronda del torneo internacional de ajedrez. Todos los seguidores de este tranquilo deporte aplaudieron entusiásticamente durante varios minutos cuando el niño español Arturito Pomar obtuvo su cuarta victoria de la competición al derrotar al holandés Prins.

25 de enero.— Con su victoria de ayer sobre List, Arturito Pomar se coloca a un punto del primero de su grupo

Una de las mejores partidas de ajedrez jugadas en el torneo internacional de Londres fue la jugada ayer por el niño prodigio español Arturito Pomar frente al holandés Prins. Pomar desarrolló la defensa Caro-Kann con una variación que según los teóricos del ajedrez decían ser mala para el niño español. Pero el joven ajedrecista halló un nuevo movimiento que parece desmentir este veredicto de los entendidos y, por esta razón, fue cálidamente aplaudido durante varios minutos por su gran victoria en 36 movimientos. La ovación se repitió esta noche al vencer Arturo Pomar al inglés List en una partida difícil, en 38 jugadas. Ayer, después de la partida con el holandés Prins, este maestro, que tiene dos metros de estatura, estrechó la mano de su diminuto adversario mientras le decía: «Bien jugado, señor».

26 de enero.— Hoy termina el torneo internacional de Londres

La quinta victoria de Arturito Pomar en el torneo internacional

de ajedrez, celebrado en la capital británica, fue otro éxito más del «niño prodigio» español. Pomar jugó con plena confianza ante P. M. List. Su forma de actuar fue brillante, y los expertos del ajedrez hablan del muchacho como el futuro campeón del mundo. Su adversario de ayer noche, List, que se trasladó a Inglaterra antes de la guerra y se ha naturalizado después de la misma como súbdito británico, quedó completamente desbordado después del 32 movimiento. P. M. List se encogió de hombros cuando se produjo la anterior jugada, sonrió haciendo una pequeña mueca y estrechando cálidamente la mano de Arturito Pomar, mostró su abandono abatiendo su rey. A Arturito Pomar, la maravilla española, a quien los maestros del ajedrez consideran como el jugador indiscutible para la posesión del título mundial, le gustan —según ha manifestado— las películas del lejano Oeste norteamericano y jugar a policías y ladrones. Arturito, con sus catorce años de edad y que en el actual torneo de ajedrez está inscrito como el «niño Pomar», interviene por vez primera en un gran torneo de ajedrecistas —haciendo excepción del jugado en Madrid—, y en él ya ha ganado cinco partidas y media de las ocho en que ha intervenido. Aunque no tiene probabilidades de ganar en la competición el primer puesto, constituye la atracción máxima del mismo, y todas las noches reúne a su alrededor a grandes multitudes. Hoy, al hablarle a Arturo en el salón del Memorial Hall, nos dijo: «Confío en ganar el campeonato mundial algún día, pero quiero ser ingeniero y construir canales, caminos y puentes. También quiero recorrer el mundo». Refiriéndose luego al actual torneo manifestó: «Al principio estaba yo un poquito nervioso y creo que era debido a que había muchos jugadores de todas partes jugando aquí. Pero ahora ya no estoy nervioso y me parece que estoy teniendo mejor suerte». Arturito no es metódico como suelen serlo los niños llamados prodigios. Los grandes maestros del ajedrez aseguran que puede enfrentarse con el mejor de ellos. Dijo el «pequeño David» que no practica en forma regular «ya que no juega todos los días, y hasta hace muy poco tiempo no sabía lo que era un libro sobre temas de ajedrez». Su padre, comentando estas anteriores palabras, dijo: «Juega por intuición y con una profunda concentración sobre el tablero. No conoce jugadas de otros maestros, sino que las crea conforme el juego transcurre». Aparte de su talento para el ajedrez, Arturito es como cualquier otro chico de catorce años de edad. Le gusta el fútbol, jugar al tenis de mesa, los helados, la paella y las

patatas fritas. También se refirió a la carne: «Un buen filete es de mi agrado». Con respecto a esto último, nos dijo: «¡Qué difícil es conseguir carne aquí…!». Sigue encantado con las escaleras mecanizadas del metro, y antes de tomar el tren, insiste en subir por ellas y también bajar, varias veces. Su padre ha manifestado que cuando Arturito solo tenía tres años quiso jugar al ajedrez con los mayores. «Creíamos que se aburriría y no le hicimos caso. Cuando cumplió los cinco años, le enseñé los movimientos de las piezas, y seis meses más tarde hizo tablas jugando conmigo. Cuando llegó a los siete años, me derrotó. Me di cuenta de que tenía "algo"». Ese algo ha convertido a Arturito en el casi sostén de la familia; su padre, empleado en el Ministerio del Aire de Madrid, gana menos en un mes que el chico en una exhibición de las que realiza en la capital de España y por provincias. Arturito Pomar intervino por primera vez en el Campeonato de España del año 1942. El pasado año ganó el primer puesto y el título de campeón de Castilla, en cuya competición se consagró ya como verdadero prodigio. El «chico Pomar», como se le llama ya familiarmente en Londres, constituye de por sí un espectáculo para el público cuando juega. Enfundado en un gran abrigo y apoyado su codo derecho en la mesa donde está el tablero, mueve constantemente los labios, frunce el entrecejo y hace muecas o sopla cuando estudia cada situación y luego mueve su pieza en forma rápida. Los compatriotas de Arturito Pomar afirman con orgullo que el chico es superior a lo que en su tiempo fue Capablanca a su misma edad y recuerdan que el español-cubano llegó a campeón mundial.

27 de enero.— Ha terminado el torneo internacional de Londres con una brillante actuación de los jugadores españoles. Pomar se clasifica en el sexto lugar de su grupo, y Medina, en séptimo. Euwe y Steiner, vencedores de los grupos A y B. Premio extraordinario para el niño español.

Arturito Pomar ha terminado esta noche su actuación en el torneo internacional de ajedrez, que se ha celebrado en la capital británica. Esta tarde, a las tres y media, tomó asiento ante su tablero, teniendo como adversario al checoslovaco Friedman, el

«linterna roja» de su grupo; pero Arturito ha sucumbido frente al más débil. […] Durante estos últimos días está algo nervioso, sin duda pensando en su regreso a España y en el nuevo viaje en avión hasta el aeródromo de Madrid, donde manifestó: «Estarán mi mamá y mi familia esperándome. Tengo deseos de reanudar mis clases en el colegio y espero que después de unos días de descanso comenzaré nuevamente a jugar al ajedrez para intervenir en el campeonato de Castilla defendiendo a mi club, el Real Madrid. Esta insignia que llevo es la del club al que pertenezco». […] Por lo que se ve, el niño siente nostalgia y una especie de «morriña», muy natural y particularmente en quien no se ha separado de su madre en tantos días y hallándose en territorio extraño. El organizador del torneo de The Sunday Chronicle, Mr. Hatton-Ward, de acuerdo con el grupo director de la competición, ha concedido al niño Pomar un premio de 20 libras esterlinas, que equivale a la misma cantidad que estaba señalada para el que se clasificase en el segundo lugar del grupo A.

9 de febrero.— Regresa a Madrid Arturito Pomar

Ayer, a las dos y media de la tarde, en el avión que hace el servicio directo Londres-Madrid, llegó al aeródromo de Barajas el pequeño jugador mallorquín, que tanta admiración ha causado en el torneo internacional de Inglaterra. A esperar al niño, que llegó acompañado de su padre, acudieron al aeródromo muchos aficionados y amigos del ajedrecista, entre los que se destacaban, por sus alegres entusiasmos, más de un centenar de los compañeros de estudio de Pomar, alumnos como él del colegio de Areneros, que lo abrazaron y ovacionaron estruendosamente. A última hora de la tarde, Arturito Pomar fue recibido por el Ayuntamiento de Madrid, que le ofreció la medalla deportiva municipal. El Sr. Alcocer, al hacerle entrega de la insignia, pronunció un discurso exaltando la figura del pequeño ajedrecista y felicitándole por los brillantes éxitos que ha obtenido frente a los más destacados maestros.

10 de febrero.— El muchacho español que juega al ajedrez

[La Tercera de Abc, por Cristóbal de Castro]

Londres no piensa, no se ocupa, no habla ni quiere hablar de otra cosa. Las radios, los periódicos, las oficinas, los talleres, las fábricas, los hoteles, los salones, los comercios suntuosos y los tenderetes míseros, todos están sugestionados, obsesionados, por el campeonato mundial de ajedrez. Frente al gran edificio del Memorial Hall, sede del campeonato, agólpase la multitud expectante. Dentro, en la inmensa galería, ante la dilatada fila de tableros, aparecen, sentados por parejas, con los abrigos puestos y las manos enguantadas, los más famosos jugadores del mundo. Allí también, en el concurso de gigantes, ante Bernstein, Goliat ruso-francés, adelanta su peón táctico Arturito Pomar, «el David español». Miles de espectadores se apretujan por verlo jugar desde todos los rincones de la galería. Todas las miradas sobre él: curiosidad y simpatía. Y él, sobre todas las miradas: serenidad y firmeza. Este muchachito moreno, de cuño español, en cuyos ojos, entornados por la meditación del juego, se vislumbra «la furia ibérica», ofrece en su aire colegial un arquetipo de la adolescencia acrisolada. Tiene los nervios de la infancia y el nervio de la juventud. Ante el campeonato de ajedrez, «ojos y oídos» del mundo, sus ojos vigilan el tablero y sus oídos acechan en alerta constante. Hondo silencio de los jugadores, con entrecejo ante las piezas, y de los curiosos, con lápiz en ristre ante las jugadas… De repente, el Goliat ruso-francés se levanta y saluda en reverencia de vencido al triunfal «David español». Estalla una ovación formidable. Bernstein se dispone a salir. Arturito Pomar le tiende hidalgamente la mano… Pero como el ruso francés es un gigante, el muchacho español se empina, se empina, como España.

25. ♗d2 ♞e7

El marcador 1.00 de Nadia Comaneci, blanco el maillot y firme el gesto, en Montreal: la perfección. El octavo oro olímpico de Michael Phelps en Pekín: la fuerza. La triple victoria de Emil Zatopek en maratón, 10.000 y 5.000: el sacrificio. Los tres récords mundiales de Jesse Owens en menos de una hora: el genio. Los 10,49 de Florence Griffith en Seúl con la melena al viento: el talento. Los diecisiete récords de Serguéi Bubka a lo largo de una década: la perseverancia. Los brazos en alto del Caníbal que no necesita apellido tras cruzar la meta en 445 carreras llanas, de montaña o contrarreloj: la ambición.

Perfección, fuerza, sacrificio, genio, talento, perseverancia y ambición. Es el camino que conduce a Fischer hacia el Campeonato del Mundo de Ajedrez, su terca obsesión, el único sentido existencial para un hombre que ha elegido el tablero y sus millones de combinaciones como una escapatoria al laberinto de la vida.

El objetivo parecía cercano a los dieciocho años, cuando ya vislumbraba una lujosa casa en forma de torre y el selecto club de etiqueta Robert James Fischer. Mas la gloria no ha llegado tan pronto para el hombre que habla deprisa y piensa deprisa, que camina con veloces zancadas de metro y pico, que mueve las piezas con un gesto rápido y fulminante, bruto, preñado de violencia intimidatoria. Como un tiro intelectual —la mano es el arma; la pieza, la bala— que explica aquella frase de Spassky, tan seductora y repetida: Cuando juegas con Fischer, no es cuestión de ganar o perder, es cuestión de sobrevivir.

Ha transcurrido una década con numerosas excentricidades del estadounidense: Bobby se retira en mitad de las competiciones enfadado por cualquier contrariedad, desaparece de los tableros durante año y medio sin explicación, obliga a modificar las normas federativas para que los rusos, sus enemigos declarados, no puedan empatar entre ellos y bloquear a un occidental en la lucha por el

título mundial. El caso es que, desde su adolescencia, nunca ha vuelto a clasificarse para un Torneo de Candidatos. Ahora, con veintiocho años, tras haber ganado el Interzonal de Palma de Mallorca, Bobby regresa a la fase final. Al Torneo de Candidatos de 1971, la competición con ocho ajedrecistas de la que va a salir el aspirante, el jugador que le dispute la corona mundial al vigente campeón: el soviético Boris Spassky.

Nunca desde 1948, cuando se establecieron las series eliminatorias, ha habido un aspirante no soviético al trono ajedrecístico, y mucho menos un campeón sin la hoz y el martillo en su bandera. Desde entonces, el cuadro de finalistas ha sido rojo por entero. Botvínnik-Bronstein; Botvínnik-Smyslov; Smyslov-Botvínnik; Botvínnik-Smyslov; Tal-Botvínnik; Botvínnik-Tal; Petrosian-Botvínnik; Petrosian-Spassky; Spassky-Petrosian. Coto vedado para la URSS y sus cuatro millones de ajedrecistas federados, frente a los 35.000 en Estados Unidos.

Y sin embargo, el tiempo de la épica ha comenzado.

La primera partida del Candidatos, en cuartos de final, enfrenta a Fischer con el antiguo campeón soviético Mark Taimanov, un virtuoso del piano, un artista del tablero. El duelo es al mejor de diez partidas. Entre grandes maestros, de nivel tan equilibrado, las tablas son muy frecuentes. Por eso nadie da crédito al resultado final: 6-0. Jamás ha sucedido algo así. La humillación infligida por un estadounidense convierte la vida de Taimanov, de vuelta a Rusia, en un infierno con aroma a purga: el Gobierno soviético le quita su sueldo público como gran maestro, suspende sus derechos civiles, le prohíbe viajar al extranjero, lo censura en la prensa, lo convierte en objeto de calumnias, lo acusa de leer en secreto las obras de Solzhenitsyn. Todo ello lo aboca al divorcio de su mujer. Y parecía solo un juego.

La segunda partida, en semifinales, es contra Bent Larsen, un danés excepcional: tres veces ganador del Interzonal y que alcanza por tercera vez la semifinal del Torneo de Candidatos. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Seis victorias seguidas. Lo ha vuelto a hacer. Fischer derrota por 6-0 a Larsen y repite su hazaña. Había ganado las últimas siete partidas del Interzonal de Palma y ha encadenado doce victorias en este Torneo de Candidatos. Lleva

diecinueve triunfos consecutivos frente a grandes maestros en competición internacional. Nunca se ha visto, jamás se verá.

En la final de Buenos Aires, al mejor de doce partidas, aguarda el soviético Tigran Petrosian, doble campeón mundial, el barrendero filósofo, la boa constrictor que asfixia a sus presas con pequeñas ventajas logradas movimiento a movimiento. Con paciencia. Siempre al acecho y en tensión. Una boa constrictor que, para cazar mejor, durante las partidas desconecta el audífono que mitiga su sordera. Qué difícil imaginar esa cabeza llena de silencio y estrategia, de guerra muda. A Petrosian lo acompaña un equipo de analistas soviéticos, varios oficiales del Gobierno de la URSS y dos guardaespaldas: la boa constrictor colectiva.

Más de tres mil espectadores atestan el teatro San Martín y sus calles aledañas. He esperado este momento diez años, dice Fischer antes del match, pero las maniobras de los rusos me lo habían impedido. El suyo es el rostro de la ansiedad y la ambición, de la soberbia y el misterio, siempre insondable, que acompañan a la genialidad. Pronto seré campeón mundial, dice en la revista Star de Zagreb en vísperas de esta final. Mi propósito es batir el récord de Emanuel Lasker, quien durante veintisiete años retuvo el título de campeón mundial. Dice: Me he esforzado mucho en la vida para ser algo. Hoy ya soy alguien, pero mañana seré más conocido aún. Mi objetivo es que en el planeta no haya nadie que sepa mover las figurillas de madera mejor que yo.

Las palabras de Bobby parecen pronunciadas siempre en caja alta y viajar entre signos de exclamación hacia un tiempo futuro; hacia un porvenir, a su vez, encadenado al pasado, humus que todo lo retiene y filtra, que no permite la erosión. En América, dice, no hay nadie que pueda compararse conmigo: he sido ya ocho veces campeón nacional, lo cual empieza a resultarme fastidioso. Lo único que no me fastidia es que vaya creciendo el activo en la cuenta corriente de mi banco. Algún día tienen que ser míos el coche más caro y la casa más hermosa. Sé lo que quiero. Los niños que han tenido que crecer sin padre después son como lobos. Robert James Fischer no es ninguna computadora, como algunos querrían pensar. Soy simplemente un hombre, pero un hombre extraordinario. Mi mundo es el tablero blanco y negro del ajedrez. En mis jugadas hay

que ver movimiento y al mismo tiempo arte; quien no consigue verlo me da lástima. Soy, remata, fuerte como un muro y frío como un témpano.

Ese rostro de la ambición, cuando Fischer gane la final del Candidatos a Petrosian —por 6,5 a 2,5, perdiendo una sola partida en la que estaba resfriado—, será de nuevo el rostro amado por Estados Unidos. Una cara ya en color que muestra Life en una portada icónica, una cara que The New York Times lleva a su venerable primera; el ajedrez regresa a la portada de la Dama Gris diecisiete años después. Porque no es deporte, y lo sabía Comaneci al sentir la mirada ávida del conducator. Porque no era un juego, y lo supo Taimanov con el helor oficial que lo abrasaba. Es un asunto de Estado. Los 22,4 millones de kilómetros cuadrados de superficie soviética y los 9,3 millones de kilómetros cuadrados que ocupa el territorio estadounidense van a condensarse en una fina tabla de madera de cincuenta centímetros de largo por otros tantos de ancho. Un americano va a desafiar a un soviético, por vez primera, en el campo de batalla más intelectual y simbólico de la Guerra Fría: el Campeonato del Mundo de Ajedrez.

26. ♗c3 ♞g8

Todo peón es una dama en potencia, y esa creencia, salvífica, suele ser su perdición.

27. g4 ♚e7

El hombre que toma la palabra en el Mahatma Gandhi Hall de Londres tiene cara de cárcel. Ha pasado entre rejas más de la mitad de sus días. Allí olvidó la dimensión de las cosas: su olor, su aroma. Decidme cómo es un árbol, rogaba. Contadme el canto de un río cuando se cubre de pájaros, pedía. Habladme del mar, habladme del olor ancho del campo, de las estrellas, del aire, clamaba desde la amnésica condición a la que lo condenaba su condena. El rumor de pasos del carcelero que traía el fondo del pasillo guillotinaba, corte seco y abrupto, la cadencia musical del poema. Clavaba la pieza, ahogaba al jugador.

En este 3 de junio de 1962, cuando no han pasado ni siete meses desde su ansiada liberación por indulto, se dispone a pronunciar un discurso en un acto público en homenaje a los presos antifranquistas. Él, Marcos Ana, es su símbolo. El preso político más antiguo. El decano de la represión penitenciaria. Ese hombre que, al poco de salir de la cárcel y embaucado por un amigo, descubrió el sexo a los cuarenta y un años en un cabaré madrileño. Fue de la mano de una muchacha delgada y morena de ojos azules que se apiadó de él: no quiso cobrar por un servicio iniciático que prosiguió con una noche de interminable conversación, un tierno beso matutino de despertar, un desayuno con churros y chocolate al borde de la cama, y un ramo de flores de 500 pesetas —las 500 pesetas que la muchacha no había querido aceptar por conmiseración y humanidad— entregado al día siguiente en la recepción del hotel donde ella tenía habitación. Al ramo lo acompañaba una nota: Para Isabel, mi primer amor.

Ahora, en Londres, Marcos Ana se acerca al micrófono. Y dice:

Como ustedes saben, acabo de salir de las cárceles franquistas. En ellas he dejado toda mi juventud y la mitad de mi vida. Al terminar la Guerra Civil fui detenido en el puerto de Alicante y conducido al campo de concentración de Albatera. El hambre era

tan horrible en aquel campo que el que tenía la suerte de encontrar unas briznas de hierba las devoraba con un ansia salvaje. Para beber un vaso de agua había que guardar cola ante una cisterna, a veces durante veinticuatro horas. Pude fugarme de este campo, pero a los pocos días fui entregado por un confidente a la policía. Ingresé en la cárcel de Porlier y en mi expediente personal consta que tuve que ser hospitalizado durante tres meses para curarme de «ciertas heridas». Esas «ciertas heridas» fueron los malos tratos sufridos en la comisaría de la calle Almagro número 39, uno de los centros de tortura más famosos de Madrid. Desde entonces, desde mayo de 1939, he permanecido encarcelado hasta la tarde del 17 de noviembre de 1961. En total, veintidós años y siete meses de cautiverio. Cerca de nueve mil días y nueve mil noches sepultado bajo las piedras y los cerrojos de los presidios. Dos veces estuve con la pena de muerte y he conocido las cárceles de Porlier y Conde de Toreno, de Yeserías y Ocaña, de Alcalá de Henares y la prisión de Burgos, donde he pasado los últimos quince años de mi cautividad. Una breve ficha cosida a mi hoja histórico-penal decía simplemente: «Fernando Macarro Castillo, conmutado de la pena de muerte. Sesenta años de condena. Cumple el 3 de noviembre de 1980. Ha sido varias veces aislado por razones políticas. Peligroso, téngaselo bajo vigilancia». Durante esta larga noche que ha durado veintitrés años, he vivido intensamente las historias más tristes y hermosas que pueda conocer un ser humano. En la cárcel de Porlier, en Madrid, he despedido a miles de compañeros y amigos que con las sienes altas y orgullosos iban a recibir, cantando, el plomo de los asesinos. En aquellos tiempos los fascistas habían construido un matadero humano en el cementerio del Este. Levantaron un muro de ejecución y una rampa de cemento, con una boca de riego en el centro y unos canalillos para el desagüe. Después de los fusilamientos, cada mañana limpiaban con una manga de agua la sangre que derramaban nuestros hermanos. Este matadero de hombres fue posteriormente destruido. En el triste penal de Ocaña, donde estuve nueve meses condenado a muerte en el llamado «tubo de los cerrojos», y desde una celda húmeda y tan estrecha que con los brazos en cruz se tocaban las paredes, he oído mil veces los vivas a la libertad y a la República y las postreras canciones de los que cada madrugada eran asesinados en el Hoyo de las Gallinas. […] Jamás olvidaré aquellas horas inciertas de nuestra vida. Nos subíamos a las estrechas ventanas y, agarrados a las rejas, veíamos

las sombras de los camiones, y a veces de los carros, que cargados de compañeros desaparecían en el camino de Yepes. Después escuchábamos con el alma en vilo, hasta que nos llegaban las descargas de los piquetes de ejecución. A veces, en el silencio de la terrible cárcel podíamos oír, uno a uno, los tiros de gracia. Con la pérdida de nuestra guerra se abrió este alucinante período, un período de sombra y sangre para España. Miles de españoles eran conducidos como rebaños a las cárceles y a los mataderos. En algunas partes, como en la plaza de toros de Colmenar y en Paracuellos de Jarama, en los barreros de Villarrobledo y en los fosos de Montjuic, en el Hoyo de las Gallinas y en el barranco de la Virgen del Val, en Alcalá de Henares, se barrían los hombres con ametralladoras para hacer más rápida la matanza. Era una época espantosa. La máquina de matar trabajaba sin descanso. Recuerdo que por ese entonces se modificó el catecismo en España y en el quinto mandamiento donde decía «No matarás», pusieron «Matarás con justicia». Se mataba fría, sistemáticamente. No era el acaloramiento de las pasiones desatadas. Era el ideario gubernamental: matar, destruir el espíritu democrático del pueblo, aplastar a culatazos la cabeza, el corazón de la clase obrera y de las fuerzas progresistas. El general Franco creía que envuelto en ese baño de sangre podía dormir tranquilo. Pero se ha equivocado. Ni la cárcel ni la muerte pueden exterminar la lucha y el resurgimiento de un pueblo. Y hoy, a los veintitrés años de tiranía, nuestro pueblo sigue vivo y en pie, sigue quitando el sueño al dictador de España, y terminará arrancándole el poder. Yo he vivido en medio de ese cataclismo. Veintitrés años tienen miles de días y miles de noches. Parece imposible que un ser humano pueda vivir tantos años como un topo bajo la tierra. He tenido que cruzar esa noche tremenda, un mar de sangre y pasión. Solo he tenido un patio y un trozo de cielo, cuya claridad bebíamos ávidamente. […] En las prisiones he conocido a hombres que renunciaron, que dejaron caer sus banderas al suelo. Creían que no valía la pena continuar. Pensaban que habían sacrificado su vida inútilmente. Pero yo jamás consideré mi vida perdida. Yo he vivido la vida que he preferido vivir: la vida dura pero noble de un revolucionario. Por eso confío en la unidad. Si no confiase en la unidad y en la lucha del pueblo, tendría que dar la razón a los que renunciaron, y llegar a la conclusión de que había dejado inútilmente veintitrés años de mi vida en las prisiones. Pero, afortunadamente, no es así. En mi corazón soplan los vientos

mágicos y ardientes del entusiasmo y estoy convencido de que mi vida es justa. Si mil veces naciera, mil veces volvería a ser como soy y a pensar como pienso.

Lo ha dicho Marcos Ana ante un auditorio repleto de españoles republicanos que han pagado su derrota con un exilio ribeteado de nostalgia. Jamás consideré mi vida perdida, ha dicho el preso con más lunas entre barrotes, al tiempo que ha defendido la consagración, sin cálculos personales, a una causa. Que ha recordado las obligaciones políticas y morales de todo hombre. Que ha exigido la fidelidad a unos ideales, aunque arruinen toda una juventud y la mitad de una vida. Aunque mantengan emparedado entre muros, vallas y concertina a un peón sacrificado que olvidó cómo era un árbol y para quien el mundo, su tablero, no era más que un patio donde giran los hombres sin espacio.

28. f4 h6

Es negra la cara que ve en el espejo. Son negros los rostros que rodean su vida. Negro parece el futuro que a todos su piel reserva.

Sus negras manos repiquetean sobre la máquina de escribir. Es una ráfaga violenta, un grito mecanografiado, un aullido ordenado. James Meredith se ha sentado a redactar la carta que le aprisionaba el pecho. Siempre he sido, escribe, un objetor de conciencia hacia mi estado de opresión. Mi ambición ha sido romper el monopolio de los derechos y privilegios que tienen los blancos del estado de Misisipi. James alza las manos, piensa y teclea el último párrafo como si fuera capaz de levantarse de la silla y ver desde el mañana a este joven negro de veintiocho años con una vida incierta por delante: Hago este movimiento por lo que considero que es el interés y el beneficio de: (1) mi país, (2) mi raza, (3) mi familia y (4) yo mismo. Ya estoy familiarizado con las probables dificultades aparejadas a este movimiento que emprendo, y estoy totalmente preparado para proseguirlo de todos los modos hasta licenciarme en la Universidad de Misisipi.

Su solicitud para matricularse en una universidad compuesta íntegramente por blancos ha sacudido a la institución académica, al Estado, a la Unión. La presentó el año pasado mediante esta carta mecanografiada con la tinta más negra de América sobre el blanco más regio y a la vez endeble. La petición le fue denegada. Sin embargo, su peregrinaje judicial —un peón negro intentando alterar el tablero de las razas, que no es sino el tablero del poder y del dinero— ha surtido efecto. El Tribunal Supremo le ha dado la razón y ha obligado a la universidad a abrirle las puertas para que hoy, 1 de octubre de 1962, James Meredith se convierta en el primer negro que se matricula y estudia en este centro enclavado en el Sur. En el bastión del supremacismo blanco; el corazón de la América racista de capirote blanco y triple K.

Es lunes. El peón negro, el más negro de toda América, avanza

sin miedo. Le gritan, le escupen, le lanzan piedras. La turba, ruido y furia. Pero él, traje, camisa, corbata y maletín en la mano derecha, un paso detrás de otro, rostro sereno, no se arredra. En realidad, no ve a nadie, nada escucha. Solo silencio y mente en blanco. Nada de temor. No tengo miedo, se dice, se explica, porque soy un hombre negro en Misisipi, y serlo significa que ya estoy muerto. Y un hombre muerto no tiene miedo.

Ya avista a solo unos cientos de metros el edificio, el aula, el primer jaque en esta larga partida. La turba lo acecha todavía más, como en un intento de cobarde ahogado que lo inmovilice y detenga. Pero James no afloja el paso, una casilla tras otra, sin miedo al sacrificio, entregado a una causa suprema, a un bando siempre perseguido, eternamente acorralado. No soy un activista por los derechos civiles, no soy un manifestante, no soy un pacifista. No soy un republicano ni soy un demócrata. Mi filiación política es negra. Soy un ciudadano americano, y un hijo de Misisipi. Soy un guerrero, cincela más tarde en su biografía.

La guerra es el precio que paga el peón por el órdago lanzado contra la esclavitud del miedo, una condena etérea y no dictada que aprisiona, obstruye y derrota por desistimiento. Hay una guerra en mayúsculas: para escoltar y proteger a Meredith en su primera entrada al campus universitario en este lunes otoñal y belicoso, el fiscal general de los Estados Unidos ha desplegado a 123 suboficiales federales, 316 guardias fronterizos y 97 guardias federales de prisiones. La última batalla de la guerra civil americana, reza un buen titular. No exagera. Hasta 30.000 soldados y guardias nacionales son desplazados a la pequeña ciudad sureña de Oxford para aplacar la ira blanca y contener la reacción a esta inesperada apertura negra de un maestro sin título al que nadie esperaba. Dos muertos y doscientos heridos conforman el balance cuantificable, el fácil de describir. Pero además de la guerra en mayúsculas, hay otra guerra de guerrillas, de letra pequeña, librada contra el peón que inició con una carta su osado desafío. Cuando llega a la cafetería y se sienta, todos le dan la espalda o se levantan para hacerle el vacío. Le arrojan silencio, gélido y denso silencio compuesto de odio, rabia y admirado miedo. Cada noche le arrastran los muebles del piso de arriba de su habitación para que no duerma ni descanse, le botan pelotas sobre su techo para que

recuerde que es negro en una tierra dominada por blancos, para que abandone su quimérica lucha, para que todo vuelva a su cauce natural: Misisipi, tierra de blancos con unas universidades —las buenas— para blancos, y otras para negros. Le lanzan piedras, botellas, agua, petardos, insultos. Es la soledad del peón aislado.

Pero el peón resiste. Resiste hoy, en este primer día que marca un hito. Resistirá a las amenazas de muerte llegadas por carta desde todos los rincones de América. Resistirá a los tiros que le disparan, cuatro años después, en la Marcha contra el Miedo que pretendía recorrer a pie desde Memphis hasta Jackson. Quería andar solo aquel camino de 220 millas para desafiar el miedo omnipresente que dominaba a los negros del sur con tal de animarlos a que se registraran para poder votar. Pero en el segundo día de la marcha, los tiros de la escopeta de calibre 16 empuñada por el desempleado blanco James Aubrey Norvell lo dejan herido en el pavimento de la carretera, retorciéndose, con la camisa ensangrentada: boca abierta, manos extendidas, grito de dolor congelado en una estampa icónica. Casi tres semanas después, más de doce mil manifestantes, la mayoría negros que se han ido uniendo, culminan la histórica marcha a Jackson. Meredith, solo un peón que va recuperándose de sus heridas, camina entre ellos.

Coraje, perseverancia, oportunidad, conocimiento. Son las cuatro palabras inscritas junto a la estatua de bronce que hoy honra a James Meredith en el campus de la Universidad de Misisipi, donde se cavó la tumba de la segregación; donde un peón alteró la partida con un sacrificio.

29. f5 exf5+

En Estocolmo, los peones se han movido. Adelante, siempre adelante: no queda otra. Las cadenas de peones —protectoras, llenas de hermandad y camaradería— se han roto y son ya una quimera. En esta fase de la partida impera el sálvese quien pueda. O quien el bando quiera. Juegan blancas. Fischer sacrifica un peón. Arturo lo captura con un peón que da jaque al rey blanco pese a saber que eso implica ser devorado por otro peón. Sic transit gloria mundi. Un peón que se ofrece en el altar de los sacrificios. Un peón rival que lo asesina y se cubre con la gloria del jaque, centro de todas las miradas. Otro peón del bando opuesto que lo ejecuta. Y todo ello concatenado. Efímero papel, relleno de la trama. La partida continúa.

30. gxf5 h5

Quizá sorprenda a algunos que yo aparezca ahora como demócrata apasionado cuando fui apasionado falangista en 1936. Es 1962 y habla Dionisio Ridruejo. El viejo camisa vieja. El poeta fascista, fascista poeta, que aportó dos versos al Cara al sol: Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz. El idólatra de José Antonio. El jefe nacional de Propaganda del bando franquista durante la Guerra Civil, un fanático de La Causa apodado el Goebbels español. El admirador del fascismo de Mussolini que volvió embelesado de su viaje a Italia en 1938: credere, obbedire, combattere. El falangista de carné desde el 33, brazo en alto, pelo hacia atrás con brillantina, media cara en sombra —siniestro eclipse — y la otra media al sol en una estampa con los claroscuros de Zurbarán y el tenebrismo de Ribera. El romántico que en 1941 se alistó voluntario como soldado raso en el frente ruso de la División Azul. Por todo ello, su voz, rotunda y circunspecta voz, la voz de la mejor retórica falangista, advierte en estas declaraciones de 1962 a la revista Ibérica: Quizá sorprenda a algunos que yo aparezca ahora como demócrata apasionado cuando fui apasionado falangista en 1936.

Dionisio Ridruejo es uno de los ochenta españoles del interior que viajan a Múnich en junio del 62 para participar en el IV Congreso del Movimiento Europeo. Es la primera reunión de españoles opositores al régimen franquista, del interior y del exilio: monárquicos liberales, republicanos, democristianos, socialistas, socialdemócratas, nacionalistas vascos y catalanes. Todos menos los comunistas. El Contubernio de Múnich, en inmortal definición del régimen gracias a la feliz simbiosis de un burócrata audaz y un diccionario generoso.

El trayecto de Ridruejo ha sido doblemente sinuoso. Primero, en el plano ideológico. De la camisa azul de los veintiún años ha pasado, casi con cincuenta, a este viaje clandestino a la capital

bávara para contribuir a dinamitar la dictadura. Dos muescas han quedado grabadas en este billete de vuelta. La carta de julio de 1942 que le envía a Franco, decepcionado por los derroteros que ha enfilado el Movimiento, el régimen, el totalitarismo franquista. Según describirá más tarde, un régimen de poder personal concentrado e irresponsable, socialmente compartido por un sindicato de intereses: el oligopolio económico; la Iglesia —que ha mantenido un cierto monopolio cultural—; el Ejército, al que mantuvo unido el orgullo de haber vencido la guerra y que, en cierto modo, se hacía intérprete del espíritu conformista de las clases medias tradicionales; la Falange, convertida en partido único proveedor principal del personal político-administrativo. A Franco, indiscutible rey del bando hasta ese momento, uno de los peones más fieles desde el inicio de la partida le advierte en esa misiva, puro lamento en prosa, acerca de la traición al ideal falangista que están presenciando unos ojos que regresan del ardoroso frente ruso: el Régimen se hunde como empresa aunque se mantiene como tinglado, le escribe al caudillo. El coste de la sinceridad del intrépido peón, que ansía ir por libre y crecer en un tablero de dimensiones y reglas férreamente acotadas, es elevado: ruptura con la Falange, dimisión de todos sus cargos públicos y destierro forzado durante casi un lustro a Ronda y, luego, a Sant Cugat del Vallés.

El segundo golpe se produce en 1956. Su evolución ideológica —una maduración derivada de haber visto las ideas probadas por la acción, según él— lo lleva a participar el 9 de febrero en las revueltas de Madrid, con la universidad y sectores falangistas en llamas. Resulta detenido y encarcelado, cinco semanas, en Carabanchel. Es entonces cuando emerge, ya sin requiebros ni marcha atrás, pieza tocada, pieza movida, el nuevo Ridruejo opositor. El activista que al año siguiente volverá de nuevo a la cárcel tras verter una declaración incendiaria en la revista cubana Bohemia. A Franco, dice, le mantiene en el poder el miedo a la revisión sangrienta: es un miedo apoyado en la mala conciencia de haber abusado, de haber ido demasiado lejos. Le sostiene también el amplio sindicato de intereses —intereses no sólo económicos sino de poder y comodidad— que él ha cuidado con gran realismo.

Esa crítica al régimen que apoyó, que destila honestidad y

valentía según le reconocen con admiración algunos, azora a otros que fueron compañeros de viaje en los inicios de Falange. El escritor Eugenio Montes, buen amigo, se lo resumirá más adelante en una frase con aguijón que atraviesa toda alma timorata: Cuando como tú se ha llevado a centenares de compatriotas a la muerte, y luego se llega a la conclusión de que aquella lucha fue un error, no cabe dedicarse a fundar un partido político: si se es creyente hay que hacerse cartujo, y si se es agnóstico hay que pegarse un tiro.

Pero el otrora peón de la cruzada azul no piensa en tiros larranianos ni en retiros contemplativos. Piensa, más bien, en continuar la partida. En avanzar escaques al son de su propio verso divisionario: la patria es un combate cada día. De ahí este viaje, extremadamente sinuoso también en lo logístico.

Para llegar a la cita de Múnich, Dionisio Ridruejo topa con una represalia del régimen: tiene el pasaporte confiscado. Llega el viernes 1 de junio al piso de su suegra en la calle Calvet de Barcelona y allí se une a varios correligionarios: monárquicos, socialistas jóvenes. En una carta enviada a su mujer unos días después, le narra la peripecia. Los planes previstos para la fuga a Múnich se esfuman: no hay ni finca fronteriza ni gente apalabrada. Al día siguiente, tras superar una avería del coche, deciden echarse al monte. Ridruejo, el viejo camisa vieja, el que hablaba a los micrófonos con retórica ardorosa y henchido de fascio el corazón, atraviesa la montaña a escondidas. Clandestinamente, como un maqui. Como un maqui viejo de corazón gastado. Anda cansado, cual anciano reumático, entre pinaza y pedruscos.

Una confusión con José Vidal Beneyto, que debía llevarlos en su coche, arruina de nuevo el plan. Juegan al ajedrez durante la espera. Toman un taxi. A Perpiñán. Llegan a un gran café. Pasan la noche refugiados en una casa. Al día siguiente toman un tren a Estrasburgo. Veintidós horas de traqueteo. Allí, le escribe a su esposa, nos encontramos con que los amigos encargados de arreglarnos las cosas y que ya estaban en Múnich habían fracasado en el intento de conseguirnos un papel francés y otro alemán para pasar la nueva frontera. Pero Dionisio no se rinde. Ascensión sin fatiga, raíz honda y constante. Logran contactar a un socialista estrasburgués, teniente de alcalde en ejercicio. Él les recomienda un

contrabandista de confianza. Pasan dos días sin pasaporte entre recepcionistas de hotel que preguntan lo que jamás entenderían. Otra frontera cruzada a pie, la segunda en pocos días, otra vez bajo la clandestinidad, épica y drama, arrojo y temor. Y al fin llegan a Múnich. A la Maximiliansplatz, 5, Hotel Regina.

La silueta de este hombre de facciones icónicas entrando en el comedor del suntuoso hotel bávaro, con todos los españoles en contubernio dispuestos para la cena entre cortinas y butacas pesadas, desata una ovación inolvidable. Es la tarde del miércoles 6 de junio de 1962.

El viaje de Dionisio Ridruejo ha sido largo. Y tortuoso.

Seis días.

Treinta años.

31. ♗d2 ♚d7

La inmundicia cerca a George Fryett. Y el hambre, y el miedo. Y esas caras huesudas de pómulos salientes, ojos rasgados y bocas desdentadas que lo vigilan, que lo torturan, que para comer le dan arroz, hojas, arroz, carne de mono, una cabeza de pez, escaso arroz. La diarrea cronificada, la disentería, el dolor incrustado en el estómago y las entrañas.

El hambre.

No sabe dónde está ni adónde va. Lleva los ojos vendados en los traslados continuos. De aldea en aldea y así hasta seis veces. Manos atadas detrás de la espalda, una cuerda alrededor del cuello. Como un perro forzado a largas caminatas por el corazón de unas tinieblas que se van cerniendo sobre esta tierra húmeda, de calor pegajoso y lluvias torrenciales, de surcos de pobreza en los rostros afilados que a cada paso asoman y al siguiente se ocultan. Todo es extraño, confuso.

El miedo.

Hasta ahora, ningún americano ha sido secuestrado en este país al que George ha sido destinado para una misión tranquila: especialista de cuarta clase del Grupo de Asesoramiento y Asistencia Militar del Ejército estadounidense en Vietnam del Sur, donde 6.500 militares norteamericanos arropan al presidente Ngo Dinh Diem para sofocar a las guerrillas comunistas del Vietcong. Una campaña más para seguir frenando al enemigo, a la roja hidra de mil cabezas que se reproduce en cualquier latitud. Parecía una misión tranquila. Pero la calma se acabó el día de Nochebuena.

Iba en bicicleta hacia la piscina del pueblo de Thu Duc, al norte de Saigón. Aficionado a la fotografía, George llevaba dos cámaras consigo. Giró por un camino de tierra que conducía a la piscina cuando dos vietnamitas, montados ellos también en bicicleta, le

cerraron el paso. Uno por delante, el otro por detrás. Se abalanzaron sobre él, le asestaron un fuerte golpe en la cabeza y se lo llevaron. El primer prisionero de guerra estadounidense en Vietnam tiene veintiséis años y viene de Long Beach, California.

Al despertar, Feliz Navidad, el peón huele a sangre. Su propia sangre. Le empapa la sangre que mana de una gran herida en la cabeza. Está maniatado y una correa rodea su cuello. De rodillas, a punto para la ejecución, parece el final de una partida que ignoraba estar jugando. Pero los ojos rasgados deciden que es preferible no matarlo. Que conviene interrogarlo, interrogarlo una y otra vez, extraer toda la información posible sobre los documentos clasificados que maneja.

El hambre y el miedo crecen.

Pasan los meses. Helicópteros survietnamitas y Rangers de combate norteamericanos lo buscan, peinan la selva que circunda Saigón. Ni rastro del soldado Fryett hasta que un día, 9 de junio de 1962, la radio clandestina del Vietcong, la Radio Liberation que controla Charlie, transmite el texto de una carta. Una carta, dice el locutor comunista, dirigida por George Fryett a su familia. Querido papá, querida esposa Clara y querida hija Virginia, comienza. Me han tratado con mucha amabilidad y he gozado en general de buena salud. La guerra no ha existido entre el norte y el sur de Vietnam. Vietnam del Sur y su gente solo han tratado de proteger sus pacíficas tradiciones y su felicidad. Lo único que puedo decir es que lamento mucho haber contribuido a las fuerzas que están siendo explotadas en Vietnam del Sur. La verdad ha sido escondida al pueblo estadounidense. No debería tolerarse que continuara esta situación, dice la carta leída. La radio continúa. Hay otra carta del soldado Fryett dirigida al Comité Central del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. El militar secuestrado implora a los comunistas de Vietnam que sean indulgentes con él y le permitan regresar con sus compatriotas para contarles los actos ilegales que las tropas estadounidenses cometen en Vietnam del Sur. Fui cómplice de las maniobras criminales del imperialismo de Estados Unidos y del Gobierno de Diem en Vietnam del Sur, dice la carta. Los aviones de Estados Unidos han atacado a personas pobres que están siendo sacrificadas por aquellos que se aprovechan del

régimen diemista de Estados Unidos, concluye.

Todos los periódicos publican el teletipo de Associated Press con la historia de Fryett, con esas supuestas palabras a las que su padre no da crédito: Mi hijo es cien por cien americano. La sombra de la traición, la sospecha de colaboracionismo se abate sobre el peón. Es una pieza sobrecargada, amenazada por demasiados costados, obligada a varias funciones defensivas a la vez. A sobrevivir al hambre, a resistir al dolor, a guardar lealtad a un bando a pesar del miedo y son solo veintiséis años para un oficinista de cara sonriente. Una pieza sobrecargada es un peligro; puede decantar cualquier partida. El tiempo avanza, las fuerzas decaen. Solo quedan doce días para que lo pongan a andar por última vez.

32. a4 ♞e7

La guerra civil que comenzó en España el 18 de julio de 1936, y que el régimen ha mantenido artificialmente con la censura, el monopolio de la prensa y radio y los desfiles de la victoria, terminó en Múnich anteayer, 6 de junio de 1962. Habla Salvador de Madariaga, el equidistante. El que se negó a creer que solo hay escaques blancos y negros, rojos y azules, en el tablero. El reaccionario para unos, extremista para otros. Así, en el vacío presurizado del exilio que se reserva a los incomprendidos, pasará cuarenta años cumpliendo su palabra: Yo no volveré a España mientras haya un dictador.

Pero hoy, día de presentar las conclusiones en el Hotel Regina de Múnich, Salvador de Madariaga vislumbra el final del túnel cuya luz él apenas verá. Los que antaño escogimos la libertad perdiendo la tierra y los que escogimos la tierra perdiendo la libertad nos hemos reunido para otear el camino que nos lleve juntos a la tierra y a la libertad. Es su manera poética —la lírica que siempre enmascara, exagera, atenúa— para anunciar la resolución aprobada por unanimidad de los ciento dieciocho delegados españoles.

El texto, un torpedo contra el régimen de Franco, un obstáculo que agravará su aislamiento diplomático, que lo alejará del club comunitario, una celada antifranquista que sacrifica la entrada de España en Europa a cambio de un bien mayor como es forzar la paulatina destrucción del régimen dictatorial, dice así: El Congreso del Movimiento Europeo reunido en Múnich los días 7 y 8 de junio de 1962 estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todo país a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social Europea, lo siguiente:

1. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se

basa en el consentimiento de los gobernados.

2. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa.

3. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales.

4. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por el de la huelga.

5. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición.

Madariaga no se queda ahí en su alocución. Ojos vivos de antiguo profesor de Oxford, labios finos de diplomático hábil en el arte del silencio a tiempo, óculos de académico cuyo discurso de entrada y toma del sillón M, tras haber sido electo en mayo de 1936, tuvo que esperar cuarenta años y renunciar al decíamos ayer porque ya no había un nosotros al que aludir, pues el mundo, su mundo, se había ido derrumbando cuando por fin pisó la Academia, con noventa años, en 1976. En el Hotel Regina de Múnich, pulmón de la Mitteleuropa tan alejada de los Pirineos, Madariaga habla de Europa como del cruce de dos caminos, de dos grandes tradiciones: la socrática, que pide libertad de pensamiento; y la cristiana, que pide respeto para la persona humana. Y nosotros los españoles hemos venido aquí, dice, a hacer constar que no es admisible en Europa un régimen que todos los días envenena a Sócrates y crucifica a Jesucristo.

Envenenamientos y crucifixión: es justo lo que les espera tras el contubernio a estos peones, tantos peones en busca de nuevo bando y nuevo rey, que ahora brindan en el hotel bávaro por una jugada que puede alterar la partida.

33. ♗c3 ♞g8

Fryett empieza a caminar. Otra larga marcha, la última. Son cuatro días de poner un pie delante del otro sin saber hacia dónde ni para qué. El secuestro ya dura seis meses. Su aspecto enjuto, anguloso, su rostro desencajado, poco tiene que ver con el de aquel chico sonriente y con brillo en los ojos de la foto oficial. Del chico que se puso a enseñar inglés a los vietnamitas, en sus ratos libres, al poco de llegar aquí. Ha perdido once kilos. Ya no sabe si duele más el hambre o su falta. Si es más peligroso el miedo o su ausencia. Ya no sabe. Solo arrastra los pies, uno detrás del otro. Es demasiado peso.

La jungla es espesa, monótona y laberíntica, pero sobre todo es desasosegante. Con las fuerzas mermadas y rodeado por los ojos de siempre, Fryett aguarda entre el follaje en este escondrijo del Vietcong. Viste pantalones de civil y una camiseta deportiva, pero la humedad de finales de junio penetra en cada poro de su castigada piel. Ha llegado la hora, el movimiento definitivo.

Podría ser la jugada final, como la que hace una semana apartó del tablero al capitán Walter R. McCarthy Jr. y al lugarteniente primero William F. Train III, dos asesores militares estadounidenses caídos en una emboscada de los guerrilleros del Vietcong. Minas detonadas al paso del convoy, fuego abierto a quemarropa, cuerpos inanes, vehículos en llamas; el olor a muerte, el silencio rotundo del fin en un camino escoltado por la arboleda. Dos peones menos para un bando que en esta guerra fantasmal perderá peones para llenar casi mil tableros de ajedrez, un peón roto por cada casilla.

Un autobús es detenido al borde del camino por los soldados vietnamitas que custodian al rehén. Se dirige a Chan Thanh. Rápidamente, el soldado Fryett es sacado de la selva. Le dan un billete de cien piastras y lo montan en el autocar. Quizá la historia no acabe en este viaje en autobús que llega a destino, donde los vietnamitas del sur recogen al joven Fryett y un helicóptero

americano CH-21 lo devuelve a Saigón, al fin libre. Quizá no termine en las primeras declaraciones del especialista cuarto ante los oficiales americanos que lo interrogan de inmediato: jura que ni siquiera a punta de pistola ha aceptado el sentir comunista, que no sabe nada de las supuestas cartas que la radio le ha atribuido al presunto traidor americano. Quizá la historia no termine ni en su posterior traslado en avión al hospital militar de Fort MacArthur, California, con el médico señalando un trastorno mental en su historial clínico que siempre le acompañará, maldita etiqueta que incluso complicará su reconocimiento como antiguo prisionero de guerra cuando llegue a un hospital de San Francisco para la rehabilitación mental. En realidad, quizá, la historia no acabe nunca, con el soldado Fryett, ya octogenario, buscando en internet noticias sobre prisioneros de guerra, sobre militares en cautiverio y sus secuelas, intentando ayudar a veteranos del Ejército con sus mismos fantasmas, contando una y otra vez la historia de hambre, frío y fiebres en aquella lejana guerra en la que quedó atrapado un peón.

34. ♔f4 ♚e7

El rey negro, caudillo de nombre, viste de blanco almirante. Se mueve en un Rolls-Royce descapotable, de pie en la parte trasera, con una sonrisa siniestra. Valencia recibe al generalísimo con júbilo y gratitud contenida, narra el NODO. Las masas se arremolinan en cada esquina, baten palmas en cada avenida, alzan el mentón, en tristísimo estado de revista, en la enorme plaza del Caudillo. Franco, Franco, Franco, vociferan. Familias unidas agitan sus pañuelos blancos, lo más parecido a una papeleta que refrenda. Hombres entrados en edad, fanatismo y calvicie sostienen ditirámbicas pancartas de letra mayúscula: Valencia será grande por Franco; Lo único que nos pueden hacer en Múnich es cerveza.

Apenas han transcurrido ocho días desde el final de la reunión opositora en Alemania. Franco toma la palabra en el balcón del ayuntamiento. Soy el capitán de la nave, dice. Roza los setenta años, ya está viejo, aún está. Sigue hablando: de guerras frías traicioneras, de la incomprensión de aquellos que se adelantan a su época, de ese mundo liberal que en Europa todavía se lleva y cuyo beneplácito no sería sino la muestra del fracaso de la revolución que él encabeza. Y concluye, con la vista encontubernada: La transformación de la Nación solo los enemigos obcecados no quieren verla. El progreso espiritual, social y económico no admite discusión. Por ello somos motivo de admiración y envidias. Si con firmeza nos mantenemos, poco pueden importarnos los ladridos exteriores del comunismo o de sus asociados; lo importante es lo que pasa dentro, y, pese a las pequeñas nubes que se interpongan en nuestra marcha, el sol ha salido para España. ¡Arriba España!, grita con eco adocenado.

La mano que saluda a la grey es la misma que hace una semana ha firmado la suspensión del artículo 14 del Fuero de los Españoles. Los españoles ya no tienen derecho a fijar libremente su residencia dentro del territorio nacional. Es el regalo de bienvenida para los

asistentes a la reunión de Múnich, los ochenta del interior, que regresan a España con una prensa desatada en su contra, con un odio propio de otras épocas. A unos les espera la cárcel o el destierro en las Canarias, elija usted. A otros les aguarda el exilio forzado, brutal anacronismo veintitrés años después del cautivo y desarmado.

El antiguo peón azul, el viejo camisa vieja, el del par de versos del Cara al Sol reconvertido en apasionado demócrata que asalta fronteras como un maqui clandestino, es uno de ellos.

Cuando iba a emprender el regreso a Madrid se ha enterado de cómo van cayendo sus compañeros de contubernio. Él no quiere ni cárcel ni destierro. Opta por quedarse exiliado en París. Pasará casi dos años apartado de su casa, de su mujer, de sus dos hijos.

Qué es el exilio. El exilio es un buzón. Las cartas que llegan, siempre pocas; las que se introducen en él, siempre muchas porque significa que el destierro continúa. Jordi Gracia y Jordi Amat, profundos conocedores del personaje y de aquella primavera de Múnich, han reunido las treinta y dos cartas íntimas, privadas, que durante ese exilio de veintidós meses le escribió Dionisio Ridruejo a su mujer, Gloria Ros. La primera se remonta al 14 de junio de 1962; la última es del 19 de marzo de 1964. Tomadas unas pocas frases de cada carta, por orden cronológico de su envío, componen esta amarga, tierna y desconsolada misiva:

1. Me preocupo mucho por ti. No me atrevo a pensar sobre tu estado de ánimo. ¿Te vas a sentir desamparada? 2. Pero ante todo y sobre todo quiero que te cuides y te distraigas y que cuides la moral de los niños, sobre todo la de Dionisín que no debe sentirse perplejo ni abandonado. 3. París es, como tú sabes, una ciudad donde basta con pasear por la calle para estar interesado y contento. Pero es dura como todas las ciudades grandes. Y para mí es duro también estar sin casa y errando todo el día. 4. Besa a mis preciosos. Te adora, Dionisio. 5. Estoy indignado con el comportamiento de esos miserables. Bien está que me hagan a mí la pascua, pero negarte el pasaporte y el derecho a ver a tu marido, cortarte el teléfono y ahora las cartas es algo que pasa de la raya. No creo que sea posible que la saña llegue hasta los niños. 6. Tengo mucha nostalgia de ti cada vez que hago algo agradable. 7. Os quiero de la mañana a la

noche y de la noche a la mañana. Besos muy fuertes para mis niños. A ti todas las cosas de amor que puedes imaginar. 8. He tomado un pequeño apartamento —habitación, baño y una especie de recibidor minúsculo con armarios—. Está bien, limpio y agradable. 9. Vivo bien adaptado y sin morriñas especiales, aunque, por ratos, sufro de no verte y no ver a los niños. 10. La verdad es que me quedé triste y que el despertar de sábado fue extraño y bastante melancólico. 11. Pienso en ti todo el tiempo y me apena tanto no ver las cosas nuevas contigo que eso lo estropea todo. 12. Pasaré la Nochebuena recordándoos. Felices Pascuas. Os quiere quien os adora. 13. De vez en cuando me dolía el costado —esto es, el sitio donde debía estar tu brazo puesto sobre el mío— con un sentimiento de ausencia muy tierno. 14. Me muero de ganas de verte y de ver a los niños. 15. Espero vuestra venida. En realidad la espero con escrúpulos de egoísta. 16. Los niños me han escrito. Los echo de menos con frecuencia y los recuerdos de Dionisio me conmueven aún, después de haber sido tan cariñoso. 17. Querida: He pasado los tantos días sin escribirte y principalmente porque me he encontrado en una crisis de ánimo de esas de las que más vale no hablar hasta que han pasado. En esas crisis, como sabes muy bien, se junta todo. El cansancio físico y la impresión de estar viejo —que por desgracia me es frecuente—, la idea de que cuanto se hace carece de sentido y de que las personas que nos rodean no tienen interés alguno y de que uno mismo es un pobre iluso; la mala conciencia de ser pobre y no saber —ni en el fondo querer— remediarlo; la de que uno fastidia y perjudica a las personas que quiere y en cierto modo la de que se está solo —lo que en momentos de optimismo no es grave— y sin ningún punto de apoyo verdadero: sin ese centro de seguridad que nos afirma y que, si a mano viene, sirve para descansar la debilidad sin mucha vergüenza. 18. Un exilio indefinido no me interesa ni vital ni políticamente. 19. Tengo conciencia de que el «abandono de familia» no es lo que debe hacerse y pienso si pongo los deberes en el orden de prelación debida o en el orden inverso. Pero es tarde para decirlo. E inútil. 20. Te escribí ayer. Te beso. 21. Pobre hija, ¡cuántas latas y disgustos te doy! Una y mil veces te lo repito: perdóname y compréndeme, como lo has hecho siempre. 22. En momentos así el tener que estar lejos por fuerza se me hace muy molesto. 23 Mentiría si no te dijera que tengo muchas ganas de verte. 24. Me escribe tu madre. Una carta censoria y moral con alusiones al evangelio explicándome que me debo a la familia y que

lo otro es pura vanidad. Acaso esté en lo cierto pero es un poco tarde. 25. Te diré que me has dejado un recuerdo dulce y que sigo con mucha nostalgia. 26. Llueve y llueve, todos los días. Y hace frío incluso en la habitación. 27. No dejaré de defenderme de las acusaciones abusivas y deformantes. No te preocupes mucho. Todo irá arreglándose. 28. La carta de tu madre vino a coincidir con una crisis molesta de autocrítica, insatisfacción y cansancio —la más dura que he vivido en este año—, de esas en que todo lo que traes entre manos te parece artificial y cobran la importancia que tienen e incluso más las cosas que se han abandonado: todo el deber familiar —amor incluido— y todo el deber profesional cotidiano… 29. Escríbeme por favor. Os quiero todos los días. Vuestro. 30. Querida: Siento haber estado algo tristón el último día y sobre todo las últimas horas. 31. No pases mucho tiempo sin escribirme. 32. Tengo un inmenso deseo de abrazaros. Besos.

Eso es el exilio. El precio del compromiso, del movimiento, de creer en la libertad supina de la pieza como regla máxima del juego. De rechazar el peligro como pretexto eximente, como coartada para el inmovilismo que mira, acata, consiente. El precio de no seguir, venda y grilletes, al atambor.

35. b4 cxb4

La frente, muy ancha, separa el pelo cortado a cepillo de unas cejas hundidas sobre dos ojos alicaídos; como si buscaran arropar la mirada penetrante y henchida de decisión del mayor Rudolf Anderson en su fotografía oficial: cuerpo ladeado, vista fija en el horizonte, impoluto uniforme, insignias de la Air Force. Todo lo impregna el blanco y negro de la imagen, de la época.

Él ha sido el elegido, el peón dispuesto para el sacrificio.

Son trece los días de 1962 que el mundo anda al borde de su destrucción atómica. La crisis de los misiles de Cuba ha llevado el calvario de la Guerra Fría a su estación más tórrida e inflamable. Los aviones espía de Estados Unidos han descubierto que el territorio cubano esconde bases de misiles nucleares soviéticos de alcance medio. Los alfiles de la inteligencia avisan al rey, siempre hay uno, y el rey elige pieza. El peón es Rudolf Anderson. Criado en Greenville, Carolina del Sur, todavía resuena en su interior el solemne juramento realizado once años atrás, el 6 de noviembre de 1951. Apoyaré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos de América contra todos los enemigos extranjeros y nacionales; le tendré verdadera fe y lealtad; obedeceré las órdenes del presidente de los Estados Unidos y las órdenes de los oficiales nombrados por encima de mí, de acuerdo con las leyes y el Código de Justicia Militar. Así que ayúdame, Dios.

Así que ayúdale, Dios.

Pero Dios no responde cuando el mayor Anderson comienza a necesitarlo a bordo del U-2, el avión espía de reconocimiento con el que está llevando a cabo una misión secreta, la número 3128: debe fotografiar desde el aire el suelo cubano para aportar a la inteligencia americana las pruebas de lo que allí se esconde: 24 plataformas de lanzamiento, 42 cohetes R-12, unas 45 ojivas nucleares, 42 bombarderos, un regimiento de aviones de caza, dos

divisiones de defensa antiaérea soviéticas, cuatro regimientos de infantería mecanizada, 47.000 soldados soviéticos desplegados en Cuba, a un paso de Florida, a un solo escaque de los Estados Unidos. La operación Anádir, la paciente y soterrada estrategia soviética para asestar un jaque mate por sorpresa en esta partida fría.

Rudy vuela solo a 70.000 pies de altura. Sin escolta, desarmado, sin ser visto ni oído, o eso cree él. Ya lo hizo antes, durante la guerra de Corea, tripulando un RF-86 para fotografiar todo lo que acontecía bajo sus pies. Lleva tres mil horas de vuelo en sus manos, mil de ellas a los mandos de un U-2. Pero la hora definitiva es la de las 10.19 del 27 de octubre de 1962. La hora del último movimiento. La de los heraldos negros, antesala de salvas, medallas y honores con hiperglucemia patriótica; el uniforme que deglute y digiere al uniformado, el bando —lo inmanente— que siempre se impone a la pieza contingente. El rebaño que debe continuar su ciclo: pasto, corral y matadero.

El Sábado Negro, lo llamarán los libros. El único muerto en combate durante la crisis de los misiles, se referirá a Rudy la Historia, más bien historia, pues las mayúsculas son refractarias a la peonada. Mas nada de ello sabe ese chico de treinta y cinco años, casado con Jane Corbett, anillo en el anular derecho, y que al morir dejará huérfanos de padre a un hijo de cinco años, a otro de tres y a un tercero que ya crece en el vientre de su esposa. Nada de eso intuye mientras surca el cielo de Cuba y lo fotografía todo sin parar ni reparar en que en esos campos de caña de azúcar a 22.000 metros bajo sus pies —tierra de antiguos esclavos de la amarga industria del azúcar, de obreros envenenados con agentes químicos esparcidos en los cañaverales cubanos por la operación Mangosta de la CIA, tablero de otros peones caídos en viejas partidas— se halla su último movimiento.

36. ♗xb4+ ♚d7

El atambor percute y el peón se pone en movimiento. Quiere creer que quiere. Cree querer que cree. El atambor transmite la orden, marca el ritmo, impone la pauta. La peonada obedece. Tantas veces sin ver siquiera ni la caja ni al percusionista. Solo basta con oír los golpes para luego sentir los golpes.

37. ♗f8 ♚e8

En la enorme pantalla soviética —cinco metros de alta, diez de ancha— aparece el U-2 tripulado por el mayor Anderson. El radar ruso lo ha detectado y le ha asignado nombre: Objetivo 33. La guerra pide abstracciones, huye de contornos humanos definidos. Prefiere ignorar si el Objetivo 33 vuela ahora mismo con dos fotos colocadas en su panel de control: la de una esposa sonriente y la de dos hijos que desconocen su inminente orfandad. La guerra prefiere no saber que el Objetivo 33 no estaría hoy aquí si no le hubiera pedido a su compañero Steve Heyser hacer su turno de manera voluntaria, quizá por la ambición de ser el piloto con más vuelos durante la crisis de los misiles, quizá por ese elevado sentido de la responsabilidad que lo hace quedarse en el cuartel, descansando, cuando no hay vuelo, mientras sus compañeros están tomando una relajada cerveza en la cantina. Mejor identificarlo como Objetivo 33. Palabra huera y número cardinal. La nada que nada remueve.

Los generales rusos Leonid Garbuz y Stepan Grechko monitorizan el avión espía desde su puesto de mando en La Habana. La tensión es máxima. La crisis de los misiles hace temer a los soviéticos una invasión inminente de Cuba por parte de las tropas estadounidenses. Y este vuelo espía va a llevar información clave a la inteligencia americana de cara a ese desembarco que se da por seguro. El U-2, que ha estado fotografiando el vientre de la ballena roja en un periplo extenso —Cayo Coco, Esmeralda, Camagüey, Manzanillo, Guantánamo, Jamal, Banes—, se encuentra a tan solo treinta kilómetros de alcanzar aguas internacionales. De ponerse a salvo. Pero Garbuz y Grechko dan la orden: el Objetivo 33 debe ser destruido.

Dos misiles tierra-aire soviéticos son disparados hacia el Objetivo 33. Una frase pasiva que enmascara y exonera. ¿Quién los lanza? Al menos uno de ellos es disparado —orden, dedo, botón— por el lugarteniente soviético Alexey Raypenko. Cincuenta años

después, por primera vez, el viejo militar retirado habla en un documental de la PBS sobre ese trance bélico. Cuenta que lo que sucedió aquel Sábado Negro lo ha pensado y vuelto a pensar miles de veces desde entonces. Y añade, como conclusión a medio siglo de pensamientos, razonamientos y respuestas buscadas, lo siguiente: Una tarea es una tarea, y tienes que hacerla lo mejor que puedas; yo solo estaba al final de la cadena, dice. La frase asusta por su simplicidad rotunda, por su aparente lógica ilógica. El peón soviético continúa: Cada soldado está destinado a llevar a cabo su tarea en un determinado momento. Y eso fue lo que sucedió. Una guerra es una guerra. Dice una guerra es una guerra y cierra los labios. Mantiene apretados los labios, sin pestañear. Cuatro largos segundos sin pestañeo, con los ojos abiertos, labios prietos, inmóvil. Cuatro segundos sin parpadeo. Una vida pasa por la mente. En cuatro segundos. Luego la mirada declina, también la cabeza. Quién sabe por qué.

Uno de los dos misiles disparados —orden de Garbuz y Grechko, ejecución de Raypenko, torres o alfiles, peones de un rey a veces ni entrevisto— explota al lado del avión espía, destroza la aeronave y la precipita, envuelta en llamas, al suelo. Es el último descenso de Rudy, el mayor Anderson, transmutado ya en Objetivo 33. Esta vez no habrá un aterrizaje como los que tanto le fascinaba ver, de joven, en la base aérea militar de Greenville, el paisaje sonoro y visual de su temprana juventud. Solo un cielo nublado de otoño, tan ancho como triste y vacío, lo despide. El avión se estrella a las afueras de la zona de Veguitas. El cadáver del Objetivo 33 permanece atado a la silla del avión, que con el impacto se ha separado de la nave y ha ido a parar a una nada situada entre un cañaveral y la vía del tren. Entre sus efectos personales, indica un apresurado informe de inteligencia americano (doce frías líneas mecanografiadas y clasificadas como secretas), hay fotografías de niños. Asepsia máxima. En la cartera negra, veinte dólares y dos cheques en blanco. De ahí a la morgue del hospital del Central Nicaragua, luego a la morgue de Antilla, más tarde al pediátrico de Holguín, después a Santiago de Cuba y, finalmente, al aeropuerto cubano de Rancho Boyero, donde se entrega el cadáver con sus pertenencias a unas autoridades neutrales que lo devolverán a Estados Unidos. El 6 de noviembre de 1962, justo el mismo día de su juramento militar once años atrás, es enterrado en su tierra natal

de Greenville el único muerto en acción de guerra de la crisis de los misiles de Cuba: el Objetivo 33.

38. ♗d6 ♚d7

El momento ha llegado. El rey convoca a su peón. Quiere conocerlo.

En el Palacio de El Pardo, un chico de quince años espera con su padre a que el ordenanza les dé el aviso, pueden ustedes pasar, o a que se abra una puerta y aparezca de pronto Él, caudillo, generalísimo, rey del bando.

El chico aguarda. Mira los tapices, las alfombras, el mobiliario; todo parece historiado, con esa pátina suntuosa que solo el barroco confiere al poder.

El chico ya es campeón de España de ajedrez, el más joven de la historia. Lo ha conseguido con catorce años, diez meses y ocho días. En la pechera le han impuesto, en su colegio de Areneros, la cruz de Alfonso X El Sabio. Más que una figura del NODO, más que un ídolo de masas erguido en el centro del campo Santiago Bernabéu, con toda la afición del Real Madrid coreando su nombre, el muchacho se ha convertido ya en un prohombre. Los ditirambos sobre su figura aumentan. Es la sensación del siglo en el mundo del ajedrez, dice Euwe. Pomar tiene condiciones para ser campeón del mundo, dice Steiner. Arturito es mejor ajedrecista que Capablanca cuando este tenía su edad, dice Tartakower. No he tenido adversario más fuerte en mi vida, dice Stone. Arturito encamina su estilo hacia lo que debe ser un campeón mundial, dice Broadbent. Es maravilloso cómo juega el chiquillo español, dice Bernstein. Es un más que probable candidato al campeonato mundial, dice Najdorf. No se han encontrado jóvenes del calibre de Arturo Pomar en los últimos años, dice The New York Times. Posee todas las condiciones de un consumado maestro; en la historia del ajedrez solo se registran tres casos similares: Morphy, Capablanca y Reshevsky, dice Fine. No ha de tardar en ofrecer a su patria el trofeo y el rango que los españoles esperamos de él, dicen Ganzo y Fuentes. Arturito el niño prodigio, dicen todos.

El chico aguarda. El chico —camisa, corbata, chaqueta— está aguardando.

El rey —caudillo, generalísimo— viste uniforme militar. Poco antes ha recibido en audiencia a un grupo de conmilitones: general de división, vicealmirante, general jefe de división, contralmirante, interventor general, coronel auditor, coronel jefe de regimiento, director general, teniente coronel. Es bueno tenerlos cerca en estas horas críticas para el régimen. Hace solo dos días, Él se asomaba al balcón de la plaza de Oriente. Veía congregada a una muchedumbre que recorría el centro de Madrid contra la ONU y su decisión de aislar a España como represalia, dice la resolución, a un Gobierno fascista que no representa al pueblo español. Franco sí, comunismo no, rezaba el lema de la marcha. Himnos, vítores y pancartas, innumerables pancartas. No puede esclavo ser, pueblo que sabe morir; Las Falanges juveniles de Franco seguirán a su jefe hasta morir; Los trabajadores españoles quieren a Franco porque es quien, sin huelgas, les ha concedido más de lo que otras veces pidieron; En la hora de los sacrificios, los excombatientes y excautivos estamos en nuestro puesto.

Franco, Franco, Franco.

La manifestación madrileña se está replicando hoy mismo, 11 de diciembre de 1946, por todas las capitales de provincia. Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y así hasta llegar a Ceuta. Por todas sus calles desfilan cientos de miles de peones, con banderas aguiladas, retratos gigantes, padrenuestros públicos y, pese al frío, impasible el ademán.

Pero ahora, en El Pardo, solo están el rey y su peón.

Conversan una media hora sobre ajedrez. Hablan acerca de la fulgurante trayectoria del niño prodigio, que en este año ha aparecido en las páginas de Abc hasta en noventa y una ocasiones. Poco más se sabe de este encuentro. Queda la fotografía, la única, transmitida por la agencia Efe. Franco, que mira a cámara, ríe a boca abierta, cosa extraña en él, y pasa su mano izquierda por la nuca del muchacho: pièce touchée, pièce jouée, algo más que un gesto paternal. Arturito, cuya mirada fuera de campo tal vez se refugie en la de su padre, sonríe en idéntica proporción: brazos

cruzados por detrás de la espalda, pelo esculpido a trépano con raya a la izquierda, dos botones de la chaqueta desabrochados, pantalones bombacho, cara bonachona, un prodigio de inocencia. El fondo de la imagen —la casilla e1, la casa del rey— es suntuosamente barroco.

El chico sonríe. Se siente peón avanzando hacia la octava casilla para coronar y, al fin, promocionar en una metamorfosis de cuento: el niño mallorquín de familia humilde que conquista el ajedrez mundial desde una España mísera de solemnidad.

El general sonríe. Sabe bien que, a pesar de la teoría, ningún peón se transforma jamás en dama. Que su destino no es otro que servir al bando. Que peones y reyes son como los alfiles de distinto color: sus caminos —siempre blancos, siempre negros— nunca se cruzan pese a compartir tablero o bando.

39. c5 bxc5

I. Suena el teléfono. Habla Henry Kissinger, consejero de Seguridad Nacional del presidente de los Estados Unidos de América, y llama desde Washington D. C., capital del imperio. Aquí el peor ajedrecista del mundo llamando al mejor jugador del mundo, escucha Bobby por el auricular. El momento es fischeriano. Después de toda una vida sacrificada en el altar del ajedrez y atravesada por una única coordenada —ser campeón del mundo—, después de ganar el Interzonal y destrozar a tres grandes maestros en el camino hacia la final, después de pasar siete meses enclaustrado en un complejo de entrenamiento, escondido entre las montañas del estado de Nueva York, para preparar este combate intelectual con doce horas diarias de estudio, memorizando más de catorce mil movimientos de Boris Spassky, fortaleciendo el físico a base de natación, pesas, sentadillas, tenis, salto a la comba y golpes al saco de boxeo, Bobby Fischer ha decidido que no. Que no viaja a Reikiavik, Islandia, donde hace días que le espera su contrincante, un país entero y cientos de periodistas acreditados que han visto naufragar la ceremonia inaugural y el inicio del match por el Campeonato del Mundo. Nadie entiende nada. El aspirante quiere más dinero. No le basta con los 125.000 dólares de premio a repartir —dos tercios para el ganador, un tercio para el perdedor— para un deporte cuyo premio máximo hasta la fecha no ha superado los doce mil dólares. Fischer quiere más, pide más. Piensa en Muhammad Ali, se ve como él, y exige más. In extremis aparece un filántropo británico, banquero ajedrecista, que dobla la recompensa: 250.000 dólares. Pero Bobby no se mueve de Nueva York hasta la llamada de Kissinger, 3 de julio de 1972, a veinticuatro horas de que expire el plazo de gracia que la Federación Internacional de Ajedrez ha concedido antes de descalificarlo por incomparecencia. Aquí el peor ajedrecista del mundo llamando al mejor jugador del mundo, comienza la voz oscura. Estados Unidos quiere que vayas y derrotes a los rusos, dice la leyenda que dice Kissinger. Suena a orden. Tras diez minutos de conversación, Fischer cuelga el teléfono

y anuncia: He decidido que los intereses de mi nación son más importantes que los míos. El atambor ha percutido. El peón se pone en movimiento.

II. Os miráis muy brevemente, casi apenas. Las manos encajadas en un apretón fugaz, porque el aspirante ha llegado tarde y la apertura blanca está ya sobre el tablero con el reloj en marcha, royendo segundos, como si alguna vez se detuviera. Os han perfilado como soldados de ejércitos enemigos, sinécdoques de un mundo bipolar. Sin embargo, os miráis y tal vez os reconocéis el uno en el otro. Tú, viajaste evacuado de Leningrado en un tren ferruginoso y maloliente durante la Segunda Guerra Mundial para acabar en un orfanato, miseria estabulada y sin rostro, como los maniquíes suprematistas de Malévich y ese aire de derrota melancólica que desprenden; dicen que eres el peón del comunismo, pero te has negado a entrar en el Partido, fuiste el único ruso en saludar a los ajedrecistas checoslovacos que llevaban un brazalete negro tras la invasión soviética de su país, y llegará el día en que desertes del bloque rojo. Y tú, viviste una infancia ambulante y de escasez de posguerra en la tierra del capital; dicen que eres el representante de un mundo libre que no paraba de espiar a tu madre por su pasado ruso y su activismo, con el FBI acopiando datos privados sobre vuestras vidas, la vida de los nuestros que son los otros. Buscan en la política la diferencia entre ambos. Yerran. Para entender el océano que os separa basta con una respuesta: ¿Qué es el ajedrez? Boris Spassky dice: El ajedrez es como la vida; Bobby Fischer dice: El ajedrez es la vida.

III. George Steiner andurrea curioso por las calles de Reikiavik, por su puerto ventoso, bajo la luz de un sol que jamás se pone en verano. El entusiasmo que la cita ajedrecística ha despertado en el editor de The New Yorker permite al profesor Steiner viajar a Islandia para cubrir la final. Un placer intelectual y periodístico solo comprensible desde esas coordenadas irrepetibles: Steiner, The New Yorker, 1972; un mundo ya extinguido y sin algoritmo que le plaña. El resultado de aquella aventura es un libro breve y delicioso: Campos de fuerza. Fischer y Spassky en Reykjavik. La mirada

penetrante y con gran angular del filósofo que ha enseñado en Princeton, Stanford, Ginebra y Cambridge va perfilando el contorno interior de ambos contrincantes. Para Steiner, Spassky es un caballero de excelentes modales. Siempre tranquilo y en calma. De una modestia escrupulosa e impecable. Con gran finura humana. Desapasionado ante el juego y propenso a ataques de melancolía o de pasividad introspectiva, algo muy literariamente ruso. Ante todo, señala, carece de instinto asesino, de esa tensión monomaníaca que hace de la victoria algo compulsivo. A Fischer, en cambio, lo retrata como un jugador con afán humillante y una mentalidad destructiva hacia el rival. De inapelable genialidad técnica e irreductible voluntad de triunfar. Solitario y maleducado. Arrogante y descortés. Indiferente ante los comportamientos sociales de costumbre y ante los sentimientos personales. Soberbio y tozudo. Fogoso, histriónico, ególatra. De exigua madurez emocional. Con miedo al miedo. Con un comportamiento oportunista, aberrante, cínico. A caballo entre lo desagradable y lo despótico, capaz de rechazar trece tipos de sillones y ocho clases de tableros y piezas para el juego. Pueril, rudo, codicioso como un niño. A su rastro, el olor del dinero es más empalagoso y nauseabundo que el del pescado. Ambos, Spassky y Fischer, escribe Steiner, van a cautivar al mundo entero, durante varios meses, con una actividad esforzada, esotérica, esencialmente trivial, que se relaciona con jóvenes miopes llenos de acné, con viejecillos más o menos cómicos y disparatados que juegan en los bancos de los parques.

IV. Empieza el juego. Todos se preguntan por qué Fischer ha aceptado ese peón envenenado en la primera partida de la final, cavando así su tumba cuando el envite se angostaba hacia las tablas. Un inexplicable error de principiante, para algunos. Un intento contraproducente por desestabilizar a Spassky en tiempo y forma, sugieren otros. Torpeza o exceso de arrojo, no importa. El hecho es que ha fracasado. Bobby se echa las manos a la cabeza, horrorizado. Se cubre el rostro con sus largos dedos, una foto icónica de Harry Benson, consciente de que ha vuelto a perder contra el único jugador al que jamás ha vencido. Uno a cero. Pero el dramatismo que consagra la épica se retuerce en la segunda partida. Ante la mesa solo están Spassky y el árbitro, que acciona el reloj de

un Fischer ausente. Bobby no se ha presentado. Había amenazado con no jugar si no retiraban las cámaras de televisión instaladas en el escenario porque su imperceptible sonido, dice, le molesta. Y ha cumplido la amenaza. Ahí está Spassky, sentado, solo, esperando a nadie y a nada, mirando el vacío, su vacío, durante los sesenta minutos, eternos, que tarda en caer la banderita del reloj. Dos a cero. ¿Qué más puede suceder ahora? Fischer se mantiene enrocado: no jugará otra vez con esas cámaras y ese sonido que solo él oye. Henry Kissinger llama de nuevo: Eres nuestro hombre contra los rojos, dice la leyenda que dice. En el último momento, y para que Fischer no tome un avión de regreso a Estados Unidos, como tantas veces ha hecho, y ponga un final abrupto al Match del Siglo, Spassky —que es el campeón, que va ganando, que no tiene por qué, pero la Historia siempre olvida esos detalles— acepta jugar sin público en una habitación pequeña situada detrás del escenario y dotada de un circuito cerrado de televisión. Fischer arriesga, a todo o nada, con la defensa Benoni, que en hebreo significa hijo de la tristeza. Un caballo desbridado, dos peones doblados en la última columna, una partida vertiginosa saboreando el filo de la espada, y Fischer gana: es su primera victoria en ocho partidas disputadas a lo largo de su carrera contra Spassky. Dos a uno. El momento ha llegado. El match cobra vida. El arrogante Bobby-Fischer-soy-el-mejor-jugador-del-mundo comienza a demostrarlo. Unas tablas y un nuevo triunfo. Empate a dos y medio. La sexta partida es una obra de arte, un monumento del ajedrez: Fischer cambia su apertura clásica por una apertura inglesa y, por primera vez en su carrera, juega un gambito de dama. Poco a poco, lentamente, jugada a jugada, va asfixiando al ruso, que en el movimiento cuarenta y uno abandona y hace algo inaudito: empieza a aplaudir a Bobby. Todo el público aplaude a Bobby como se aplaude a un concertino o a una soprano: con admiración y gratitud. Gary Kasparov dice que la sumisión con la que el soviético pierde esta partida ilustra que Fischer y Spassky representan en ese justo momento distintas eras del ajedrez. Tres y medio a dos y medio a favor de Bobby. Y es aquí donde el campeonato comienza a decantarse. Los nervios se desbocan. Los soviéticos sospechan que Spassky pueda estar siendo víctima de oscuras emboscadas de la Inteligencia americana: descargas eléctricas a su cerebro para desconcentrarlo, pequeños envenenamientos en la comida. Emerge la Guerra Fría en su macabro esplendor. Es por ello que los rusos obligan a desmontar

por completo el sillón de Fischer para revisarlo a fondo y acometen un análisis científico a la zona de juego: solo aparecen, dentro de una de las bombillas que iluminan el escenario, dos moscas muertas —tétrica metáfora— que al parecer volaron luego a Moscú custodiadas por un funcionario soviético para ser analizadas. El juego, pese a todo, continúa. Tablas, Fischer, tablas, Fischer. Llega la undécima partida de este match al mejor de veinticuatro y por delante va el estadounidense. Seis y medio a tres y medio. Spassky envenena a Fischer con otro peón y vuelve a ganar sobre el tablero por primera vez desde la partida inaugural, veintiséis días atrás. Seis y medio a cuatro y medio. Y hasta ahí. El soviético ya no vuelve a ganar ninguna partida más. Ocho tablas y otras dos victorias de Fischer cierran el marcador de la final, con Spassky dándose por vencido, en la vigésimo primera partida: doce y medio a ocho y medio. Fin del campeonato mundial de ajedrez: un editorial en The New York Times; solo un párrafo en el Pravda. Fin del perpetuo dominio soviético. Fin de la incapacidad americana sobre el tablero. Fin de una obsesión enfermiza. Fin de Bobby Fischer.

40. ♗xc5 a6

La partida de Estocolmo entre Fischer y Pomar suma ya cinco horas de juego. Ambos sienten el cansancio, el poso que deja la tensión constante en la mente, los hombros y las nalgas. El rumor va creciendo a su alrededor. Muchos tableros han sido recogidos, las piezas guardadas, y es entonces cuando los movimientos hechos y sus variantes alternativas, bucle infinito, se apoderan del pensamiento del ajedrecista. Juegan blancas. Fischer mueve el alfil y captura a un peón asesino, con la base todavía ensangrentada, para equilibrar de nuevo el material. A cada bando solo le quedan tres peones; los blancos acompañan a rey y alfil; los negros secundan a caballo y rey. El tablero está semivacío. La jugada de Fischer estrecha el cerco sobre un peón inmóvil, pasivo, la única pieza negra que no se ha movido en toda la partida. Si no lo hace ahora, morirá capturada. Está obligada a caminar. Solo tiene una opción: seguir adelante, avanzar. Y es lo que hace Pomar: moverla una casilla al frente, lo mínimo y necesario para mantenerse en pie y seguir con vida. La de ese humilde peón quieto de la primera columna es toda una lección de supervivencia, estéril pero eficaz. Han llegado al movimiento número cuarenta. Como mandan las normas, la partida debe quedar aplazada en este punto. Fischer escribe su próxima jugada —el movimiento secreto— y la sella en un sobre. Se lo entrega al árbitro, que detiene el reloj. Los peones siguen su camino. Es noche oscura en Estocolmo.

41. ♔e4 ♚c6

Doce de febrero de 1962. La partida Fischer-Pomar, aplazada el sábado por la noche, se reanuda hoy lunes, tercera semana del torneo. Son las cinco de la tarde y el invierno no descansa en Estocolmo. El campo de batalla ha cambiado: el tablero ha pasado del restaurante Tre Kronor al Kungshallen. Siempre se había creído que Pomar y Fischer habían jugado envueltos por la noble solemnidad de los salones del ayuntamiento de Estocolmo. Entre moqueta, suelo pulimentado y exquisitos ujieres. Pero no. Las pesquisas, realizadas con la ayuda detectivesca del sueco Peter Holmgren, desmontan el mito para levantar otro mayor. La reanudación de la partida tiene lugar en el Kungshallen, que en sueco significa Sala del Rey. Es un sótano lóbrego, alargado, sin ventanas, futuro club de striptease, situado en el número 18 de la larguísima calle Kungsgatan, la calle del Rey. Dos peones, pues, desafiándose en la Sala del Rey de la Calle del Rey y cerca de las dos Torres del Rey, los rascacielos de sesenta metros de altura que besan el cielo de Estocolmo desde este punto de la ciudad. En la fachada, un humilde cartel escrito a mano informa al paseante de lo que va a vivirse allí abajo, en el subsuelo, delante de unos treinta o cuarenta espectadores, no más. Los ajedrecistas toman asiento para terminar sus partidas aplazadas. De nuevo, frente a frente, se encaran la estrella emergente del Interzonal, con sus tics despóticos, y un competidor algo errático, infatigable, con toda su soledad a cuestas. Las sillas enmudecen, el silencio se va espesando, ya se oye el crujir del segundero. El árbitro rasga el sobre, sellado durante cuarenta y cuatro horas, y descubre el movimiento secreto que había anotado Fischer: un desplazamiento lateral del rey hacia el flanco de dama para colocarse en el centro del tablero. Arturo Pomar responde con otro movimiento de rey que amenaza directamente el alfil blanco. Duelo de reyes. Uno buscando el centro, el otro amenazando el corazón adversario. Propio de reyes.

42. ♗f8 ♚d7

La Tercera de Abc no es precisamente Radio Pirenaica, y quien firma la del 19 de enero de 1962 no es la Pasionaria, sino Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica, procurador en Cortes, franquista y falangista antes del franquismo y el falangismo, futuro padre de la extrema derecha española con su Fuerza Nueva henchida de Dios, Patria y Justicia, una fuerza nostálgica adherida a los Principios Fundamentales del Movimiento ya en plena Transición. Ante todo, es el hombre que jamás olvidó una promesa contraída durante la peregrinación nacional posterior a la guerra que, veinteañero él, recorrió con la Juventud de Acción Católica: la promesa de hacer fecunda la sangre derramada por los mártires.

El título del artículo es Hipócritas. La doble censura lo aprueba; es Blas Piñar, uno de los nuestros. Pero hay peones que van por libre en cualquier bando.

Como una letanía con anáfora incrustada, a lo largo de veinticuatro puntos se va describiendo a esos hipócritas del título: los que firman alianzas y establecen bases estratégicas de carácter militar en países a los que llaman amigos, y luego los abandonan indiferentes y mudos cuando estos países se encuentran en el momento difícil; los que presumen de anticolonialistas y, al exigir la independencia y la autodeterminación de los pueblos subdesarrollados, pretenden uncirlos al yugo de una total dependencia económica; los que ofrecen millones en concepto de ayuda generosa y abonan precios de hambre por la riqueza obtenida en los países a los cuales la ayuda se ofrece; los que hablan de democracia, de sufragio universal y de un hombre un voto, y después condicionan el voto al pago de un impuesto, para evitar el voto de los negros pobres, o al conocimiento del inglés, para evitar el voto de los ciudadanos de raíz cultural distinta; los que exigen el respeto a las minorías y ahogan con hábil y paciente terquedad a las que existen dentro de las propias fronteras.

Son solo cinco de los veinticuatro ejemplos que retratan a los Estados Unidos sin nombrarlos ni una sola vez. Hay un último párrafo, carcasa final, torpedo en la línea de flotación del régimen, su régimen, que busca en Estados Unidos el asidero diplomático y económico para su nuevo alzamiento. Dice el último párrafo: En estos años hemos aprendido muchas cosas, tantas y tan graves, que a nuestros hermanos podemos repetir aquello de Cristo: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

Nada importa que el artículo haya sido redactado pensando más en el patio trasero de Estados Unidos que en la geopolítica española. El texto original de Blas Piñar, escrito a mano, presenta los rasgos temblorosos del avión en el que regresaba de Filipinas. Aquel viaje a Manila le indignó con el capitalismo colonialista americano: escombros, subyugación, miseria. Fuego interior que doblega la disciplina callada del peón. Que lo conduce al arrebato de mandar al Abc este cóctel molotov de 829 palabras cuando Washington y Madrid juegan una partida telúrica: la renegociación de las bases militares americanas en suelo español, que han convertido a la aislada España en un vasallo, peón a su manera, del gigante americano y de su sistema económico. Suenan los teléfonos, vuelan los telegramas. Lo sentimos, señor embajador. Blas Piñar es destituido. Cese fulminante. Fin de su carrera pese al perdón que busca y medio logra, en persona y en El Pardo, de su generalísimo rey. El rey que había sido aupado por la Falange. Aquella Falange, lejana, eclipsada y de un azul desleído, de José Luis Arrese.

Hay un vídeo de Arrese en el NODO, año 1945, Guerra Fría incipiente, tablero con dos bandos vencedores y en pie de igualdad, en el que despliega un furibundo ataque retórico contra el sistema capitalista. Vestido de blanco, Arrese pronuncia el discurso de apertura del tercer consejo sindical. Habla el ministro secretario general del Movimiento, uno de los arquitectos ideológicos del primer franquismo. La fórmula que inventa el capitalismo, dice Arrese, es bien sencilla: tú pones un trabajo, yo te doy un jornal, y en paz. Con esta sencilla fórmula, que no es otra que la de la terrible compraventa del trabajo, el capitalismo intenta justificar su afirmación de que el capital es el único que produce, y que el obrero no es más que un elemento secundario de la producción, que vende su trabajo como otros venden las materias primas y los útiles

de labor. Y cree el capitalismo que, de la misma manera que el vendedor de esas materias y esos útiles, una vez recibido su precio, no se queda con derecho alguno a con lo que con ellos se produzca, así el obrero, vendedor de su trabajo, una vez recibido su salario, no se puede reservar ningún derecho a lo producido con él y debe quedar, por tanto, al margen de todo beneficio. Como veis, fue el capitalismo el que creó el problema social al creer que la producción es solamente un problema financiero, y que los problemas financieros no tienen nada que ver con los problemas humanos. Y este tremendo error materialista fue el que nos trajo esos dos males, que jamás podremos esquivar si no empezamos por renunciar a seguir interpretando la economía con mentalidad capitalista.

El auditorio, brazo en alto al inicio de la sesión, siniestros espadachines que quisieran rasgar el cielo, prorrumpe en una ovación totalitaria.

Había que conjurar el capitalismo en 1945. Hay que complacerlo e hincar la rodilla, doblar el espinazo y agachar la cerviz ante él en 1962.

Hipócritas.

La partida se adentra en una nueva fase.

43. h3 ♚e8

Madison Square Garden, Octava Avenida de Nueva York. El templo en el que Harry Gallatin rebotea, Dick McGuire asiste y Richie Guerin anota para los Knicks. El escenario donde Sugar Ray Robinson y Henry Armstrong pelean treinta y siete veces y Rocky Marciano, gancho de izquierda, tumba y retira para siempre a Joe Louis. El coliseo donde el stick de los Rangers roza el hielo y Blinc Candlin acaricia el cielo con su bicicleta de rueda alta vacilando por la cuerda floja. Quince mil personas lo abarrotan esta noche, 19 de mayo de 1962. El espectáculo no es de baloncesto, boxeo, hockey ni circo. Se llama gala de recaudación de fondos para el Partido Demócrata, pero en realidad es una fiesta de aniversario. El presidente cumple cuarenta y cinco.

Peter Lawford, desde el escenario, toma la palabra. Todos presienten que ha llegado el número central de la noche. Señor presidente: en esta ocasión, la de su cumpleaños, esta encantadora dama no es solo bella, sino también puntual. Señor presidente: ¡Marilyn Monroe!, grita el conductor del acto, cuñado del presidente. Lawford se da la vuelta y señala el centro del escenario, con el haz iluminando la nada y un redoble de tambor sin más fruto que el desconcierto. El presentador regresa al atril, entre las risas del público, y empieza a improvisar para ganar tiempo: Una mujer de quien de verdad se puede decir que no necesita presentación. Solo permítanme decirles que aquí está ella. Segundo redoble de tambor, miradas al centro iluminado y, de nuevo, la nada. Lawford prosigue, visiblemente nervioso: Pero yo le voy a dar una presentación de todos modos, señor presidente, porque en la historia del mundo del espectáculo tal vez no ha habido una mujer que haya significado tanto, que haya hecho más, que haya…

Y entonces aparece Ella.

Va enfundada en un vestido beis con dos mil quinientos cristales y seis mil diamantes de imitación cosidos a mano. Un

vestido rutilante al que la palabra ceñido le viene holgada. Entra dando pasos muy cortos, diminutos y apresurados; hasta treinta pasos para completar una distancia en la que no deberían caber más de nueve o diez. La angostura del vestido le impide andar de otra guisa. Viste un abrigo de piel animal que le oculta figura y carne desde el cuello a la cintura. Al fin —sempre venies, mai no arribaves— llega al atril, sonrisa pícara y melena estática. El presentador se lleva el abrigo. Queda ella sola, siempre sola y tan sola, ante el atril de madera, rodeada por una negra oscuridad en la orfandad del escenario, reflejo de una vida de colorín y soledad. Todos la miran. Azota el micrófono con el dedo corazón con un golpecito seco, justo y gracioso, pícaro, cuasi malvado, y se humedece los labios. Recoloca el micro con un gesto rápido, imperioso. Se lleva las dos manos, palmas extendidas, encima de los ojos, haciéndose una visera contra los focos para poder observar la platea mientras flexiona las rodillas con levedad. Se diría que lo busca a él. La sonrisa en la boca, los pechos rotundamente marcados por la ausencia de ropa interior. Emite un suspiro coqueto, sin duda sensual, y el público deja escapar una risa nerviosa. Las seis primeras sílabas, separadas, lentísimas, suaves, con los ojos cerrados, suenan como seis gemidos preliminares enmarcados por dos dramáticas respiraciones: happy birthday to you. El segundo verso, repetido, dispara las revoluciones. Suelta la mano que estaba jugueteando con gracia y descuido en torno al pie del micro, de arriba abajo y de abajo arriba, y la acerca a la cadera más visible para entonar el tercer y descomunal verso: happy birthday, mister president. Antes de cerrar la estrofa, se humedece los labios con la lengua y esboza una sonrisa letal, de dama del tablero, mientras los largos pendientes ejercen como loca aguja imantada, sismógrafo serotonínico de un estadio que no da crédito a lo que está presenciando. La canción muta de melodía y Ella prosigue cantando con el piano de fondo: Gracias, señor presidente (suspiro final), por todas las cosas que usted ha hecho (caricia ostensible en la cadera), por las batallas que ha ganado (brazos abiertos, muy separados, remarcando el busto que corona esa melena rubia peinada por Marie Irvine, su maquilladora de confianza), por la forma en que usted se ha encargado de la US Steel y de nuestros problemas a toneladas (la mano derecha recorriendo la curva de la cadera, subiendo por la cintura en una larga caricia y rozando al fin la base de un pecho turgente, todo ello

en cuatro segundos vertiginosos que acaban con la mano cerrada en un puño violento, puro clímax gestual). Se lo agradecemos mucho (los hombros encogidos, criatura desvalida). Todo el mundo: ¡feliz cumpleaños!, grita Ella dirigiendo el coro de asistentes mientras dos porteadores entran a hombros una tarta gigante de cuatro o cinco pisos, con velas e inscripción dedicada, mientras la orquesta remata el happy birthday to you.

El juguete de Hollywood, icono de un sistema, ha ejecutado su último y más recordado número en el Madison Square Garden, el teatro de los sueños, escenario de hazañas, mitos y leyendas. Ha durado un minuto y medio. Faltan menos de tres meses para que el juguete aparezca roto, sin colorín ni destellos, en la más extraña soledad. Era la dama un nimio peón.

44. ♗c5 ♚d7

Has entrado en un lugar sagrado y retirado, sitio propicio para la clandestinidad. El color verde frondoso domina el exterior; el negro de los hábitos —túnica, capucha, escapulario y cinturón, todo negro salvo para los novicios— se enseñorea del espacio intramuros: denso silencio, tempo añejo, ora et labora. La abadía benedictina de Belloch, en el pueblo francés de Urt, tu Iparralde, ha sido el punto elegido para esta primera asamblea secreta. Mayo del 62. Tú estás ahí.

Sois pocos. Catorce, tal vez. Las autoridades os temen; y al revés. La guerra ha comenzado. Las bombas ciegas, el sabotaje a un tren de veteranos requetés navarros, los ataques contra símbolos franquistas; las torturas en lúgubres calabozos de Madrid —y es tan siniestro el viaje en un frío vagón de mercancías—, el primer consejo de guerra con condenas de hasta veinte años de prisión solo seis meses atrás.

Tú eres un peón. Has elegido jugar en este tablero, disputar esta partida violenta de desarrollo incierto y consecuencias quizá funestas. Nada ni nadie te obligaba a jugar, pero hay un Bando, una Causa, una Idea; palabras gruesas, mayúsculas que te empequeñecen hasta insuflarte la conciencia del rango para el que te quieren: peón.

Estas paredes monásticas dan abrigo. Se lo dieron a republicanos durante la Guerra Civil, también a nacionalistas de ikurriña inflamada. Se lo dieron a combatientes de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Ahora te lo dan a ti y a los tuyos, nuevos gudaris, otra causa en el horizonte, mismo enemigo con yugo opresor y flechas afiladas. Tal vez te han contado, o te lo contarán, que el primer día que llegaron aquí los monjes, 1 de septiembre de 1874, iban acompañados por numerosos vecinos del pueblo de Urt. Marchaban cantando el Ongi etorri-aita onak-Jainkozko gizonak (Bienvenido sea Dios, padre bueno del hombre).

Eso te gusta.

El salmo de hoy es distinto. Los pocos, catorce tal vez, que habéis llegado hasta el monasterio, girando el cuello varias veces en un acto reflejo que solo acaba de empezar y nunca terminará de irse, buscáis palabras que os definan. El nombre hace la cosa. Y la cosa existe, pero faltan los nombres. Surge el debate. Hablas, escuchas. Te sientes grande en esta partida. Las palabras, al fin, asoman. La cosa ya tiene nombre. La cosa empieza a definirse como Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional, creado en la resistencia patriótica e independiente de todo otro partido, organización u organismo. El objetivo es la Liberación Nacional, la independencia de una Euskadi reunificada y euskaldun. También la Liberación Social. Un Estado-nación monolingüe, laico, democrático: nada de dictaduras, ni fascistas ni comunistas.

Tú escuchas, hablas, escuchas. Se alude a la violencia. Hay debate. Dos años antes se había fijado una premisa. Ya la conoces: La liberación de manos de nuestros opresores requiere el empleo de armas cuyo uso particular es reprobable. La violencia como última razón y en el momento oportuno ha de ser admitida por todos los patriotas. Hoy, en esta abadía benedictina, con la aprobación de estos principios que van a traducirse a cuatro idiomas y ser repartidos en 30.000 folletos para que más gente conozca la cosa y la sepa distinguir del nacionalismo burgués y católico que vais dejando al margen, la ambigüedad impregna el punto sobre la violencia. Dice: Se deberán emplear los medios más adecuados que cada circunstancia histórica dicte.

Es una frase que destila burocracia y terror a partes iguales, pura frialdad funcionarial tan alejada de la sangre mortal que llegará seis años después: un alto en la carretera, un guardia civil de tráfico con demasiada memoria para olvidar esa matrícula Z-73956 que ha visto en la lista de vehículos robados, la documentación, los nervios del conductor y el copiloto, una pistola que asoma, un tiro en la cabeza, cuatro más a bocajarro, un uniforme en el suelo, dos almas manchadas con la primera sangre de la cosa.

45. ♗d4 ♚d6

peón

Del latín vulgar pedo, -onis, soldado de a pie.

1. m. y f. Jornalero que trabaja en cosas materiales que no requieren arte ni habilidad. 2. m. Soldado de infantería. 4. m. Cada una de las ocho piezas negras y ocho blancas, respectivamente iguales y de calidad menor, del juego del ajedrez. 5. m. Persona que actúa subordinada a los proyectos e intereses de otra.

Es lo que dice el diccionario.

Más curioso es rastrear el nombre que la pieza menos valiosa del ajedrez recibe en otras lenguas, de la mano del maestro finés Ari Luiro, y descubrir qué sentido adquiere esa palabra. Todo empieza en Oriente. En sánscrito, patadam; en persa, piyada; y en árabe, baidaq: en los tres casos contiene el significado de soldado de infantería, que se mueve a pie. En inglés es pawn, persona usada para promover los propósitos de otra, persona manipulada por otro, rehén. En francés es pion, persona o elemento que solo desempeña un papel mínimo, que es manipulado, del que se dispone con arbitrariedad. El bauer alemán remite al campesino. El bois frisón y el pishak ucraniano recuerdan asimismo al granjero. En javanés, lengua hablada en la isla indonesia de Java, wong cilik significa personita. La sonoridad y la humildad congénita impregnan al resto de peones: sotilas (finés), pedone (italiano), peó (catalán) peão (portugués), peoi (vasco), boer (frisón), bonde (noruego), suldat (maltés), kern (irlandés), gwerinwr (galés), pėstininkas (lituano), bandinieks (letón), ettur (estonio), peška (ruso), peono (esperanto), pionek (polaco), kmet (esloveno), bīng (chino), poon (japonés), ragli (hebreo), zinvor (armenio), askar (malayo), hüü (mongol), gyalog (húngaro), penada (urdu).

Todos peones. Sin arte ni habilidad, mera infantería, de calidad menor, subordinados a intereses ajenos.

46. ♗b2 ♚c6

Ni un asomo de la infancia se atisba ya en Arturito, salvo ese diminutivo incrustado en el nombre. Ahora tiene veinte años y, del niño prodigio que fue, ni queda niño ni el prodigio deslumbra como antaño.

La fiebre ha remitido. Después de la foto con Franco como precoz campeón nacional, el interés mediático por su figura ha caído de forma abrupta, diríase que cruel. Lo que antes eran páginas enteras y generosos minutos de radio y NODO, con loas desmedidas y atributos heroicos, ahora se ha tornado silencio, insinuaciones de decepción y escuetos breves que aparecen encastrados entre sueltos de hípica y tiro al pichón. El ajedrez regresa a su hábitat periodístico natural, la marginalidad. La feria a diario empalaga; el circo es solo para el domingo.

Una duda sobrevuela.

En 1946, en pleno apogeo del fenómeno, apareció un libro sobre Arturito titulado Mis cincuenta partidas con maestros. Llevaba prólogo y glosa de Manuel de Agustín, ajedrecista y entusiasta redactor del Marca que tanto contribuyó a forjar y propagar la épica artúrica, esa luciérnaga que fascinaba al director y a los lectores desde la mismísima portada. Su libro terminaba con una pregunta muy propia de ese momento de fervor: ¿Llegará Pomar a la cúspide del ajedrez mundial? Quién sabe. Podrá llegar a ser un genio o una figura notable en el concurso mundial de los hombres. Si sale mal, será un meteoro fugaz, pero brillante, que un día se encendió en el firmamento para apagarse en el olvido.

Es pronto aún para resolver ese dilema. Solo tiene veinte años. La partida debe avanzar.

El 8 de febrero de 1952, Pomar pone rumbo a La Habana. No es la primera vez que cruza el Atlántico. En 1949 ya dio una gira de

cinco meses por Agentina: Mar del Plata, Santa Fe, Rosario. Entonces era un valor en alza, un jugador sin límites escritos. Ahora parte hacia Cuba. La razón es simple. En la España de los años cincuenta, un ajedrecista no puede permitirse el lujo de vivir en exclusiva de la competición. Las exhibiciones están mejor retribuidas que los campeonatos. Por ello, después de haberse estrellado como último clasificado en el Torneo Zonal de Bad Pyrmont en 1951 y haber perdido el tren que conducía al siguiente Campeonato del Mundo, Pomar ve la ocasión propicia para hacer las Américas y explotar así el eco de su tempranera fama. Sus suelas recorren La Habana, Nueva York, Los Ángeles, los Estados Unidos de costa a costa, Tampa, Puerto Rico, República Dominicana, Curaçao, Caracas, Maracaibo, San Salvador, Guatemala, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Illinois, Texas, Tampa, Los Ángeles y Nueva Orleans. Pomar participa en diez torneos con rivales de la altura de Reshevsky, Najdorf, Gligorić, Eliskases, Rossolimo, Evans, Steiner, Bisguier o Santasiere; ofrece trescientas sesiones de simultáneas jugadas contra decenas de rivales a la vez; disputa más de diez mil partidas en todas las modalidades: partidas de ritmo clásico, partidas rápidas, partidas a la ciega, partidas simultáneas, partidas simultáneas con reloj, partidas ofreciendo piezas de ventaja. Y al cabo de dos años, siete meses y un día de gira americana, después de un desgaste cerebral de insospechadas consecuencias, Arturo Pomar vuelve a Madrid, medio calvo, el 9 de septiembre de 1954.

Pero podría no haber vuelto.

A lo largo de su periplo, a Arturito le han ofrecido el asilo político y la nacionalidad mexicana, y ha dicho que no; le han ofrecido la nacionalidad estadounidense, y ha dicho que no. Que no podría vivir mucho tiempo alejado de su tierra. Digna respuesta de peón.

En cambio, su tierra, su patria, su país, su bando, encara el tema sin la menor pizca de poesía ni apasionamiento. Lo aborda desde la fría lógica de la burocracia.

Ya en 1949, cuando Arturito viajó a Argentina sin antes haberlo comunicado, la Federación Española de Ajedrez sancionó al prodigio. Le prohibió disputar el campeonato nacional de aquel

año. Según Jeroni Bergas, no hay que descartar el temor del régimen a que Pomar abandonara definitivamente España en cualquier momento, como tantos otros españoles con el horizonte vital cercenado por la guerra y la posguerra.

Ahora, el control sobre el individuo adquiere otra forma, más chusca y cañí. Pomar ha topado con la mili.

A Arturito, el chico que fue el orgullo patrio de la década anterior, el niño instrumentalizado sin piedad por el régimen, el muchacho que paseó por Londres la bandera española, le han abierto un expediente disciplinario militar por haber faltado a la concentración de la caja de reclutas. En el Boletín Oficial de la Provincia de Madrid del 7 de diciembre de 1953, un juez militar le da un plazo de veinte días para que se presente o, si no lo hace, será declarado rebelde. Y la rebeldía militar se paga con cárcel. Un detalle: ese boletín oficial, trituradora desalmada que todo lo iguala con su tono aséptico y neutro, no alude al rebelde en ciernes como ajedrecista, campeón nacional, niño prodigio, superdotado, protagonista del NODO, poseedor de la Cruz de Alfonso X El Sabio o visitante de El Pardo recibido por el caudillo. Nada de eso, tan útil en anteriores ocasiones, es esgrimido esta vez. Aquí y ahora es Arturo Pomar Salamanca, hijo de Juan y de Francisca, natural de Palma de Mallorca, de veintiún años de edad, domiciliado últimamente en Carlos Ruiz, número 1. Punto.

Y sin embargo, no será declarado rebelde. Pomar estaba haciendo la mili en la Capitanía General de Madrid cuando solicitó permiso para interrumpir momentáneamente el servicio militar y poder realizar ese viaje ajedrecístico a Cuba. No obstante, se ha ausentado de su obligación castrense mucho más tiempo del que le había sido autorizado. Algo serio. En cambio, el recluta Pomar no ha sufrido represalias. La clave la tiene un hombre que ha sido campeón gallego de ajedrez y semifinalista de España, y que ocupa el cargo de segundo jefe del Estado Mayor Central, con sede en Capitanía, que es donde sirve Arturo. Ese general, que años después se convertirá en jefe de la VIII Región Militar —Galicia—, es Fermín Gutiérrez de Soto.

Así que el doble campeón nacional de ajedrez, un fenómeno deportivo que podría haber rehecho su vida en México o en Estados

Unidos, contando con más fama, vuelve a España, acaba la mili y jura bandera. Como un español más: Arturo Pomar Salamanca, hijo de Juan y de Francisca. A secas. Y a estas alturas, casi un rebelde para su patria.

47. ♗c3 ♚d6

Bobby,

Queda muy poco tiempo. Ahora sabes que solo una minoría de la humanidad seguirá con vida dentro de unos años. Los eventos profetizados para golpear a los pueblos estadounidense y británico en los próximos cuatro a siete años son seguros. Reducirán a la insignificancia las dos primeras guerras mundiales. Otras profecías revelan que pronto tendremos —probablemente en unos cuatro años— tal sequía y hambruna, que las epidemias de enfermedades seguirán cobrándose millones de vidas. / La Mano Oculta está detrás de todas las organizaciones socialistas, comunistas, bolcheviques, anarquistas, pacifistas y rojas en todas partes. ¿Por qué? Porque su principal objetivo es el derramamiento de sangre a cualquier precio. El bolchevismo es el satanismo bajo varias máscaras. Es cierto que hay un plan del infierno, es decir, de Satanás, pero no es cierto que destruiría las creencias de los judíos. No. Según Cristo, los judíos son los hijos de Satanás, y fieles a Satanás los judíos permanecerán. / El tiempo se nos está acabando. Solo quedan unos pocos años más para terminar la Obra de Dios. Toda vida humana será eliminada por la guerra nuclear y otros medios de destrucción masiva, puede que en no más de doce o quince años desde ahora. / Sin el despotismo absoluto, la civilización es imposible; la civilización no es obra de las masas, sino del que las dirige, sea este quien fuere. La multitud es un bárbaro que en todas las ocasiones demuestra su barbarie. Tan pronto como las turbas arrebatan su libertad, esta degenera en anarquía, que es el más alto grado de barbarie. Por la Prensa hemos conquistado toda la influencia, quedando nosotros ocultos en la sombra, y gracias a ella hemos podido amasar el oro con nuestras manos como precio de los torrentes de lágrimas y de sangre, en medio de los cuales hemos podido arrebatarlo. Pero nos hemos rescatado a nosotros mismos mediante el sacrificio de muchísimos de los nuestros. / Porque Cristo dijo con claridad que hay un deseo de asesinato de Satanás y que los judíos, sus hijos, lo harán. Y la historia, como veremos, confirma diariamente esta advertencia de Nuestro

Salvador. / Todas las ruedas del mecanismo de los gobiernos dependen de un motor que está en nuestras manos: este motor es el oro. Tenemos que suscitar la discordia, el odio y el desorden. Estaremos rodeados de una pléyade de banqueros, industriales, capitalistas y más que todo esto, de millonarios, dado que, en último término los guarismos son los que todo lo deciden. / Dijo Ezequiel: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: «Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y di a los que profetizan por su propia inspiración: "Escuchad la palabra del Señor"». Así dice el Señor Dios: «¡Ay de los profetas necios que siguen su propio espíritu y no han visto nada! Como zorras entre ruinas han sido tus profetas, oh Israel. No habéis subido a las brechas, ni habéis levantado un muro alrededor de la casa de Israel, para que pueda resistir en la batalla en el día del Señor». / Y vosotros diréis que si los pueblos se dan cuenta antes de tiempo de estas maniobras, se revolverán contra nosotros con las armas en la mano; pero si llegara este caso, en todos los países de Occidente tenemos preparada una maniobra tan terrible, que aun los ánimos más esforzados temblarán: en todas las grandes capitales se irán estableciendo los metropolitanos (tranvías subterráneos) y nosotros los volaremos por medio de la dinamita con todas las organizaciones y todos los documentos del país. / Quizá solo tengamos uno o dos años más para culminar el trabajo que el Cristo viviente está haciendo a través de su Iglesia. Se nos está agotando el tiempo. Es mucho más tarde de lo que crees. / La palabra Libertad conduce a las sociedades humanas a la lucha constante contra toda fuerza, contra todo poder, aunque sea el de Dios y el de la Naturaleza. Aquí tenéis también por qué a nuestro advenimiento será necesario suprimir del vocabulario humano esta palabra, como principio de la brutalidad que transforma a las multitudes en bestias feroces. Es verdad que las fieras se adormecen cuando se las harta de sangre y que así puede encadenárselas fácilmente. Pero si no se les da sangre, no se adormecen y sus instintos de lucha se despiertan. / Cristo dijo: «El diablo fue un asesino desde el comienzo y los judíos son hijos del diablo y cumplirán sus deseos». Qué simple y cuán infinitamente verdadero. R. F. Pettigrew probó que los agentes de la Mano Oculta son dictadores autoelegidos, que arruinan y gobiernan, y que en cualquier momento pueden destrozar las instituciones financieras e inaugurar el pánico. / Mientras llega el tiempo de nuestra dominación, crearemos y multiplicaremos las logias masónicas en todos los países del mundo. Condenaremos a muerte a todos aquellos que acojan nuestro advenimiento al poder con las armas

en la mano. La muerte es el fin inevitable de todos. Mejor es acelerar el fin de aquellos que ponen obstáculos a nuestra obra que no el de nosotros, que somos los que a esa obra hemos dado el ser. / El tiempo se nos está acabando,

Bobby.

Lee, Bobby, lee toda esa basura. No pares de leer, Bobby. Ni de pagar. Ni de creer. La Iglesia Universal de Dios te necesita. Y Los Protocolos de los Sabios de Sion. Y la Religión Eterna de la Naturaleza. Y el Gobierno Mundial Secreto. No pares, Bobby, cubre el vacío que los escaques no llenan. Obsesiónate un poco más. Con el apocalipsis, con el cristianismo, con la Biblia, con las profecías de Herbert Armstrong. Con el antisemitismo, con Satán, con el anticristianismo, con una conspiración judía para apoderarse del mundo. Tú puedes obsesionarte un poco más, Bobby. Te lo acaba de advertir tu madre: Cuanto más grande es el talento y la mente de la persona, mayor es la destrucción.

48. ♗b4+ ♚d7

Juegan blancas en Estocolmo. Bobby Fischer mueve el alfil y amenaza al rey negro. Es su quinto jaque. Arturo Pomar se protege con suma cautela para evitar el error, como el artificiero en un campo de minas invisibles, cable rojo o cable azul. El rey negro debe escapar. Por octava vez seguida, pues no ha movido otra pieza desde la reanudación de la partida, el ajedrecista español coge el rey acariciando su corona con las yemas de los dedos. El rey se aparta de la diagonal mortífera con un paso atrás. Retroceder: el sueño imposible de todo peón, el privilegio de la clase noble.

49. a5 ♞h6

Es Año Nuevo en París. Un hombre anda triste. Lo llaman señor presidente desde hace casi veinte años; él malvive desafiando a la miseria. Por no poder pagar un alquiler en la ciudad —atrás quedó la lujosa residencia oficial en una avenida, también el piso en aquella señorial rue a una hora de la Torre Eiffel—, ahora pasa los días en una recoleta ciudad con chateau retirada a veinte kilómetros de la capital. Saint-Germain-en-Laye, el lugar de nacimiento de Claude Debussy. Qué bien le sentaría el acuoso piano melancólico del Claro de Luna al señor presidente en este día invernal que inaugura los almanaques de 1962. Otro Año Nuevo en el exilio y ya van veintitrés para Diego Martínez Barrio, el presidente interino de un país inexistente, pura quimera sentimental que solo anida en corazones románticos, en pieles cuarteadas por el desgarro de una herida a veces física, siempre emocional. La Segunda República Española.

Ha venido a la calle más larga de París, la rue Vaugirard, para celebrar el primero de enero con una comida junto a tres personas: su cuñada Blanca, reconvertida en esposa de conveniencia —conveniencia para ella— tras la muerte de su única y verdadera mujer; su amigo Juan Arroquia, republicano como él, exiliado como él; y la mujer de este. Busca alegrarse, olvidar el olvido que todo lo devora. Tomar aliento vital para mitigar ese sentimiento punzante que es la contemplación resignada de un hoy sin mañana.

El ayer sigue instalado en su mente.

El tiempo de la plaza de la Encarnación en Sevilla y los colores de una infancia breve, fugaz, como el último rayo de sol en la Torre del Oro.

La amargura de dejar el colegio a los nueve años para ponerse a trabajar contra la escasez de una familia obrera: aprendiz de panadero, escribiente del viejo carlista don Rodrigo el procurador,

empleado en el matadero municipal, impresor, al fin, con negocio propio.

La época del despertar político: el flechazo del anarquismo, las juventudes republicanas, el Partido de Lerroux, concejal en Sevilla, faro opositor de media Andalucía contra la dictablanda de Primo de Rivera, diputado republicano en Cortes tras el 14 de abril, ministro de Comunicaciones, de la Gobernación y de Guerra, presidente del Consejo de Ministros, presidente de las Cortes.

El tiempo de la guerra, con el asalto a su casa por requetés y falangistas horas después del 18 de julio, un estallido que siempre lamentó no haber podido evitar o frenar con su infructuoso gobierno de conciliación.

El largo tiempo del exilio, arrostrado casi a los sesenta: París, Cuba, México, París, traedme tortas de aceite de Castilleja.

Y aquel día para la historia: 17 de agosto de 1945.

En el Salón de Cabildos del Gobierno del Distrito Federal de México, 96 diputados españoles presentes bajo las lámparas de araña y los frescos en el techo, más la adhesión por escrito de otros 34 parlamentarios de las Cortes de 1936 que erraban por Europa y América, asistían al nombramiento de Diego Martínez Barrio — corbata rayada, traje oscuro y pronunciada sonrisa en la cara ancha — como presidente de la Segunda República Española en el exilio; el sustituto de Azaña. Bandera tricolor izada en el balcón, cornetín, honores militares, aplausos, himno de Riego, viva la República española, viva el presidente de la República, abrazos diputados, una muchedumbre exiliada aclamándolo en la calle y va vestida de domingo, un coche con dos banderitas y seis motos abriendo el paso para llevarse al presidente interino de la República.

En ese simbólico viaje tal vez germina el sentimiento que, cinco años después, Martínez Barrio condensará en una sola frase, treinta y nueve palabras de abnegada dignidad: Mientras yo esté de pie, la causa republicana lo estará, y nada, ni nadie, llegará a conseguir que se pierda en el olvido o en la resignación cobarde la tarea histórica que me encomendaron las Cortes el año 1945.

Son días de ilusión por el retorno a la patria, por la restauración del honor republicano. Pero aquel tiempo da paso a otro. En poética definición del historiador Leandro Álvarez Rey, quien más sabe sobre su figura, Diego Martínez Barrio va convirtiéndose, año a año, en el presidente cada vez más solitario de un exilio sin fin, en aquella voz que cada 14 de abril clama en el desierto. Españoles, dos puntos. Casi siempre comienza así: Españoles, dos puntos. Y se dispone a enunciar esperanzas que se tornarán desilusiones a lo largo del año para luego recobrar la fe de nuevo en el siguiente 14 de abril. Un samsara infinito, una Penélope infatigable.

Pero los años pasan para el señor presidente. Tiene 78. Una vida pobre, sin los hijos que nunca llegaron, y fue triste que jamás llegasen con Carmela porque la soledad se multiplicaba y el desaliento no hallaba cortapisa.

Una vida con melancolía in crescendo, con continuos suspiros de España sin la alegría pesarosa del pasodoble. Siempre pensando en Sevilla y en todo lo perdido, despojado de futuro y con un presente con el pasado como único amarre.

La tristeza, ahondada por la muerte del amor que lo ha acompañado durante medio siglo, inunda su ser. Yo sé, por mí mismo y con mi amargura, lo que pesa el destierro, dice en una de sus alocuciones anuales. Ningún día termina sin haber enjugado muchas lágrimas, comparte en otra. Somos páginas marchitas de una historia que se desea olvidar, cincela en una carta personal. En otra, fechada en 1960 y es insoportable ya el agotamiento moral, dice: Cuando vuelvo la vista atrás se me arrasan los ojos. ¡Cuántos duelos en estos 25 años! ¡Cuánto esfuerzo desparramado por el mundo sin beneficio inmediato para España! Quienes vimos acercarse la catástrofe no tenemos otra responsabilidad que la de nuestra impotencia. Unos y otros hemos pagado, y pagamos aún, las culpas del fratricidio.

En su alocución del último 14 de abril, trigésimo aniversario de la República, el peón que sigue de pie, bloqueado pero en el tablero, vuelve a la senda de la esperanza. Este puede y debe ser el de la liquidación de la dictadura, comienza. Todos los síntomas lo anuncian. Ya se percibe la aurora, presagia en el final que antecede

a los vivas a España y a la República, cada vez más lánguidos y desgastados, salmodia monocorde de grillo en la noche oscura.

En privado, en cambio, sus aspiraciones se rebajan. La única débil esperanza que acariciamos, le escribe a un amigo poeta exiliado en México, es la de ver nuevamente a España y, sobre la tierra amada, pasar los últimos días de la vida. ¿Pero esa esperanza, se convertirá en realidad…?, se pregunta Diego.

Doce días después de escribir esas líneas, con el 1962 refulgiendo en el calendario, el señor presidente sin república pisa París. Año Nuevo. Rue Vaugirard. La Taberna Alsaciana. Es la una y cuarto del mediodía y un fulminante ataque al corazón le arrebata la vida en plena comida. Lejos —tan lejos— del Guadalquivir.

50. ♗c3 ♞g8

Anuario Estadístico de España. Datos de 1962. Población: treinta millones de habitantes. 1.508 suicidios consumados, más de la mitad por suspensión, más de la mitad entre agricultores de profesión. 3.677 enfermos de lepra registrados. 1.370 solicitantes al Premio Provincial de Natalidad; la media de los ganadores es de 15,3 hijos habidos y 13,3 hijos vivos. 6.052 alumnos matriculados en veintisiete academias militares. 70.748 monjas y 21.791 frailes; 25.013 sacerdotes diocesanos; 7.972 seminaristas mayores. 24.161 fallecidos menores de un año, tres de cada cien. 13.735 presos en las cárceles. 223 mujeres de vida extraviada. 1.890 penados multirreincidentes. 495 penados por delitos contra la honestidad. 3.578 menores internados en establecimientos de educación o reforma. 832 muertos en accidentes de trabajo. 804 muertos de sífilis y sus secuelas. 192 muertos de poliomielitis aguda. 351 mujeres muertas en el parto. 74.800 extranjeros residentes en España, 173 africanos entre ellos. 225.825 beneficiarios del título de familia numerosa; una familia con diecinueve hijos encabeza la categoría de honor.

Resumen estadístico de los Estados Unidos. Datos de 1962. Población: 186,5 millones de habitantes. 18,8 millones de negros. 54 millones de habitantes rurales. 9.013 muertos por homicidio. 20.207 muertos por suicidio; 2.204 mujeres se quitan la vida con veneno. 2.092 muertos por accidentes con armas de fuego. De cada cien mil partos, mueren 96 madres no blancas y 24 blancas. 41 niños no blancos de cada mil mueren antes de cumplir un año, casi el doble que los niños blancos (22 por mil). 2,8 millones de militares en activo. 22,2 millones de veteranos de las Fuerzas Armadas: 5,6 millones sirvieron en la Guerra de Corea; 15,1 millones combatieron en la Segunda Guerra Mundial; 2,5 millones participaron en la Primera Guerra Mundial. 263.708 enfermos de gonorrea. 2.811 muertos por sífilis y sus secuelas. 80 enfermos de

lepra registrados. 60 muertos por poliomielitis aguda. 283.763 inmigrantes. 16.310 violaciones. 149.501 detenidos por vagancia. 292 condenados por delitos contra la seguridad nacional. 4 millones de desempleados: 5 % entre los blancos; 11 % entre los no blancos. 3,3 millones de personas con dos o más trabajos. 137.566 empleados en el campo de la energía atómica. 219.030 prisioneros. 752 muertos en la cárcel. 47 ejecutados en las prisiones, 19 de ellos negros.

51. ♗b4 ♘h6

El reloj limita el tiempo. El tablero acota el espacio. Las piezas constriñen la materia. Solo la mente de los jugadores encierra el único elemento básico de la Física que no conoce limitaciones en una partida: la energía. Solo ahí está la aparente y siempre relativa libertad. Libertad para elegir la apertura, para desarrollar el juego medio, para encarar el final. El juego acabará con un mate, a favor o en contra, o tal vez en unas tablas. Pero nada de eso depende solo del único elemento que domina el jugador. También el tiempo, con su bandera roja de imprevisible caída. También el tablero, que uno creía único y grande hasta descubrir su pequeñez y aleatoriedad. También la materia, sobre todo la materia. De todos modos, acabe como acabe la partida, la caja espera.

52. ♗c3 ♞g8

Brotan de la nada, explotan con estruendo y desaparecen en silencio; es su sino.

Pasó con Joselito, el niño prodigio que toma a la niña ciega de la mano y con ternura lacrimal de media tarde, tal vez con lluvia afuera, le dice: Yo sabía una canción muy bonita, también de un ruiseñor. Espera, ya me acuerdo: Una vez un ruiseñor, con las claras de la aurora, quedó preso de una flor lejos de su ruiseñora. Ocho años y catorce películas duró la mecha que el niño de la voz de oro paseó por Francia, Estados Unidos, México o Japón, una voz que le llevó ante el papa, Frank Sinatra o la CBS. Pero el ruiseñor se hizo grande. La voz cambió, las sonrisas perdían blanco y anchura, la gracia desapareció. Silencio y olvido. Drogas y cárcel. Penitencia y más olvido. Una vez un ruiseñor quedó preso de una flor.

Pasó con Marisol, la niña prodigio montada en un carro, con las riendas de mentira en las manos y las de verdad en otras, y cantando el corre corre caballito, trota por la carretera, no detengas tu carrera, que lleguemos tempranito. Una úlcera en el estómago por estrés con quince años. Las tardes obligadas en El Pardo con las hijas de palacio. Marisol está triste, ¿qué tiene Marisol?, dice el periódico. El topless, bajo engaño y sin retribución, para la primera Interviú. Un tempranero mutis por el foro, ahogada por un personaje al que mató con saña a los treinta y tres. Y la ambición repentina de ser, con un fervor casi monacal, lo que nunca antes le permitieron: solo Pepa Flores, sin la luz y el color de la tómbola, deteniendo en seco la carrera del caballito.

Pasó con Pablito Calvo, moreno, pequeño y alegre a los cinco años cuando entra a ver al Cristo crucificado de los franciscanos: Hoy te traigo pan y vino. No sé si te gustará, pero los frailes dicen que da calor. ¿No te doy miedo? No. ¿Sabes entonces quién soy? Sí, eres Dios. Eres un buen niño y yo te doy las gracias. Tú te llamarás desde hoy Marcelino pan y vino. Fueron ocho películas en nueve

años: lo que duró la adolescencia, esa barrera infranqueable que apaga la sempiterna sonrisa ajena y desata preguntas, exigencias, rendición de cuentas. Luego vino el fin, el olvido público y la reconversión: ingeniero industrial, discobar en Torrevieja, promotor inmobiliario. ¿Te dolía?, le preguntó a Cristo en alusión a las espinas. ¿Te dolió?

A Arturito ya nadie lo recuerda. Sencillamente, ha desaparecido del paisaje sentimental.

No importa que lleve ganados cuatro campeonatos de España y más de veinticinco torneos nacionales e internacionales. Su juego ha progresado. Sin embargo, su ajedrez ha perdido el colorín, que diría Max Extrella, y él se ha quedado con la amenaza del pingajo y el hambre. Ronda los veintiocho años y ha de buscarse la vida.

Arturo, de carácter tranquilo y poco emprendedor, se deja llevar por la senda que le marca un buen amigo, Eduardo Pérez, el campeón de ajedrez de Valencia. Esta es mi hermana Carmen, y se casa con ella en una boda invernal en el pueblo valenciano de Manuel rodeados de azahar. Este es mi trabajo en Correos, y él lo imita sin titubeos. Y es así como en 1960, Arturito, el viejo niño prodigio, es un hombre casado y con un puesto de funcionario en la oficina postal de Ciempozuelos: auxiliar de tercera clase del Cuerpo Auxiliar Mixto de Correos, con el haber anual de nueve mil seiscientas pesetas y dos pagas extraordinarias.

Uno recuerda los panegíricos que le dedicaron en su infancia y se lo imagina ahora en esa estafeta anodina de Ciempozuelos, clasificando cartas y paquetes de gente corriente como hace la gente corriente. Él, un ajedrecista genial, una mente privilegiada, el orgullo patrio. Es evidente que el peón ha sido colocado en el tablero equivocado, España, y en la ronda más difícil, la posguerra. Pero quejas, por su parte, ninguna. Él sigue. Él siempre sigue. Resignación es una de sus palabras favoritas.

Como campeón de España disputa el Torneo Zonal de Madrid de 1960, el segundo paso eliminatorio en la senda hacia el Campeonato del Mundo. Participan dieciséis ajedrecistas, los campeones o primeros espadas de Italia, Hungría, Alemania Occidental, Reino Unido, Yugoslavia, Checoslovaquia, Suiza,

España, Bulgaria, Holanda, Irlanda, Bélgica, Portugal, Alemania Oriental y Malta. Solo tres jugadores pueden clasificarse para el Torneo Interzonal de Estocolmo de 1962. Pomar comienza renqueante, irregular. Pero su tenacidad lo impulsa. Despliega su clásico juego posicional, sacando partido de las pequeñas ventajas y compensando con una intuición deslumbrante la falta de preparación teórica que siempre lo ha lastrado. Nunca le gustó estudiar ni memorizar aperturas. Unas cuantas clases con el campeón mundial Alekhine, tras sus prodigiosas tablas con doce años, han sido su única formación. Arturito nunca quiso estudiar el ajedrez; quiso jugarlo, intuirlo, vivirlo. Y ahora, con ese arte especial que todo el mundo destaca en él —ganar finales que parecen perdidos—, consigue remontar varias partidas y lograr la hazaña. Tras un cuádruple empate en la parte alta de la clasificación, un emocionante playoff a vida o muerte decide que el yugoslavo Gligorić, el húngaro Portisch y el español Pomar sean los clasificados para disputar el Interzonal de Estocolmo. Es el primer español que lo consigue. Nunca Pomar había llegado tan lejos, y nunca había importado menos una gesta suya. Porque Arturito ya se fue. En silencio, como los ruiseñores presos.

53. ♔d5 ♞e7 +

¿Puede una persona desaparecer? ¿Lograr que no quede rastro de ella en todos los registros públicos de San Francisco y Los Ángeles cuando vive allí? ¿Que su nombre no tenga asignado ni teléfono ni carné de conducir ni ningún bien inmueble? ¿Que nadie pueda rastrear su huella ni en los tribunales ni en las comisarías de policía? ¿Ni en una mísera biblioteca pública? ¿Que ningún periodista —su terror más absoluto, su obsesión más enfermiza— pueda obtener una pista fiable acerca de su paradero? ¿Puede conseguirlo durante años si, además, esa persona es campeón mundial de ajedrez y media América lo reconoce como icono pop de su época?

Pues así es como vive Bobby Fischer después de haber cumplido el sueño de Reikiavik.

Su vocación por el aislamiento y la privacidad extrema se ha desbocado. Bobby ha cortado con el mundo. También, parece, con el ajedrez. Tras haber ganado el mundial del 72 contra Boris Spassky y haber permanecido tres años sin jugar una sola partida en público, Fischer debía afrontar la defensa del título en 1975 contra Anatoli Karpov; un estadounidense contra un ruso, otra Guerra Fría sobre el tablero. Sin embargo, Bobby se ha negado a jugar la final. Había presentado a la Federación Internacional de Ajedrez un documento de sesenta folios con 132 condiciones —132— para defender el título. La principal de ellas consistía en transformar el campeonato con un nuevo formato: un encuentro donde ganara el primer jugador que consiguiera diez victorias, sin que puntuaran las tablas; en caso de empate a nueve, la corona la retendría el vigente campeón, o sea él. Siempre con exigencias, siempre anhelando el control total de la situación, como si la vida fuera una apertura milimétricamente estudiada sin margen para el azar o la improvisación. Sin embargo, la Federación no ha aceptado sus innegociables pretensiones. Y Bobby no ha comparecido. Dicen que

por miedo. Por un terror atávico e inmenso a la derrota. Tan grande es la voluntad de destrozar al oponente como absoluto el temor a ser aplastado. Con ese maximalismo caníbal y depredador encara el ajedrez, la vida: destrozar, ser aplastado. Ganar y perder es el lenguaje de los perdedores. Participar, jugar, el vocabulario que esgrimen los débiles de espíritu para justificar su mediocridad, su falta de pulsión asesina. Él no. En él, todo mayúsculas, el miedo a la derrota, al error sin vuelta atrás —dicen algunos— es también mayúsculo. Y decide no poner en juego su título de campeón mundial por el que renunció a la infancia, a la adolescencia y a la juventud —¿o fue su refugio frente a ellas?—. Prefiere perderlo por descalificación antes que ponerlo encima del tablero frente a un aspirante soviético. Incluso si encima de esa mesa descansa una oferta de cinco millones de dólares por jugar. No. Es una negativa fischeriana, sin precedentes ni aparente lógica. Y es así como Fischer deja al ruso con la corona de ajedrez más triste de la historia y siembra la semilla de un paralelismo histórico. Bobby es el nuevo Morphy.

Morphy el irrepetible. El misterioso. El romántico. El mito eterno del siglo XIX que se mece entre la épica y la tragedia. Tenía veintiún años este niño prodigio de Nueva Orleans cuando cruzó el Atlántico. Ansiaba enfrentarse a los mejores ajedrecistas de Europa. Le acompañaba un aura de jugador intuitivo y artista letal. Y no falló: en Londres y en París derrotó a los gigantes Lowenthal, Harrwitz y Anderssen, y aunque no pudo lograr que Howard Staunton saliera de su escondrijo cobarde para aceptar el desafío, todos dieron por sentada la superioridad del estadounidense. El mejor ajedrecista de la Historia, así es como lo invistieron en París en 1859. El primer jugador moderno, para muchos. Triunfante, Paul Morphy regresó en barco a Estados Unidos y retó a todos los maestros de su país a enfrentarse a él con un peón de ventaja y haciendo el primer movimiento. Nadie quiso aceptar semejante humillación. Y Morphy optó por abandonar el juego. El aclamado campeón dejó el ajedrez y se metió a abogado. Frustrado por una carrera profesional en la abogacía que no despegaba y harto de que todo el mundo le hablara constantemente de los sesenta y cuatro escaques, Morphy desarrolló una furibunda animadversión contra el juego que había sido su vida. Una fobia patológica. No toleraba que nadie en su presencia pronunciase la palabra maldita: chess. Se hizo

arisco, introspectivo. Se encerró con sus obsesiones en bucle. La paranoia lo consumía lentamente. Murió en una bañera con cuarenta y siete años. La gloria y una mente enferma lo fueron devorando.

Bobby, el nuevo Morphy, deja de jugar al ajedrez en público, nunca en su mente. Pasan los años. Ha declinado tantas ofertas —de libros, de anuncios publicitarios, de largometrajes, de torneos millonarios en Las Vegas o Irán, de discos fonográficos con lecciones sobre el juego— que van menguando sus ahorros y va creciendo su miseria económica. Los pisos sórdidos se convierten en alquilados habitáculos de mala muerte. A veces, pensiones de una semana o para una sola noche. El maldito olor a hospicio que lleva incrustado en su cerebro. No se afeita, no se corta el pelo, viste como un pobre. Pasa muchas tardes caminando en soledad como solo él camina: balanceando enérgicamente los brazos y dando largas y veloces zancadas, como un soldado regular a paso de carga. El antisemitismo lo devora, la obsesión contra los rusos lo tortura, la religión y su cara más siniestra —Satanás, el apocalipsis, el mal— ahonda su espiral de neurosis. El miedo lo persigue: a ser asesinado, envenenado, traicionado ante la prensa por los pocos conocidos que saben algo de él y tienen prohibido dar pista alguna a nadie. Bobby ha empezado una nueva partida. Su rival es temible, quizá el más fuerte al que jamás se haya enfrentado: su propia mente. Y las tablas no son una opción. Destrozar o ser aplastado, Bobby.

Un día de 1981, y ya han pasado nueve años de su conquista mundial, Fischer es arrestado. Se ha cometido un atraco a un banco y un coche patrulla lo detiene mientras caminaba solo por la ciudad de Pasadena, a quince kilómetros de Los Ángeles. Ese hombre alto y ancho de espaldas, con barriga, pelo largo y larga barba, responde a la descripción del ladrón. Con su indumentaria desaliñada y una bolsa en la mano con libros que incitan al odio, parece un indigente. Sus titubeantes respuestas y su repentina alteración inquietan a los policías. Lo acusan de vagabundeo, se lo llevan a comisaría y lo encierran dos días en un calabozo. Bobby Fischer, el mayor talento ajedrecístico de la historia del ajedrez, está entre rejas. Fischer, el mayor orgullo de América durante un tiempo, ha

sido ultrajado por las autoridades de su país.

Tras ser liberado, y lleno de ira, Bobby se sienta a escribir durante tres días todo lo vivido en esas cuarenta y ocho horas y se autopublica diez mil ejemplares de un brevísimo ensayo que vende a un dólar: ¡Yo fui torturado en la cárcel de Pasadena! Lo firma «Robert D. James (conocido profesionalmente como Robert J. Fischer o Bobby Fischer, campeón mundial de ajedrez)». Basta con reproducir sus treinta epígrafes para hacerse una idea de la narración: Robo de un banco. Importante. Detenido. Brutalmente esposado. Falso arresto. Insultado. Estrangulado. Descripción del asaltante. Desnudo. Sin llamada telefónica. Celda terrorífica. Aislamiento y tortura. Manicomio. Hambre y congelación. En el colchón. Cena precocinada. Sin agua. Policía enfermo. Indecencia policial. Amenazas. Las mismas preguntas y respuestas. Delitos policiales. Llamada telefónica. Huellas dactilares. Firmado sin leer. Sin cargos escritos. (No) Devolución del dinero. Farsa. Preguntas sin hacer. Hechos reales.

Los Años en la Jungla de Fischer, así los llaman. Los resume su biógrafo Frank Brady: Bobby vive en la parte sórdida de Los Ángeles la mayor parte del tiempo, pasa veinte años oculto, rechaza ofertas económicas, está al borde del vagabundeo e intenta desvanecerse en el anonimato para quedar a salvo de las amenazas que percibe. Las leyendas y fábulas en torno a su melancólica y barbuda figura se entretejen. Nadie publica una foto suya en casi dos décadas. Pasan los lustros y su imagen permanece congelada en el tiempo como la del joven de Reikiavik con una enorme corona de flores en torno al cuello y una sonrisa dentada.

Qué es la inmortalidad si no eso. El aura benjaminiana, el eterno retorno nietzscheano.

54. ♔c5 ♘xf5

Se ha producido una alteración en el tablero de Estocolmo. Fischer ha intentado romper el equilibrio de la partida asumiendo riesgos. En su última jugada, el rey se ha movido y ha dejado un peón solo, indefenso. Ahora juegan blancas. Bobby piensa, mira, piensa, sus ojos radiografían los escaques, su mente se encharca de blanco y negro. Tiene que mover el rey, está obligado por el jaque del caballo. Eso comporta sacrificar el peón, un peaje necesario. En el plano teórico es una pérdida reversible, claro. Porque al mover el rey y permitir que Pomar capture el peón desprotegido, está propiciando que un peón negro, a su vez, quede sin defensa y sea devorado por el alfil en la siguiente jugada. Peón por peón; teóricamente, impecable. Pero ese peón blanco, y ese peón negro, no conocen de teorías: puro lujo, abstracción inalcanzable. Para ellos, la vida queda constreñida a la práctica. Y en la práctica, su partida ha terminado.

55. ♗xf6 ♚e6

Madrid, 1.0 de mayo de 1962

Radio España Independiente (La Pirenaica).

Queridos Compañeros: Salud.

Somos asiduos oyentes de esa gran emisora, que con su sustancial levadura revolucionaria logra el fermento rebelde de todos los trabajadores españoles, que, aunque sometidos por Franco y su camarilla a un régimen déspota e inhumano, jamás se doblegarán a los designios marcados por los que un día fueron sus amos, Hitler y Mussolini.

Somos los hombres que a lo largo de veinticinco años nos hallamos afanados en saltar la cadena gruesa que nos impone una reducida circunferencia. Somos los que después de defender en las trincheras a la libertad frente al fascismo nacional e internacional, a nuestra razón jurídico-nacional, caímos en las cárceles de Franco, víctimas de una monstruosidad jurídica sin parangón en la historia.

Somos partículas de aquellos heroicos jóvenes que un día expusieron su pecho frente a las balas asesinas por las libertades fundamentales de un pueblo que no se resignó ni se resignará jamás a vivir humillado y tiranizado, por muy fuertes que sean los eslabones de la cadena que lo ate.

Somos los supervivientes de aquellas interminables sacas en las que, frente al paredón, las ametralladoras asesinas segaron la vida a nuestros mejores militantes de todas las tendencias ideológicas, al dar la orden de fuego el tirano de El Pardo, para que se cumplieran las quinientas mil sentencias de muerte que previamente había firmado contra los mejores hijos de la España progresiva, que

verdaderamente había empezado a amanecer el día 16 de febrero del año 1936.

Somos los que vivimos el nivel de vida más bajo de toda Europa [...].

Somos los que, en medio de este llamado mundo libre, sufrimos la prohibición de los derechos del hombre, tan pomposamente declarados en la carta de las Naciones Unidas, donde para mayor vergüenza se le llevó a Franco de la mano para que ocupara un asiento entre los representantes de los pueblos que habían perdido en el combate contra la tiranía que El Pardo español representa, en el cual murieron millones de sus hijos más valiosos.

Somos los que pacientemente llevamos esperando veintitrés años a que los hombres que nos representan en el exilio sean capaces de arriar un tanto las banderías particulares, llegando a un compromiso formal y eficaz para dar comienzo a la lucha unidos por un objetivo único, el de derribar el poder personal de la dictadura en España, que de haberse logrado ya, el movimiento obrero español habría empujado por su cauce directo hacia la desaparición de tanto fango y tanta lágrima como hoy padecemos. [...]

Firmado: El duende de Madrid.

56. ♗g5 ♘d6

Hay una América rica, o más bien enriquecida, que ha escondido su miseria. La oculta debajo de la alfombra para que no estorbe ni enturbie, pues qué otra cosa es la pobreza sino molestia y fealdad, mancha urbana de cerco indeleble. Por eso encubre su penuria la América próspera: para que no obstruya esta desquiciada carrera por demostrar quién llega más lejos en la tierra, en el espacio, en el etéreo campo de las ideas.

La América opulenta, la única visible, es la familia que se muda a la flamante zona de expansión urbana y entra en su casa nueva. Es el televisor comprado a plazos por el que Walter Cronkite —And that's the way it is— se despide cada noche. Es el aire acondicionado que desdibuja en la piel y la memoria las viejas incomodidades largamente tatuadas. El coche recién estrenado y sin baches en el asfalto. El nuevo vecindario, tallados igual los unos y los otros, que camina por aceras nuevas. Las vacaciones de verano como ritual de clase. Los planes de enviar a los hijos a la universidad mientras se ahorra dinero para una plácida jubilación. Y así son las cosas, que diría Cronkite, en esta nueva América.

Pero así no son las cosas.

Hay un escritor que ha levantado la alfombra y ha puesto al descubierto la pobreza de Estados Unidos. A las librerías acaba de llegar su volumen The Other America: Poverty in the United States. La portada es negra y la negrura refulge en su interior. Ni el desconocido nombre de su autor, Michael Harrington, ni los quinientos dólares que la editorial Macmillan le ha pagado como anticipo por su ensayo hacen presagiar que esta novedad de primavera vaya a llegar al millón de ejemplares vendidos y a sacudir las conciencias de un país aletargado en el sopor de su repentina prosperidad. Un país, dice Harrington, que ha desarrollado una nueva forma de ceguera sobre la pobreza. Los pobres ya no se ven, ya no se sienten; ya no preocupan. La otra

América ya no convive con los americanos visibles.

Los pobres —trabajadores no cualificados, braceros agrícolas migrantes, ancianos, minorías y otros habitantes del inframundo económico estadounidenses— quedan en los barrios marginales de las ciudades, en las apartadas áreas rurales. Nadie ve ya la miseria de las prostitutas negras de la calle 125 de Harlem. La pobreza del número 80 de Warren Street y su mercado de esclavos en el corazón de Manhattan. La doble pobreza de los negros que se saben condenados, por herencia, a ser pobres. La pobreza alcohólica de beats, bohemios e intelectuales con más calle que hogar. La pobreza envejecida que asedia a ocho millones de mayores con la soledad a cuestas. La pobreza de la enfermedad mental, con más incidencia e intensidad entre los pobres. La pobreza siempre impermeable a la esperanza. La pobreza camaleónica en forma de matrimonios rotos, drogadicción o crimen. La pobreza que acompaña a los apalaches salidos de sus tierras a causa de la mecanización agrícola y asentados en las urbes sin conseguir, pese al éxodo, despojarse de su pobreza. La pobreza que destila el lenguaje del pobre, la psicología del pobre, la forma de ver el mundo que despliega una mente surcada por la miseria.

Ya nadie ve a los cuarenta o cincuenta millones de pobres estadounidenses que Harrington recuenta, y esto son uno de cada cuatro habitantes. Los pobres mutilados en cuerpo y alma a un nivel que excede el de la decencia humana. Pobres que no se mueren de hambre pero que tienen hambre o que están gordos por la comida basura con la que aplacan el hambre. Pobres de una pobreza que deforma y retuerce el espíritu, que agudiza el sufrimiento mental. Con el fatalismo que siembra cada derrota. Sin rostro, sin voz, atomizados. Políticamente invisibles, socialmente también. Los pobres, que antiguamente quedaban al otro lado de la vía, están hoy muy lejos de la América visible, señala Harrington.

En la librería, en algún estante cercano a The Other America, reposa un libro también llegado entre las novedades del 62. Lo firma Milton Friedman, fundador de la Escuela de Chicago. Capitalism and Freedom, se titula. Laissez faire, laissez passer es su receta.

57. ♔b6 ♚d5

Perder. Parece el simple reverso del triunfo; una de las tres posibilidades que toda vida ofrece al accionar el reloj y comenzar la partida. Ganar es la meta ansiada, puerilmente idealizada, tercamente perseguida, hasta que el tiempo va mostrando que las insípidas y aletargantes tablas —tanto tiempo denostadas, tantas veces ignoradas, apenas consideradas cuando se confunden las dimensiones del teatro con el único argumento de la obra— suelen ser el mejor final para todo jugador. Construidos para la victoria y adaptados para las tablas. Sin embargo, nadie enseña a perder, porque nadie quiere aprender a perder. No hay maestros ni discípulos con vocación de Poulidor, cargado con sus ocho podios de cajón bajo, polvoriento Sísifo en París, sin haber vestido un solo día el maillot amarillo que todos han querido para ti, simpático perdedor sin laurel ni himno en los labios, rostro épico de la tragedia admirada en los demás, de la poesía dulzona sobre la debacle ajena, de tan peligroso solaz, de tan falso deleite. A perder solo enseña la vida, maestra única en instruir acerca del supremo valor de unas tablas a tiempo. Frías, inútiles; mas plácidas, analgésicas.

58. ♔xa6 ♚c6

Fischer ha maniobrado con riesgo. Busca huir de las tablas. Siempre las ha odiado. Su sabor insípido, su falta de adrenalina, su esterilidad congénita. Cuando el deporte, la ciencia y el arte son geniales, no acaban en tablas. Devienen espectáculo, hallazgo, brillantez, no algo tan inocuo como unas tablas. Mueven blancas. Fischer consigue lo que buscaba: el rey captura a aquel peón negro que se había pasado la partida hibernando, que solo había avanzado una casilla. Ha permanecido más de seis horas sin matar, sin dar jaque, sin originar peligro, sin ser útil. Su papel ha sido el mínimo posible. Y ahora ha caído. Pomar se queda con un peón menos que su contrincante. Solo conserva el rey, un caballo y un peón. Desde que la partida se reanudó en el Kungshallen, las negras solo han movido caballo y rey. Poco a poco, la partida se va emboscando. Como en una ratonera. Juega Arturo y mueve su rey. Con un peón menos, con un alfil en contra que es superior al caballo en este tipo de finales, con Bobby Fischer enfrente, Pomar asume la vieja consigna: resistir es vencer.

59. ♗d2 ♞e4

Un sótano lúgubre en el 43 de Via Laietana. La porra contra los riñones, contra los testículos. Puñetazos en el estómago, cágate encima, cabrón. Gritos y delaciones. Palizas morosas, sin prisas. Torturas de nombre infantil: el corro, la cigüeña. Húmeda sordidez. Un silencio roto por alaridos como el rayo, que obnubila en espera del siguiente y del que irá después. Finas manos de estudiante culto, urbano. Manos ásperas, sucias, hinchadas, de torturador.

Han robado el cuadro de Franco.

Todo ha empezado así. Han robado el cuadro de Franco que preside el paraninfo de la Facultad de Medicina de Barcelona. Un cuadro de dos metros de alto, uno y medio de ancho, con el dictador en efigie. Lo han robado de noche, nadie sabe quién. Ha sido justo la víspera de un recital de poesía convocado en el mismo paraninfo con cinco poetas: José Agustín Goytisolo, tú no puedes volver atrás; Jaime Gil de Biedma, de qué sirve, quisiera yo saber; Pere Quart, una esperança desfeta, una recança infinita; Gabriel Ferraté, ya ves, Tonet, cómo nos hemos de ver; y J. V. Foix, és quan dormo que hi veig clar. El recital es el martes 20 de febrero de 1962. Pero la noche anterior, pasillos en silencio, hasta mañana responde el conserje, un estudiante halla un agujero: ese escaque desde el cual un caballo evita la amenaza de los peones rivales y que, a la vez, le permite atacar a bocajarro un pulmón del bando contrario. La guarida perfecta del francotirador.

Ese caballo se llama Salvador Barluenga. Tiene veinticuatro años y un bisturí. Entra en el paraninfo vacío. Apila los sillones para encaramarse al cuadro del rey enemigo. Corta el lienzo sin tocar el marco. Enrolla el retrato. Lo mete en una bolsa. Se esconde hasta bien entrada la madrugada. Sale del edificio antes de que el martes amanezca —no anda solo— con pintadas en contra del dictador en el claustro y en los pasillos de la facultad. En el paraninfo de Medicina, pared presidencial, donde antes había un Franco al óleo,

cuelga ahora un muñeco ahorcado.

Jaque.

La revuelta estudiantil, con una semilla rebelde sembrada en 1956 y azuzada ahora por los acontecimientos mineros, se reproduce por esporas. El silencio de posguerra en un entorno de sistemática depuración —catedráticos fusilados, profesores apartados, clases vencedoras copando los bancos— deja paso a la protesta creciente. Una nueva generación, nacida tras la guerra, desafía al régimen. Los movimientos obreros hallan en las facultades su eco culteranista: una lucha trufada de metáforas, Asturias, patria querida, y perífrasis elusivas, tots plens de nit, buscant la llum.

Un hombre, peón rival, analiza esta fase inesperada de la partida desde una atalaya influyente y respetable: el Consejo Nacional del Movimiento. Más de veinte páginas de informe con la firma y el análisis del jefe nacional del Sindicato Español Universitario, Rodolfo Martín Villa. El hombre del franquismo en la Universidad, veintiocho años recién cumplidos, es rotundo en este diagnóstico del 62 dirigido al Movimiento. La juventud se nos ha ido, escribe. Y se nos ha ido no porque disintiera en lo fundamental con nosotros, sino porque ni tan siquiera la hemos dejado disentir en lo accesorio, en lo circunstancial, en lo puramente formal. Corremos el grave riesgo de quedarnos sin juventud precisamente por nuestro afán de modelarla exactamente a nuestra propia medida. ¿Quién puede atreverse a sostener que esto es posible? Preocupémonos, pues, de que comulgue con lo sustancial, y no le prohibamos tener ideas propias en el terreno de lo opinable, escribe el jefe del SEU.

¿Por qué el Movimiento ha perdido a la juventud universitaria? Martín Villa responde crudamente, falangistamente, a los veintitrés años de la Victoria: Porque se les dijo que se iba a realizar la Revolución y la Revolución no ha sido; porque se les dijo que se iba a efectuar la reforma agraria y no se ha efectuado; porque se les aseguró que se reestructuraría la empresa de acuerdo a criterios más justos y no se ha reestructurado; porque se les afirmó que la

banca sería un servicio público y es un negocio privado; porque, en resumidas cuentas, se les propuso vivir de acuerdo a unos postulados joseantonianos, es decir, revolucionarios, y hoy se les ofrece una sociedad perfectamente burguesa y, por supuesto, reaccionaria.

El cuadro —va a una casa, a un armario, a otra casa, es enterrado dentro de una caja metálica en el jardín de una vivienda de Sant Julià de Vilatorta— no aparece. Pero las palizas siguen. Los estudiantes universitarios Domingo Armora, Federico Sánchez y Joaquín Sempere son los primeros en caer por las pintadas. En dos semanas pasan de las manos sucias y ásperas de los torturadores a las delicadas manos que firman penas. Las del tribunal del consejo de guerra, que el 5 de marzo los envía a la prisión de Cáceres, a la otra punta del país. Tres años para los dos primeros; cuatro para Joaquín.

La condena indigna a las aulas. Más presión en la olla universitaria. Asambleas, pintadas, boletines clandestinos, cánticos: huelga general, muera el general. Se desatan las primeras manifestaciones importantes en Barcelona. Alguien dice ya basta, el 11 de mayo, y un centenar de estudiantes son detenidos y enviados a la Cárcel Modelo. Fotos de perfil, de frente y ladeadas. El blanco y negro de una época que nunca logra sacudirse el gris. Vuelven los gritos de los universitarios, alaridos como el rayo, al subsuelo de la Laietana. Uno de ellos, periodista, estudiante de tercero de Filosofía y Letras, se llama Manuel Vázquez Montalbán. Protestaba a las puertas de la Universidad Central. Luego le han incautado una foto de Stalin en casa. Es persona de ideas socialistas y filocomunistas, dice el informe policial que lo manda, a él y a otros siete estudiantes, tribunal militar mediante, a la cárcel de Lleida. Delito: rebelión militar por equiparación.

El cuadro nunca aparecerá.

60. ♗b4 ♘f6

Nadie sabe qué dirá su obituario. Menos todavía a los veintidós años.

Cuando Tom Hayden, a esa edad, empieza a escribir unas palabras que cautivarán a toda una generación de estudiantes, palabras que concibe en la cárcel como un grito de rabia contra la apatía reinante, de esperanza en un futuro mejor, no imagina que de esas líneas dirán que fue el manifiesto más ambicioso, más concreto y más elocuente en la historia de la izquierda estadounidense. Mientras mata las horas en prisión tras haber sido golpeado, arrestado y encarcelado por luchar contra el segregacionismo racial en los autobuses y en las urnas del Sur —ha llevado comida y ropa a los aparceros negros de los campos de Tennessee desalojados de sus hogares tras haberse registrado para votar; se ha negado a desbloquear una acera ocupada en Albany en señal de protesta; ha seguido lo que le aconsejó un par de años antes Martin Luther King cuando fue a entrevistarlo con su bloc de periodista y el reverendo se despidió de aquel muchacho blanco de los suburbios de Detroit diciéndole que, a la larga, debería posicionarse y tomar partido, romper con la neutralidad y la objetividad, dejar atrás la fría y protectora equidistancia—, mientras Tom vive aquel sacrificio penitenciario como un acto moral y un rito de paso esencial en su activismo, no imagina una necrológica futura que lo describa como un hipócrita para los izquierdistas y un traidor para la causa vietnamita. Como alguien que pasó de radical antisistema a radical amoldado a las hechuras del sistema en sus dieciocho años de escaño en la Asamblea y el Senado de California; un demócrata que acabó pidiendo el voto para Hillary Clinton frente a la izquierda de Bernie Sanders. Pero así es toda partida: nadie sabe qué desarrollo sucede a la apertura ni a qué final aboca.

La apertura, prístina pureza libre de las máculas que consigo

arrastra el tiempo, comienza con unas palabras emblemáticas: We are people of this generation, bred in at least modest comfort, housed now in universities, looking uncomfortably to the world we inherit. Así suena el primer compás de la Declaración de Port Huron, compuesta a partir de un largo borrador escrito por Hayden, que en esta convivencia de cinco días de junio del 62 pergeñan los Estudiantes para una Sociedad Democrática, el SDS, una constelación de piezas ensambladas para accionar la revuelta entre la aletargada juventud.

Esta carta de naturaleza de la Nueva Izquierda americana, dispuesta a reanimar la ideología sedada por el macartismo y el FBI, rezuma pacifismo, igualitarismo y democracia participativa. Denuncia la avaricia capitalista, el consumismo y la deshumanización que han alumbrado la idolatría de las cosas, y coloca un espejo frente a las contradicciones de la sociedad estadounidense y su capitalismo. Hay un fragmento, más filosófico y moral que estratégico, que refleja el sentir de estos jóvenes universitarios de sonrisa perenne y puño al cielo, unos muchachos que van a conquistar el corazón y las fuerzas de cien mil adeptos, en solo siete años, para luego implosionar. Es un embate contra el nihilismo, contra la desazón de hombros caídos tras veinte años de agotado New Deal.

El fragmento dice así: La duda ha reemplazado a la esperanza, y los hombres encarnan un derrotismo que se califica de realista. El declive de la utopía y la esperanza es, de hecho, una de las características definitorias de la actual vida social. Las razones son diversas: los sueños de la izquierda anterior fueron pervertidos por el estalinismo y no se formularon de nuevo; el estancamiento del Congreso estrecha la visión que la gente tiene de lo posible; la especialización del trabajo humano deja poco margen para el pensamiento amplio; los horrores del siglo XX, simbolizados en las cámaras de gas y los campos de concentración y las bombas atómicas, han arruinado toda esperanza.

El manifiesto de Port Huron, que concluye con un llamamiento a perseguir lo inalcanzable para evitar lo inimaginable, tiene veinticinco mil palabras. Los archivos del FBI sobre Tom Hayden, recopilados pacientemente a lo largo de dieciséis años de oscura

vigilancia, suman veintidós mil páginas. En una de ellas, J. Edgar Hoover ordena, como objetivo principal, neutralizar a Hayden del movimiento de la Nueva Izquierda. El FBI no conseguirá su objetivo. Según algunos, no hizo falta: los mullidos sillones del sistema fueron neutralizando el espíritu rebelde de aquel joven que aparcó el bloc de periodista y, siguiendo el consejo de un reverendo negro, tomó partido a sus veintipocos para más tarde, a sus treinta y muchos, concurrir como candidato a unas primarias demócratas alegando que el radicalismo de los años sesenta se estaba convirtiendo, rápidamente, en el sentido común de los setenta. Y eso también lo recuerda su obituario.

61. ♔a7 ♘d7

Estocolmo, 1962

Dramatis personae

Éfim Geller: Ajedrecista soviético, de juego agresivo. Cigarillo incrustado en la mano o los labios. Muy expresivo. Campeón sin corona.

Tigran Petrosian: Soviético. Experto en frustrar los planes ajenos. Filósofo. Melómano pese a una sordera parcial.

Viktor Korchnoi: Ruso de Leningrado. Campeón soviético. Aspirante eterno al título mundial que la Historia le negará.

Miroslav Filip: Gran maestro checoslovaco. Sucesor de la Escuela de Praga que encabezó el primer campeón mundial, Wilhelm Steinitz.

Svetozar Gligorić: Campeón yugoslavo y gran aperturista. Viejo partisano de la resistencia contra el nazismo. Nacido en una familia pobre de Belgrado. Fabricó sus primeras piezas con corchos de botellas de vino tras descubrir el ajedrez en un bar cercano a casa.

Pal Benko: Estadounidense, de origen húngaro. Participó en la Revolución húngara de 1956 y desertó del comunismo que secuestró a su país. Un tipo por todos querido.

Leonid Stein: Ucraniano. Castigado a no jugar un campeonato nacional por haber sido pillado jugando a las cartas en su tiempo libre. Estrella emergente del ajedrez soviético.

Wolfgang Uhlmann: Alemán. Cara de bonachón. Emblema ajedrecístico de la RDA. El hombre que siempre responde al e4 con la Defensa Francesa.

Lajos Portisch: Campeón húngaro. Voz de barítono. Aficionado a cantar arias.

Fridrik Olafsson: Abogado. Múltiple campeón escandinavo. Primer gran maestro islandés.

Julio Bolbochán: Maestro argentino. Hermano de campeón nacional. Columnista de ajedrez. Generoso.

Gedeon Barcza: Maestro húngaro. Rostro circunspecto. Desconoce que su lápida tendrá seis piezas de ajedrez talladas en la piedra.

Istvan Bilek: Gran maestro húngaro. Cabeza prominente. Cariacontecido.

Arthur Bisguier: Neoyorquino del Bronx. Ha dejado su empleo como programador de IBM para dedicarle más tiempo al ajedrez. Uno de los cuatro grandes del tablero americano en los años cuarenta.

Daniel Abraham Yanofsky: Campeón canadiense, de origen polaco y judío. Graduado en Oxford. Futuro alcalde.

Mario Bertok: Maestro croata. Ha representado a Yugoslavia en la Olimpiada de Leipzig. Sus gafas llevan los cristales tintados.

Eugenio Maciel German: Maestro brasileño. Ingeniero eléctrico. Apenas se prodiga en el circuito internacional.

Samuel Schweber: Maestro internacional argentino. De juego posicional. Ha sido noveno en un mundial juvenil.

Rudolf Teschner: Campeón de Berlín una y otra vez. Editor de una revista de ajedrez alemana fundada en 1846, la más antigua con vida. Pelo brillante y peinado hacia atrás.

Miguel Cuéllar: Campeón colombiano tanto de ajedrez como de

billar. Domina el tablero de su país con tal autoridad que una edición de veinte rondas la gana con diecinueve victorias y un empate.

Manuel Aaron: Gran dominador del ajedrez indio. Primer maestro internacional de su país. Su tupé moreno y su tez deslumbran.

Bobby Fischer: Campeón estadounidense. La esperanza mundial frente al imperio soviético. El jugador más joven del torneo. De personalidad única.

Arturo Pomar: Campeón español. Antiguo niño prodigio. Funcionario de Correos.

Acto 1

(Estocolmo, enero de 1962. Torneo Interzonal. El campeonato debía disputarse en Holanda, pero el boicot de los países OTAN a los ciudadanos de la RDA ha obligado a la Federación Internacional de Ajedrez a buscar una nueva sede para que pueda jugar el alemán Uhlmann. Estocolmo ha sido la ciudad escogida. La historia se ha contado afilando su cara más trágica, casi grotesca. Así.)

Arturo Pomar llega solo a la capital sueca. Ha tenido que pedir permiso en su oficina de Correos: licencia sin sueldo, tú te apañas. Nadie le ha pagado el viaje. El presidente de la Federación Española de Ajedrez, Román Torán, ha intentado que las autoridades presten a Arturo el apoyo que merece esta cita, la antesala del campeonato mundial. La respuesta ha sido una sanción a Torán, nada más. Es así como Arturo parte solo hacia su Ítaca. En su viaje, se detiene en Irún. Allí ha quedado con un compañero ajedrecista, Luis Eceizabarrena. Se conocen de hace tiempo. Con noventa y dos años, Luis vuelve a narrar por teléfono la célebre escena, imprescindible para entender el mito, la leyenda: al acompañarlo a la estación de

Hendaya para que coja el tren directo a París, comprueba que Arturo viaja sin ningún asistente ni entrenador. Su única ayuda es un pequeño libro de aperturas escrito por Julio Ganzo para jugadores aficionados. Vale quince pesetas.

La calle Nybrogatan, con su kilómetro y pico de longitud, atraviesa este distrito cuadriculado y racional que es el barrio holmiense de Östermalm: un damero urbanístico muy europeo, con amplias avenidas y unos caserones que hunden sus raíces señoriales en el siglo XVII. El Hotel Apollonia, con su letrero vertical en lo alto de la fachada, recibe al hombre de treinta y un años y ya sin pelo que porta la maleta entre el gélido viento escandinavo. El hotel tiene cinco plantas y anchos ventanales cuadrados en sus habitaciones; todavía desprende el olor a nuevo un año después de su apertura. Hay un ajedrecista joven, de nombre Bobby, que se queja de que el armario es demasiado pequeño para sus dieciséis trajes y de que la cama es demasiado corta para su estatura. La cama se la cambian, el armario no. A Arturo no le hace falta nada. Solo empezar a jugar.

Acto 2

En el interior del Kungshallen, Pomar comienza el torneo de su vida. Pierde contra Uhlmann en treinta y ocho movimientos; mal inicio después del largo viaje y sin apenas haber tenido tiempo para descansar. Gana contra Techner. Tablas con Benko. Derrota a Aaron. Ha jugado cuatro partidas y figura en tercera posición con otros cinco jugadores empatados a 2,5 puntos. Le hace tablas a Portisch. Derrota a Bilek y se coloca en cuarto puesto, empatado con Bolbochán, y virtualmente clasificado con una cuarta parte del torneo completado. A continuación, pierde contra Barcza tras ir cincuenta movimientos a remolque. Empata con Bisguier.

Juega contra Fischer. La partida.

Hace tablas con Gligoric. Luego empata con Schweber. Encadena una racha de tres victorias seguidas: gana contra

Yanofsky y ya es octavo; derrota a German en una larga partida de sesenta y tres movimientos y se coloca sexto tras catorce encuentros. A solo un tercio del final del torneo, Pomar está clasificado. Luego vence a Cuéllar y ocupa la séptima plaza. Las tablas con Olafsson lo mantienen séptimo, pero dentro de los puestos clasificatorios, porque hay tres soviéticos en la parte delantera y las normas no permiten clasificarse a más de dos ajedrecistas de un mismo país. Un nuevo empate, con Stein, le garantiza el séptimo lugar. Su derrota con Petrosian, tras renunciar a jugar el aplazamiento, no lo apea de la séptima plaza. Y su victoria con blancas contra Geller, una hazaña que The New York Times destaca por el juego brillante del campeón español, es un enorme salto en sus posibilidades de éxito. Después de dieciocho partidas, Pomar tiene once puntos y está en sexta posición. Clasificado. A las puertas del Torneo de Candidatos. A las puertas del Campeonato del Mundo a falta, únicamente, de cuatro partidas.

(Pomar tiene condiciones para ser campeón del mundo, dijo Steiner. Arturito encamina su estilo hacia lo que debe ser un campeón mundial, dijo Broadbent. Es un más que probable candidato al campeonato mundial, dijo Najdorf. No ha de tardar en ofrecer a su patria el trofeo y el rango que los españoles esperamos de él, dijeron Ganzo y Fuentes. Cuánto tiempo, Arturito. Tu madre, sentada a tu lado, la taza de chocolate desparramándose por la mesa y manchando el traje del rival, tú portado a hombros desde el cuarto piso hasta la mismísima calle entre vítores que parecían eternos.)

Pero faltan cuatro partidas del Torneo Interzonal. Y Arturo está cansado. Lleva un mes en Estocolmo. Solo. Sin nadie que lo arrope, sin nadie que le ayude a estudiar las continuaciones de las partidas cuando estas se aplazan tras cinco horas de combate intelectual. La leyenda lo cuenta así: que los jugadores soviéticos del campeonato llamaban a Moscú preguntando por aquel desconocido Pomar; que era el único ajedrecista con posibilidades de clasificación que había viajado solo a Estocolmo, sin ayuda de ningún tipo; que los demás jugadores dormían plácidamente por las noches mientras sus ayudantes estudiaban por ellos la continuación de las partidas

aplazadas, y, en cambio, Arturo debía jugar por las tardes y estudiar de noche las mejores opciones de continuación para los aplazamientos del día siguiente. Es la traición consumada de un país cainita y desagradecido que abandonó a su antiguo prodigio, tras haberlo explotado à volonté, y lo dejó solo cuando más falta le hacía al viejo Arturito. La leyenda se presta a ser forzada, retorcida, estirada, magnificada.

Solo cuatro partidas más. Solo cuatro. Pierde contra Korchnoi en cuarenta y un movimientos y cae al noveno puesto. Empata contra Filip y baja a la décima posición. Quedan dos partidas, tan solo dos. Está a un punto de colocarse en los puestos clasificatorios, de lograr el pase al Torneo de Candidatos. Sin embargo, pierde contra Bolbochán y, en la última partida, empata contra Bertok. Solo ha conseguido un punto en las últimas cuatro rondas. Pomar finaliza el torneo con doce puntos. En el puesto undécimo. A solo un punto y medio de pelear por la clasificación en el playoff de desempate.

Cierra la maleta, cruza el umbral del hotel, va dejando atrás la calle Nybrogatan, el frío se queda en Estocolmo. Ya es marzo.

Acto 3

Arturo ya está de vuelta en Ciempozuelos, con la rutinaria correspondencia entre las manos, cuando aparece el número setenta de la revista mensual El ajedrez español. La portada, cuadriculada con escaques blancos y verdes, abre con una imagen del Torneo Interzonal de Estocolmo, con siete mesas en juego a la vista. En primer plano aparece Pomar, con la cabeza gacha mirando el tablero. Viste traje oscuro, camisa blanca y corbata. La fotografía corta al rival. Dos mesas más atrás se ve a Bobby Fischer: joven, radiante, peinado moderno, la mirada fija en el tablero, la tensión marcada en el pómulo izquierdo.

El ejemplar de veinte pesetas, intacto, llega a mis manos, medio siglo después, a través de una librería de viejo de Cornellà. Sus

inmaculadas páginas parecen relatar un episodio deportivo de ayer mismo, como en una elipsis temporal permeada por la melancolía. Hay un efusivo artículo para el ganador indiscutible del torneo, el joven Bobby Fischer. Sin embargo, el foco de interés del número se centra en la actuación de Pomar. El editorial que firma Torán lleva un título preclaro: La oportunidad perdida.

Dice así: Tememos que pasarán algunos años antes de que vuelva a presentarse una oportunidad tan clara como la que hemos tenido en Estocolmo para inscribir el nombre de España en la prueba individual de mayor importancia en el ajedrez mundial; es decir, el Torneo de Candidatos. Porque en el Torneo Interzonal, recientemente terminado, Arturo Pomar, contra el pronóstico de la crítica y opinión de los mejores jugadores mundiales, tuvo a su alcance la obtención de una de las seis plazas clasificatorias para la última de la serie de competiciones que conducen al título mundial. La actuación de Pomar, además, fue brillante en algunos momentos, pues se mantuvo muchas rondas en los lugares de vanguardia, codeándose con las primeras figuras del ajedrez mundial. Pedir más, antes del certamen, hubiera sido salirse de la realidad; pero de la manera que se desarrolló este, con varios de los favoritos en bajísima forma, Pomar tuvo su gran oportunidad. Una oportunidad que no pudo aprovechar, quizá porque tampoco nuestro jugador estaba en su mejor forma, o bien porque acusó el esfuerzo y la dureza del torneo, así como la falta de un ayudante para la preparación en las aperturas y estudio de partidas suspendidas, y flojeó mucho en las rondas finales. Un punto y medio separó a Pomar del sexto clasificado, y esta distancia, en un torneo de veintidós partidas, es prácticamente inapreciable, escribe Torán.

(La tragedia se ha consumado. El peón ha llegado más lejos que nunca, pero no alcanza Ítaca, ese destino mítico, escarpado y difícil de cabalgar, sin el cual —dijo Kavafis— nadie emprende su camino. No hay Ítacas para funcionarios de Correos ni se hacen épicas odiseas con libros de quince pesetas. Oscuro. Telón.)

62. a6 ♚c7

Caen las bombas y los muertos en Sarajevo. Radio Bosnia-Herzegovina llama a la población a guarecerse en sus refugios y a no salir ni a por el pan: la falta de agua y de electricidad han impedido amasarlo. La ciudad es asediada día y noche por los disparos de 691 piezas de artillería: cañones, morteros, carros de combate, blindados, rampas de misiles. La población sufre el castigo de la guerra civil y de la cuádruple ese de los ultranacionalistas serbios, Samo Sloga Srbina Spasava: Solo la unidad salvará a los serbios. Una triste ironía, pues las únicas eses visibles desde hace cinco meses son las de Sangre y Sacrificio en Sarajevo. Densas columnas de humo negro se encaraman al cielo, como si ansiaran huir de una tierra exhausta de tanto penar. Solo falta que nos caiga la bomba atómica, dice un portavoz policial. No sabe que quedan tres años más y que lo peor está por llegar. Y mejor así.

Ese mismo día, 1 de septiembre de 1992, a solo ciento diez kilómetros de las bombas, en un lujoso balneario de la costa montenegrina, emerge de su agujero negro espaciotemporal Bobby Fischer. Va a ofrecer una rueda de prensa.

Han pasado veinte años de Reikiavik y el mundo aguarda este momento, tan esperado como inesperado. El dinero —cómo no, Bobby— ha obrado el milagro. Un turbio banquero serbio ha puesto cinco millones de dólares para reeditar el duelo Fischer-Spassky en su vigésimo aniversario, al margen de la Federación y de estamentos oficiales. Es consabido que las mismas aguas nunca bañan dos veces. Que es peligroso revisitar el lugar donde uno fue feliz. Sin embargo, la tentación y el negocio son demasiado grandes como para filosofar con los poetas.

Sentado a la mesa que descansa sobre el estrado, Bobby va sacando las preguntas escritas que han tenido que rellenar los periodistas presentes. Las selecciona, decide cuáles responde y cuáles no, y se lanza como un perro de presa, rabioso y amargo,

ansioso y chulesco, a masticar palabras e insultos. Habla con la lengua y con los ojos. Habla con un cuerpo de cuarenta y nueve años, barba recortada, la alopecia merodeando frente y coronilla. Se autoproclama vigente campeón mundial al entender que fue Karpov quien no aceptó sus condiciones de juego y se negó a disputar el match de 1975. Ya han pasado casi veinte años de aquello, pero Bobby sigue atrapado en el tiempo. A sus sucesores en el trono, los rusos Karpov y Kasparov, los considera unos criminales que han arruinado el ajedrez con partidas inmorales, poco éticas, amañadas. Los perros más viles, dice. Es curioso. El Muro de Berlín cayó hace tres años y la bandera roja ha sido arriada del Kremlin para siempre, adiós a la hoz, al martillo, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero no importa. El soldado Fischer continúa en el frente de la Guerra Fría. Proclama que el comunismo es una máscara del bolchevismo, y que el bolchevismo es, a su vez, un máscara del judaísmo. Bobby sigue en guerra. Una guerra total cuyo propósito es la guerra en sí, un sinsentido como el del oficial Giovanni Drogo aguardando solo, en los confines del desierto, el ataque de los tártaros. En cambio, su bando, tan definido y personificado veinte años atrás —Aquí el peor ajedrecista del mundo llamando al mejor jugador del mundo— ya no es el suyo. Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa. Su bando ha abandonado al peón y lo quiere sacrificar, porque ahora la guerra es otra y siempre la misma.

Por eso le ha enviado una carta a su hotel montenegrino, firmada por el director de la Oficina de Control de Activos Extranjeros del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Estimado señor Fischer, dos puntos. Hemos observado que está planeando jugar un encuentro de ajedrez por un premio en metálico en la República Federal de Yugoslavia (Serbia y Montenegro; en lo sucesivo, Yugoslavia) contra Boris Spassky el 1 de septiembre de 1992 o alrededor de esa fecha. Como ciudadano estadounidense, está sujeto a las prohibiciones estipuladas en el decreto 12810 del 5 de junio de 1992, que impone sanciones contra Serbia y Montenegro. El decreto prohíbe que los estadounidenses ejecuten contratos que apoyen un proyecto comercial en Yugoslavia o exporten servicios a dicho país. La finalidad de esta carta es informarle de que el cumplimiento de su acuerdo con un patrocinador corporativo en Yugoslavia para jugar al ajedrez se

considerará que apoya la actividad comercial de dicho patrocinador. Todas las operaciones realizadas con esta finalidad están fuera del ámbito de aplicación de la Licencia General n.0 6, que solo autoriza las operaciones para viajar con fines distintos a actividades empresariales o comerciales. Además, consideramos que su presencia en Yugoslavia tiene una finalidad de exportación de servicios a dicho país en el sentido de que el patrocinador yugoslavo se beneficia del uso de su nombre y su reputación. El incumplimiento del decreto puede castigarse con sanciones administrativas de hasta 10.000 dólares cada una y sanciones penales de hasta 250.000 dólares cada una, diez años de prisión, o ambas. Se ordena por la presente que se abstenga de participar en cualquiera de las actividades mencionadas anteriormente. Se le solicita también que presente un informe en esta oficina, en los diez días posteriores a su recepción de esta carta, en el que resuma los hechos y circunstancias que envuelvan las operaciones relacionadas con su encuentro de ajedrez programado en Yugoslavia contra Boris Spassky.

En 1972, la orden al peón fue, dice la leyenda, Estados Unidos quiere que vayas y derrotes a los rusos. En 1992, la orden al peón es la amenaza de cárcel si mueve unas piezas de madera —marca Staunton, modelo Dubrovnik— sin símbolos religiosos: ni cruz en el rey ni mitra en el alfil. Ve; no vayas: pura dialéctica marcial.

La pregunta asalta en la conferencia de prensa: ¿Está preocupado ante las amenazas del Gobierno estadounidense por desafiar las sanciones? Un segundo, responde Bobby. Tensión fischeriana. Se agacha, coge su maletín marrón, rebusca con los dedos y la mirada y, tras un minuto de suspense, extrae el documento. Esta es la orden de proporcionar información de actividades ilegales del Departamento del Tesoro en Washington D. C., 21 de agosto de 1992. Muestra el documento al auditorio, la ira encendiendo su hoguera interior, y dice: Esta es mi respuesta a su orden de no defender aquí mi título.

Un escupitajo.

Con altivez, furia y regocijo, el peón ha escupido sobre la orden americana ante la incredulidad de los periodistas y arrancando algunos aplausos de la claque infiltrada en el salón.

Qué más da ya todo lo demás. Poco importa el enfrentamiento puramente ajedrecístico, con Bobby asombrando de nuevo con su juego; con sus viejas excentricidades como descartar seis mesas de juego, ponerse gafas de sol ante el tablero para ocultar su mirada y prevenir la hipnosis, o exigir que suban dos centímetros y medio el asiento del inodoro de su estancia; con su victoria final en la trigésima partida por 10-5 y quince tablas; con el mismo árbitro de Reikiavik anunciando, dos meses después del inicio del match, la frase que Bobby desea oír: Proclamo a Robert Fischer invicto campeón mundial. Son irrelevantes las toneladas de nostalgia que circulan a la velocidad de la luz por el cerebro de los cuatro mil asistentes que ven en directo cada partida y por el de los millones de aficionados que siguen una revancha que para otros es, no obstante, un triste show pecuniario con más canas que talento. Dan igual los editoriales escandalizados por la falta de moral y humanidad del ajedrecista estadounidense ante la guerra que azota a los Balcanes. Ya todo da igual. El peón ha escupido sobre la orden americana en plena guerra, que es otra y siempre la misma. Y el bando, inmisericorde, no perdona. Ese escupitajo constituye una ofensa antipatriótica, un ultraje al país, un desafío impropio de peón. Urge un movimiento de contraataque. El presidente George H. Bush firma el decreto, un gran jurado presenta la acusación ante el tribunal federal de Washington D. C. y se emite una orden judicial de arresto a Robert James Fischer, ciudadano estadounidense. A secas.

63. ♗a5+ ♚c6

Jaque en Estocolmo. Fischer da jaque a Pomar. El alfil blanco amenaza al rey negro. Un peón blanco está a dos casillas de coronar. La partida combustiona en el cuadrante superior izquierdo. Mueven negras y el rey se aparta de la diagonal asesina. Parece que la partida vaya a entrar en una fase muerta. Tal vez en este punto, o quizá unos movimientos más adelante, Arturo levanta la frente, mira a Fischer y le propone tablas. Bobby se indigna. Nadie le ofrece tablas a Fischer con un peón de ventaja, responde el americano, todo airado. Pomar agacha la mirada. La partida continúa.

64. ♗e1 ♞c5

nodo. Noticiario n.0 1.012. 28 de mayo de 1962.

El pueblo catalán Tragó de Noguera aprovecha sus últimos días de sol, pues sus horas están contadas. El embalse de Santa Ana se lo tragará inexorablemente en beneficio del progreso y la riqueza nacionales.

(El pueblo está incrustado en la montaña, con las casas abancaladas unas encima de las otras y mecidas por el cauce del río que arrulla la parte baja del lugar. Más de un milenio lleva Tragó de Noguera encaramado aquí. Tiene seiscientos habitantes, dos molinos de aceite, dos hornos, tres tiendas de comestibles, tres barberías, dos carpinterías, tres cafés, un molino de harina que también fabrica luz, una escuela de niños y otra de niñas, y un cine, con El último cuplé de Sara Montiel — dos entradas y un cucurucho de cacahuetes por una perra gorda— todavía en el recuerdo.)

Los vecinos desalojan el pueblo. Indemnizaciones y nuevos hogares puestos a su disposición en otra zona les ofrecerán la debida compensación. Así podrán continuar su vida en mejores condiciones, aunque tengan que crearse ese calor de hogar que ahora abandonan.

(Las imágenes, blanco y negro que no cesa, los muestran, demasiado jóvenes, demasiado ingenuos, sin saber qué les deparará un mañana al que piden lo justo. Por las ventanas van sacando con cuerdas los muebles y enseres que dan forma a sus vidas íntimas. Un cabecero de cama impregnado de amores y partos, unas sillas heredadas, un bulto que parece colchón. El éxodo forzado ya está en marcha y es irreversible. Balaguer, Mataró, Lleida, Barcelona, Mallorca, Madrid, Francia, México, Argentina… El movimiento centrífugo origina una isla de peones: separados de sus congéneres, sin otro peón de su color en las columnas adyacentes, ateridos de intemperie y soledad. Es tan incierto el destino de los seiscientos deportados de Tragó como honda la pena del

destierro, una fábrica de añoranza inagotable.)

Es este un sacrificio necesario exigido por la presa del embalse que está construyendo el Plan Nacional de Obras Hidráulicas. Su capacidad total será de doscientos cuarenta millones de metros cúbicos. Las aguas suben a un ritmo de metro y medio diario. Es una inundación voluntaria que alumbra un espléndido porvenir para la industria. Con las casas desaparece, poco a poco bajo la masa líquida, el pasado del pintoresco lugar.

(Las imágenes se acompasan con una música dramática. Ya se ve el agua del pantano subir, engullendo las humildes casas con esas celdillas que nadie se preocupó de cerrar antes de salir, por última vez, con las llaves inútiles en el bolsillo, el agua penetrando por los corrales mudos de rebuznos y balidos, el agua trepando hacia el campanario, como si quisiera acariciar los badajos y tañer el último toque de difuntos de Tragó. Tres personas navegan sobre una barca por donde hace unos días paseaban las gentes. Sacrificio necesario, qué otra pauta rige en el tablero, qué otro destino depara a sus piezas.)

El salto producirá energía eléctrica a razón de 42.800 kilovoltiamperios y 38.000 kilovatios en turbinas y alternadores, respectivamente. Los grupos están instalados en la central, a pie de presa.

(Dicen que fueron quinientos los pueblos españoles hundidos bajo el agua por los planes nacionales del franquismo, una de las caras más amargas del poliédrico desarraigo que el éxodo rural, impuesto o alentado, sembró como veneno en el alma de sus mártires. Dicen — dicen, quién sabe si fue así o es la leyenda que forjan los recuerdos necesitados de mitos— que mientras el agua crecía y crecía en Tragó de Noguera, un lugareño ya viejo, de nombre Josep, se escondió en una casa de campo, bien fuera para librarse del destierro o para morir con el pueblo. Dicen que lo obligaron a marcharse. Y dicen, eso dicen, que a los pocos días de salir, el último de Tragó murió de pena en Almenar.)

65. ♗f2 ♞d7

En Minnesota, la tierra de los diez mil lagos, el invierno es frío; veintiséis grados bajo cero en este febrero de nieve adherida a todo, como de postal congelada en un paisaje níveo a perpetuidad. Más aún penetra el frío cuando estás encerrado en Stillwater, la prisión estatal, y eres un nativo americano que piensa en el suicidio dentro de su celda de aislamiento; los indios se suicidan siete veces más que los blancos, los indios son el uno por ciento en la calle y el ocho por ciento en la cárcel, maldito alcohol que todo lo enturbia. Eres un ojibwa condenado. No ya por los robos que colman tu hoja de antecedentes. Estás condenado por un sistema que lleva siglos arrasando a tu pueblo: genocidio, esclavitud, segregación, aniquilamiento cultural, confiscación de tierras, deportación a la ciudad. Entonces, cuando te llamas Clyde Bellecourt y afuera hace frío, cuando tu verdadero nombre en la lengua de los ojibwa es Nee-gon-we-way-we-dun (el trueno antes de la tormenta), cuando has pasado de un correccional juvenil a una prisión de adultos en el día de tu vigésimo quinto aniversario para cumplir el resto de la condena y no eres más que mercancía indígena con once hermanos y una madre obligada a limpiar el suelo de rodillas y con cepillo de dientes si la oyen hablar en anishinaabemowin, su lengua nativa, entonces el frío quema y se torna insoportable.

La escena es como sigue: un presidente con traje de presidente y atrezzo de presidente —Casa Blanca presidencial, micrófono de pie en jardín presidencial, formas muy presidenciales— saluda a indios con ropajes indios, plumas indias y muecas indias de subordinación. Lo que pedimos a América no es caridad, no es paternalismo, dice el escrito que le entregan los delegados de las noventa tribus que el año anterior acordaron esta declaración. El sistema los devora. Se mueve en unas coordenadas que ellos —sioux, cheroquis, apaches, lakotas, comanches, cheyennes— no

entienden. Básicamente una coordenada, la del dinero. Cuando nuestras tierras son tomadas para un propósito público declarado, dispersando a nuestro pueblo y amenazando nuestra existencia —recoge el escrito que le dan al presidente—, nos entristece que nos digan que un pago de dinero es el equivalente a todo aquello que entregamos. Nuestros antepasados pudieron ser generosos cuando todo el continente era suyo. Pudieron desechar imperios enteros a cambio de simples baratijas para sus hijos. Pero en nuestros días, cada acre que queda es una promesa de que mañana todavía estaremos aquí. Si pagáramos mil veces el valor de mercado de nuestras posesiones perdidas, el pago sería aún insuficiente. El dinero nunca amamantó a los indios; la tierra sí los ha criado, dicen las letras que recoge el presidente con ambas manos. Sonrisas, manos estrechadas entre plumas que apuntan al cielo y corbatas que penden hacia el suelo, hueras palabras presidenciales, fin del acto.

Hay en la cárcel de Stillwater un hombre que canta. Es un tradicionalista ojibwa del Lac Courte Oreilles, Wisconsin. Tú lo oyes desde el solitario confinamiento al que has sido castigado por indisciplina. Te propone una locura. Organizar a todos los indios de la prisión. Rastrear sus antecedentes, su árbol genealógico. Averiguar a qué tribu y clan pertenecen. Descubrir cuáles son las características de esos clanes. Estimular su orgullo indígena, recuperar su identidad cultural. Ayudarlos mediante grupos de alcohólicos anónimos, de consumidores de narcóticos anónimos. Darles formación técnica, especializada, que estudien. Aceptas. La prisión avala el plan. Nace el Grupo Americano de Folklore Indio. Ochenta nativos americanos se apuntan. Comienza el trabajo. Es la semilla del Red Power Movement: la filosofía de la autoderminación indígena que no espera a gobiernos, iglesias u oficinas estatales de educación para revertir la precariedad cultural, económica y social que lastra a estos peones rojos, siempre a merced del bando que domina el tablero y a su única coordenada, el dinero.

En Stillwater, frío afuera y más adentro, empieza esta nueva era que también verá ocupaciones, largas marchas, secuestros, algunas muertes. Tú, que habías pasado una vida entre el

correccional y la prisión desde los once años, tú, que habías intentado cortarte las venas de las muñecas por la falta de esperanza, y la soledad y la tristeza eran inmensas, tú has sido el trueno antes de la tormenta. Nee-gon-we-way-we-dun.

66. ♗h4 ♞c5

La vida de Arturo ha cambiado. Desde que volvió de Estocolmo, la partida más crucial ya no se juega en el tablero, sino en su cerebro. Se le ha manifestado una enfermedad mental que lucha por dominarlo. Que lo acecha sin descanso, en permanente posición de jaque.

Le ha obligado, por primera vez en 1965, a retirarse de un torneo en Checoslovaquia por problemas de salud. Quedaban seis rondas y Pomar ha tenido que abandonar la ciudad bohemia de Márianské Lázně y sus plácidos balnearios para regresar a casa antes de lo previsto. La Vanguardia del 15 de febrero del año siguiente informa de que, debido a una leve depresión nerviosa, el popular maestro español de ajedrez Arturo Pomar ha renunciado a participar recientemente en diversas competiciones nacionales e internacionales. Aconsejado por los médicos, el famoso ajedrecista descansará una corta temporada en los alrededores de nuestra ciudad bajo el control de un especialista, el cual confía en que la juventud de Pomar superará pronto estas ligeras pérdidas de memoria y dolores de cabeza, que tanto le molestan para concurrir a los torneos ajedrecistas, dice el periódico.

Solo tiene treinta y cuatro años.

Su vida personal ha dado otro giro. El Real Madrid, su club de toda la vida, ha desprofesionalizado la sección de Ajedrez y lo ha dejado sin nómina. Arturo decide fichar por el Club de Ajedrez Barcelona y trasladarse a la ciudad condal, a finales de 1963, con su esposa Carmen y sus cuatro hijos: Joan, de tres años y medio; Esperança, de dos y medio; Consol, de uno y medio; y Eduard, de solo tres meses. Las maletas se cierran, una etapa acaba. Madrid y su invierno quedan en el retrovisor, el Madrid al que llegó por primera vez en un tren rápido, tierra dura y parda enmarcada por la ventanilla. Llegaba con su madre para comerse el mundo y eran tantas las atenciones y esperanzas depositadas en Arturito, tantas

las cumbres que iba a coronar el niño prodigio del que hablaban el médico, el linotipista y el sereno. Confiemos en que, con el tiempo, Arturito será un auténtico Capablanca, anhelaba el NODO con su simpar grandilocuencia. Ya era una pieza en manos ajenas.

Ahora, en cambio, a nadie le importa la nueva vida que emprende Pomar.

En su casa luce un nuevo diploma impreso con tinta roja y negra: Arturo Pomar Salamanca, Gran Maestro Internacional de ajedrez. Es el primer español en conseguirlo, en ser bañado con esa distinción, noble aura que suena a mucho más que campeón, ganador o líder. Que trasciende las coordenadas deportivas, como el ajedrez.

Gran Maestro.

El título lo ha recibido al cabo de unos meses del Interzonal de Estocolmo y deja un regusto agridulce, pues le llega tras el clímax de su carrera, justo cuando empieza la cuesta abajo. Después de Estocolmo, Arturo no ha logrado superar la criba del Torneo Zonal de 1963 disputado en Holanda. Esa derrota le impide jugar el siguiente Interzonal clasificatorio para el campeonato mundial. Nunca más lo conseguirá. Después de haber figurado entre los catorce mejores ajedrecistas del mundo, ya no volverá a acercarse a la élite mundial.

Pero Arturo Pomar, el mejor ajedrecista español, el hombre que popularizó el ajedrez en su país, continúa en el tablero. El ajedrez es su vida. Y por ello se ha tomado una excedencia en Correos. Gana su séptimo y último campeonato individual de España en 1966 y raya a gran nivel en torneos, encuentros, olimpiadas y campeonatos. Colabora en los periódicos componiendo problemas ajedrecísticos y logra entrar en la Diputación Provincial de Barcelona: es el bibliotecario encargado de proveer a todas las bibliotecas municipales de las novedades librescas sobre ajedrez, así como de impartir conferencias y partidas simultáneas. Una ayuda anual de la Federación Internacional y otra de la Federación Española complementan sus ingresos para sostener a una familia que se va ampliando hasta los siete hijos.

Sigue la vida. Pero una puerta se va cerrando. La sombra de la enfermedad no lo abandona. Tratamiento y medicación. Su sencillez, su simpatía y su bondad congénitas van amoldándose a un decaimiento del ánimo y una abulia crecientes. Demasiado ajedrez, dirán algunos. Quién sabe, la vida.

Pasan los años y su juego se resiente: muy conservador, buscando las tablas en demasiadas ocasiones, renunciando a la batalla en cada partida con un juego que a veces roza lo anodino y despierta voces críticas con el gran maestro. Desde su último triunfo en el Campeonato de España de 1966, juega más de cincuenta torneos en una década y solo vence en tres: Costa del Sol, Berga y Alicante. Pomar, que dejó de ser Arturito hace tanto, ya ni siquiera es Pomar. Por ello, en diciembre de 1977 toma la inevitable decisión: volver a su puesto de trabajo en Correos, en las oficinas centrales de Barcelona.

El ajedrez de competición va quedando relegado de su vida. Su nivel baja. Juega menos cada vez. Uno o dos torneos al año, casi siempre en Cataluña. En el verano de 1985, según la cronología de Jeroni Bergas, se producen dos momentos tristes. En el Torneo Internacional Club d'Escacs Vulcà, Pomar cosecha el peor resultado de toda su carrera: siete derrotas, dos tablas y ninguna victoria. Queda último clasificado y el maestro internacional sueco Jaan Eslon escribe: Es una pena ver al máximo símbolo del ajedrez español acabar su carrera de esta forma. Unas semanas más tarde, y rellenando un hueco de última hora, es invitado a disputar el Festival de Benasque, un torneo reservado a grandes maestros y maestros internacionales. Todos los jugadores acuerdan, a espaldas de la leyenda menguante, no atacar a Arturo y ofrecerle tablas en cada partida. Y así acaba el torneo: con once empates para Pomar.

En 1992, tras años de escasa actividad, Arturo juega su último torneo individual en Sant Cugat, ciudad donde reside. Tres años más tarde, el 5 de febrero de 1995, se sienta a la mesa para disputar su última partida oficial en el campeonato de Cataluña por equipos. Juega con blancas contra Jacint Raurell. Sale con el caballo a f3 y a los catorce movimientos, tras una sola hora de juego, ofrece tablas. Raurell no acepta: quiere llegar hasta el final. El juego posicional seguro de Pomar y una profunda celada desequilibran el encuentro.

Con el reloj en contra y después de treinta y un movimientos, las negras se rinden. Arturo Pomar gana su última partida oficial. Va a cumplir sesenta y cuatro años, como los escaques del tablero. No podía ser de otro modo.

Su balance ajedrecístico baja la bandera: ha disputado 142 torneos nacionales e internacionales entre 1942 y 1992, con 32 victorias finales: solo cinco de ellas las ha cosechado en los treinta años que suceden a Estocolmo. Ha jugado cinco torneos Zonales y un Interzonal. Ha ganado siete campeonatos individuales de España en sus diecisiete participaciones, solo superado hasta ahora por Miguel Illescas y su octavo título nacional en 2010. Ha logrado en otras siete ocasiones el campeonato de España por equipos. Ha disputado doce Olimpiadas de Ajedrez consecutivas entre 1958 y 1980. Ha ganado siete veces la Copa Clare Benedict a título individual, en sus catorce participaciones, y ha conseguido un triunfo por equipos en ella. Ha jugado cuatro veces el campeonato de Europa por equipos. Y se ha enfrentado a nueve campeones del mundo: Alekhine, Euwe, Botvínnik, Smyslov, Tal, Petrosian, Spassky, Fischer y Karpov.

Es el palmarés de una leyenda. Solo que eclipsada por la alargada sombra de un mito, el del niño prodigio Arturito.

67. ♗e7 ♞d7

(Acaban de morir tres mil personas en Estados Unidos, quinientas más que en el ataque a Pearl Harbor. Siguen ardiendo los restos en pie de las Torres Gemelas, esqueleto simbólico de una ciudad y sus ambiciones, amasijo humeante de una ideología y sus incorpóreas vanidades. Hay un país devastado y un mundo en vilo. El locutor Pablo Mercado, de Bombo Radyo, una pequeña emisora filipina, entrevista en directo a Bobby Fischer. Lleva nueve años sin pisar América por la orden judicial de arresto emitida tras el escupitajo y la revancha con Spassky. Desde entonces, Bobby vive como un refugiado en Hungría. Viaja con su pasaporte por Argentina, Alemania, Italia, Austria, China, Japón, Filipinas y Suiza, donde custodian sus tres millones de dólares ganados en el duelo del 92. Por la radio, sus palabras resuenan como escupitajos de ira. La dicción, excitada. Sobreagudos teatrales. Risas hoscas, cavernarias. Respiración entrecortada.)

—Tenemos al teléfono a un gran maestro del ajedrez, el campeón mundial Bobby Fischer. Está en directo y le gustaría dar su opinión sobre lo que ha pasado en las Torres Gemelas hace unas horas, incluido el ataque a la Casa Blanca y creo que también al Pentágono. Bobby, buenos días. Aquí es de noche.

—¿Cómo va, Pablo? Sí, bueno, todo esto es una noticia maravillosa. Es hora de que a los putos Estados Unidos les pisoteen la cabeza. Es hora de acabar con Estados Unidos de una vez por todas.

—Por supuesto, todos saben cómo...

—¿Sabes qué? Hace unos meses oí en la BBC una declaración muy profunda pero a la vez simple. Realmente me sorprendió; no podía creer que ese tipo estuviera hablando de algunos de los crímenes de Estados Unidos. Ya sabes, de la conducta horrible que Estados Unidos tiene en todo el mundo. ¡Y ahí lo dijo el chico de la BBC! ¡Mis oídos no daban crédito! Esto solo te muestra que lo que

va, vuelve, incluso para Estados Unidos. Eso es lo que ha sucedido esta noche: lo que va, vuelve, incluso para Estados Unidos.

—¿Estás diciendo que te sientes feliz por lo ocurrido?

—Sí, aplaudo el acto. Mira: Estados Unidos e Israel han estado masacrando a los palestinos, sencillamente matándolos, durante años. Robándoles y matándolos. Y a nadie le importaba una mierda. Ahora eso está volviendo a Estados Unidos. ¡Que se joda Estados Unidos! ¡Quiero ver a Estados Unidos destruido!

—De acuerdo. Estados Unidos es una superpotencia. ¿Cómo podría...?

—Bueno, parece que no es tan poderoso como se creía. Secuestraron todos esos aviones y su Inteligencia ni se enteró. Esta es una operación importante, Pablo. Probablemente, cientos de personas estuvieron involucradas. ¿Cómo es posible que los grandes Estados Unidos no lo supieran?

—Sí, eso es lo que la gente se pregunta en Filipinas: teniendo en cuenta la tecnología de la que disponen en este momento, ¿no podrían detectar estas cosas?

—Lo que realmente espero ahora, Pablo... ¿Has visto la película Siete días de mayo?

—Sí, sí.

—Es una película sobre un general que trata de apoderarse de Estados Unidos. ¿La recuerdas? Creo que salía Burt Lancaster y estaba basada en un libro. La vi hace años. Yo estaba alentando a los generales, aunque al final ganó el presidente de la llamada democracia. Sin embargo, espero un escenario del tipo Siete días de mayo en el que el país sea tomado por el Ejército, cierren todas las sinagogas, arresten a todos los judíos, ejecuten a cientos de miles de líderes judíos, pidan perdón a los árabes, maten a todos los judíos del Estado de bandidos, ya sabes, de Israel. Tengo esperanza en un mundo totalmente nuevo.

—¿En serio?

—Sí. A nadie le importaban una mierda los japoneses. ¿Cuántos millones, cuántos cientos de miles de personas mató Estados Unidos con bombas atómicas? Lo justificó con la ridícula excusa de que así salvaba a un millón de soldados estadounidenses, cuando Japón iba a rendirse en unas semanas o al cabo de un mes. ¿Correcto?

—Sí.

—Estados Unidos se basa en mentiras, se basa en el robo. Mira todo lo que yo he hecho por los Estados Unidos. Nadie ha hecho solo por los Estados Unidos más que yo. Realmente lo creo. ¿Sabes? Cuando gané el Campeonato del Mundo en 1972, Estados Unidos tenía una imagen de país de fútbol, de país de béisbol. Pero nadie lo consideraba un país intelectual. Yo cambié todo eso sin ayuda, ¿verdad?

—Sí.

—Pero fui útil entonces, porque estaba la Guerra Fría, ¿verdad?

—Sí.

—En cambio, ahora ya no soy útil, ¿ves? La Guerra Fría ha terminado. Y ahora quieren eliminarme, ¿verdad? Roban todo lo que tengo, me meten en la cárcel, y así sucesivamente, ¿verdad?

—Mmm-hmm.

—Estados Unidos no. Sencillamente, no. Hay que volver. Todo vuelve a las raíces, a la Historia. Observa la Historia del país.

—¿Qué pasa con...?

—¿Cómo ha sido, en esencia, la historia del país? Obtener algo a cambio de nada. Robar, matar. Invadieron el país. Robaron la tierra de los indios americanos. Los mataron a casi todos. Trajeron desde África a los esclavos para trabajar los campos, para construir el país. ¿Estoy en lo cierto?

—Mmm-hmm.

—¿Por qué el hombre blanco no vino a Estados Unidos de

manera civilizada y, en cambio, dice que estamos siendo perseguidos en Europa? No tenemos libertad de religión. Nos gustaría venir aquí. Nos gustaría asimilarnos. Nos gustaría casarnos con vuestras mujeres, ¿no? Pues no. Dijeron que vinimos aquí para coger vuestra tierra y mataros, ¿verdad?

—No.

—Esa es la Historia de Estados Unidos, un país despreciable. Incluso cuando era niño, nunca tuve el menor interés por la Historia de Estados Unidos. ¡Nunca! Ya sabía que algo olía a podrido.

—Bueno, entonces, ¿qué crees que sucederá en las próximas veinticuatro horas?

—Pues ya ves: Bush está bramando. Le dicen lo que tiene que decir, por supuesto. Cheney, su padre, los judíos, ya sabes. Pero Estados Unidos volverá y lo empeorará todo. No harán lo que deben. Estados Unidos tiene que pedir perdón y decir: Toda nuestra política exterior ha sido equivocada en los últimos siglos, vamos a retirar nuestras tropas de todo el mundo, vamos a dejar de apoyar a Israel. Pero no van a admitir todo eso, no. Van a decir que estos terroristas, estos criminales, este acto cobarde va a ser castigado. Espero que pronto haya un nuevo presidente después de que la Casa Blanca sea detonada. Todavía andará por las montañas de Colorado, cientos de metros por debajo de las Montañas Rocosas, diciendo: ¡Este acto cobarde de volar la Casa Blanca será castigado! No parará de decir que se ha de castigar a estos cobardes hasta que Estados Unidos sea destruido. Porque Estados Unidos no va a ser razonable. No va a admitir que es el malo y que siempre ha sido el malo. Fue el malo en la Segunda Guerra Mundial. Fue el malo en la Primera Guerra Mundial. Fue el malo cuando robaba, cuando invadió Filipinas y la sacó de España. Fue el malo cuando el hombre blanco vino y mató a los indios americanos. Cuando trajo a los negros, los primeros esclavos, de África. Siempre ha sido el chico malo. La democracia no es más que un montón de bobadas. Es solo una fachada que esconde la naturaleza criminal de los Estados Judíos de América.

—Hay temores, Bobby, de que esto pueda desatar algo peor, como una Tercera Guerra Mundial. ¿Crees que es posible?

—Creo que sí. Por desgracia, ese es el gran peligro: que los judíos, esta gente lunática, nos lleven a todos con ellos. ¿Sabes a qué me refiero?

—Mmm-hmm.

—No obstante, espero, como digo, un escenario como el de Siete días de mayo, donde personas sanas tomen Estados Unidos. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Gente sana?

—Gente sana, gente militar. Sí. Encarcelarán a los judíos, ejecutarán al menos a varios cientos de miles de ellos. Y traerán a casa a las tropas estadounidenses desplegadas por todo el mundo. Y, en última instancia, el hombre blanco debería abandonar Estados Unidos y los negros deberían regresar a África. La gente blanca debería regresar a Europa y el país debería ser devuelto a los indios americanos que vivían allí desde quién sabe cuántas decenas de miles de años. Mantuvieron la tierra limpia, prístina. Era un país hermoso cuando llegó el hombre blanco. Este es el futuro que me gustaría ver para los llamados Estados Unidos.

—Bueno, la gente dice que lo ocurrido en Estados Unidos podría tener efectos en la economía mundial.

—Por supuesto. Esto es solo el comienzo, Pablo. Los árabes han tenido suficiente mierda. Todos han tenido suficiente mierda de Estados Unidos.

—¿Crees que están planeando algo más?

—Sí, claro. Por supuesto. ¿Y qué hay de Pakistán? ¿Qué pasa si deciden unirse con el pueblo palestino? ¿Qué pasa con China? Es hora de que Estados Unidos se coma la mierda, se humille para retirar sus tropas de todo el mundo. Admitir que se han equivocado: esa es la única solución. De lo contrario, Estados Unidos tiene que ser destruido.

—Mmm-hmm.

—Quiero decir: mira lo que Estados Unidos ha hecho en

Yugoslavia desde 1999. Ha bombardeado Kosovo y otras partes de Yugoslavia con uranio empobrecido. Para mí, eso es peor que una bomba atómica. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Cuando lanzan una bomba atómica, te matan, estás muerto y el sufrimiento se acaba, ¿verdad? Con este uranio empobrecido tienes una muerte prolongada durante los siguientes diez, veinte, treinta, cuarenta años. O tal vez solo durante dos o tres años, dependiendo de cuánto recibas. Pero ya nunca vas a ser el mismo. Sufres una leve enfermedad y tu vida se torna una desgracia, ¿entiendes?

—Sí.

—Para mí, eso es peor. Lo que hizo Estados Unidos en Yugoslavia es peor que lanzar una bomba atómica, de verdad. Porque engendra mucho sufrimiento.

—De acuerdo. Toca concluir, Bobby: ahora hay un estado de emergencia allí. Por supuesto, detendrán a mucha gente que está en su contra, y tú probablemente seas uno de ellos.

—Tal vez, tal vez. ¡A la mierda Estados Unidos! No tengo miedo de Estados Unidos. Ya me encarcelaron en Japón por acusaciones falsas de drogas. ¡Yo, la persona más limpia del mundo respecto a las drogas! Me metieron en la cárcel durante dieciocho días por cargos falsos de drogas. Fui torturado en América durante dos días. Así que ya estoy acostumbrado a ese tipo de cosas.

—¿Tienen algún motivo para arrestarte?

—¡Déjalos! Lo están intentando. Le deseo la muerte al presidente Bush. Le deseo la muerte a Estados Unidos. ¡A la mierda Estados Unidos! ¡A la mierda los judíos! Los judíos son un pueblo criminal. Mutilan a sus hijos. Son asesinos, criminales, ladrones, bastardos, mentirosos. Ellos crearon el holocausto. No hay una palabra de verdad en ello. Son los peores mentirosos y cabrones. Ahora, lo que va, vuelve. Lo están recuperando, al fin. Alabad a Dios y, ya sabes, aleluya. Este es un día maravilloso. Que se joda

Estados Unidos. ¡Llorad, lloricas! ¡Quejaos, cabrones! Vuestra hora ha llegado.

68. ♗a3 ♚c7

Roma hierve. Una procesión de mitras peregrina por la Via della Conciliazione, recta y solemne como un cirial, dejando a sus espaldas el viejo Sant'Angelo y las aguas calmas del Tíber. Es suave el otoño en la Ciudad Eterna. Pero lo que hoy se busca, con los obispos entrando en la basílica de San Pedro, paso lento y serio el gesto, es una primavera para la Iglesia. Una apertura que la ponga al día, que la aleje de los enroques nacionalcatólicos del pasado que todavía laten, bajo palio, en la España franquista.

En eso mismo piensa un hijo de peón caminero. Es el primero que toma la palabra de entre los obispos españoles participantes en el Concilio Vaticano II que ha convocado el papa Roncalli. El peón hijo de peón defiende la libertad religiosa, la necesidad de no discriminar ni privilegiar a nadie por razón de fe. Sus pares lo observan en silencio. Cuántos de ellos sienten vergüenza, nadie lo sabe. Vergüenza por haber callado, silencio cómplice y amén, ante la represalia atroz que el franquismo le aplicó una década atrás a él, a Fidel García Martínez, el antiguo obispo de Calahorra, el único que no comulgó al dictado de su bando.

Cuándo empieza todo es algo imposible de dilucidar en la concatenación de movimientos que una vida encierra.

Podría decirse que fue cuando, con arrojo y convicción, desoyó la orden del Bando Nacional acuartelado en Burgos y en 1938 publicó, en su boletín diocesano, el documento antinazi del papa Pío XI: Mit brennender Sorge (Con ardiente preocupación).

Podría decirse que fue cuando, meses más tarde, durante una estancia en París, una falsa entrevista en la republicana Voz de Madrid le atribuía declaraciones incendiarias: Fue la aviación al servicio de Franco la que destruyó Guernica, dicen que dijo antes de él decir que no lo dijo pero sin decir digo que no.

Podría decirse —con toda seguridad podría decirse— que fue en 1942, en el fragor de la Segunda Guerra Mundial, con un Eje fascista en avance y un falangismo de azul reluciente y el sol de cara, cuando culminó el hito de su trayectoria díscola: la publicación de una instrucción pastoral titulada Sobre algunos errores modernos, un escrito seis mil veces impreso, con gran eco en los países aliados incluido The New York Times, que arremetía contra el nacionalsocialismo alemán, sin mencionarlo, y contra sus derivados ideológicos, léase franquismo, para luego arengar a la grey católica a no dejarse subyugar ante instancias políticas que la acabarían convirtiendo en nubes errantes dominadas por el viento político.

Podría decirse que fue cuando despertó la animadversión de un concejal falangista de Calahorra, harto de un obispo tan poco afecto al régimen y tan crítico desde el púlpito con los fusilamientos por la patria. Un concejal activo en la represión de posguerra, con los bolsillos enriquecidos de Victoria y promotor de los bulos y las difamaciones que acabarían con Fidel.

Podría decirse, si acaso, que fue su decisión, casi aislada entre el episcopado, de no ir a votar y no pedir a sus feligreses que lo hicieran en el referéndum sobre la Ley de Sucesión de 1947, que constituía a España en un Estado católico y entregaba a Franco la jefatura vitalicia del Estado.

Podría decirse, en fin, que fue su demoledor libro de 1950 titulado Observaciones económico-sociales a nuestros obreros de la HOAC, donde denunciaba la irritante distribución de la riqueza en España derivada de la explotación inhumana de otras clases sociales.

Cuándo empieza todo, querría uno saber.

María Antonia San Felipe Adán, la gran biógrafa de Fidel García cuya obra de seiscientas páginas es la radiografía documentada de un hombre y un sistema, define al obispo de Calahorra como una voz discordante en las tranquilas aguas del nacionalcatolicismo. A su alrededor, dice, el resto de obispos españoles se acomodaba plácidamente en esa conjunción de intereses que fortaleció el franquismo y prolongó la estabilidad

política de una dictadura claramente bendecida por la Iglesia católica española. Pero Fidel no, no Fidel.

Y esa voz —temida, odiada, envidiada, admirada tras el parapeto engañoso del desdén— había que acallarla.

Siguiendo la minuciosa investigación de San Felipe Adán, la mordaza para Fidel empieza a fabricarse el 14 de octubre de 1944, dos años después de su pastoral contra los totalitarismos de uno u otro signo. Ese día es remitido por el Departamento de Documentación y Auscultación de Logroño al Camarada Delegado Nacional de Prensa el contenido del siguiente rumor: Se dice que el obispo de Calahorra ha sido visto en Barcelona en compañía de mujeres de valía dudosa y que se ha dado cuenta de ello a los gobernadores civil y militar.

El rumor se expande por Calahorra. Bisbiseos, maledicencias, avidez en los ojos, yo ya lo sabía.

Tres meses después del se dice que, aquel concejal falangista que se la tiene jurada al obispo envía una carta manuscrita al gobernador civil de Logroño, que dice: El 26 de septiembre de 1944, en Barcelona, vi en la puerta de la plaza de toros Monumental, durante unos 20 minutos al Sr. Obispo vestido de paisano y acompañado de tres señoritas. Impresionado por el caso no lo saludé y por el contrario me oculté, pero observé con detalle el traje marrón con una lista discreta. Al marcharse se fueron en un taxi.

Tres meses más tarde del vi, el mismo concejal falangista vuelve a la carga con un nuevo parte difamatorio. Asegura que ha visto sentado en el comedor de un bar de Sevilla al obispo con la compañía de dos señoritas y de un chico de corta edad.

Pero la bomba que todo lo detona —paciencia, sangre fría, caerá— estalla el 28 de agosto de 1952. Adopta la forma de un Informe reservadísimo, elaborado por el Patronato de Protección a la Mujer de Barcelona. Ellos son los controladores de la moral franquista y vigilan a la población femenina caída o que puede caer en conducta inmoral. Los preside Carmen Polo. En este caso, el patronato está infiltrado por miembros de la Hermandad de la

Sagrada Familia de Nazaret: una sociedad secreta ultracatólica dotada de una amplia red de confidentes. Es fuego amigo, olor a cera rancia.

Dice el informe que agentes del patronato, acompañados de dos guardias de la Policía Armada, se personaron a las cuatro de la tarde del lunes 18 de agosto de 1952 en un piso de la calle Rosellón de Barcelona dedicado a la prostitución clandestina. Que regentaba el piso Vicky, soltera de vida equívoca y embarazada de ocho meses. Que efectuada una inspección, dice el informe, hallaron en una habitación a una pareja cohabitando en una cama de las llamadas de matrimonio. Ante la sorpresa de la inesperada visita saltó ella de la cama refugiándose tras una puerta, y él cubriéndose rápidamente con la sábana por hallarse totalmente desnudo. El informe prosigue: al pedirles la documentación una vez vestidos, descubren que la chica es una enfermera soltera de 27 años y que el hombre es don Fidel García Martínez, de 73 años, clérigo, obispo de Calahorra. Y agrega: A la sensación y estupor que la personalidad del hallado produce a los agentes uniose además que el referido señor se alojase en dicho piso en calidad de pupilo cuantas veces venía a la ciudad y ocupando dicha habitación en donde se encontraban sus maletas y ropas sacerdotales. El informe no ahorra detalles: que había menores de edad en el piso prostibulario; que todas allí lo llamaban Don Manolo y conocían su jerarquía eclesiástica; que lo condujeron a la sede del patronato para que se vistiera de nuevo con el traje talar y luego pernoctara en una casa de ejercicios espirituales; que al día siguiente confesó sus faltas al arzobispo de Barcelona; y, como posdata, varias notas diversas: Que al susodicho obispo se le conocen andanzas mujeriegas anteriores a los años 1945-46, fecha en que conoció a la Vicky en otra casa; que ya dio que hablar en el Hotel Majestic-Bar Diagonal, y con otro escándalo en 1951 en el Hotel Ritz; que durante el congreso eucarístico de mayo, una noche de paisano concurrió al cabaret Copacabana, junto con la Vicky y otras chicas jóvenes; que manifestó que sus rápidos cambios de personalidad los hacía en los retretes de las estaciones, cambiando allí sus ropas de simple sacerdote por las de seglar.

El informe, con apariencia de atestado, ni lo firma nadie ni va dirigido a nadie. Hay múltiples copias de él (algo imposible para un

documento con la vitola de reservadísimo, mucho más propio de octavilla difamatoria). En su pormenorizada investigación, que incluye el cotejo de otros muchos documentos e informes posteriores contradictorios, María Antonia San Felipe considera falso el documento esgrimido contra el obispo de Calahorra. Pero poco importa la verdad. La cadena de la insidia y la calumnia ha sido activada. La difusión interna de estas acusaciones, jamás hechas públicas, precipita la sonada dimisión del obispo Fidel García, que en 1953 abandona la sede calagurritana y se encierra en el monasterio jesuita de Oña. Silencio, estudio, escritura, meditación. Recuerdos entre la aurora y el tardío atardecer. Seguramente sufrimiento, oblación martirial y perdón.

Hoy, en esta sesión del Concilio Vaticano II, a la que ha sido invitado directamente por la Santa Sede al carecer ya de diócesis, habla de nuevo Fidel, obispo emérito dimisionario, ochenta y dos años y muchas batallas libradas. Pide la libertad religiosa que no desean ni el régimen ni sus obispos sumisos, sin un rey definido: el de la cruz, el de Roma o el del palio. Fidel se encuentra clavado, como un peón aislado, no defendido por ningún otro de su mismo color. Como un peón adelantado: débil, inerme, de fácil captura. O ya apartado del tablero, separado de la partida. Víctima de una celada. De un sacrificio dispuesto por el bien del bando y consentido por mitras serviles de báculo adocenado; simple rebaño en el papel de pastor.

Cuándo todo empezó, es la inútil pregunta.

69. ♗b2 ♚c6

Un monasterio no es el caparazón de un caracol, ni la fe religiosa una suerte de refugio donde uno pueda sumergirse para escapar de las realidades criminales de una era apocalíptica.

Quien esto escribe lleva dieciséis años recluido en la abadía de Nuestra Señora de Getsemaní, Kentucky. Túnica blanca, escapulario negro sobre pecho y espalda, correa marrón. Es monje trapense de clausura. Una vida contemplativa, de austeridad supina entre los gruesos muros que apresan el silencio, la soledad, el aislamiento. Un insignificante peón que reza maitines a las dos de la mañana y dice misa de cuatro y media, con la oscuridad reinando en un afuera tan absorto y ensimismado como el adentro cenobial.

Sin embargo, y aun queriéndose peón, Thomas Merton se niega a plegarse a la obediencia ciega —¿acaso la hay de otra clase?— requerida a su rango. Ya molestan sus escritos pacifistas, su misa dedicada al movimiento antibelicista, su apoyo público a la huelga general por la paz. Ya irritan sus diatribas antinucleares, su entusiasmo por la no-violencia, su intento por boicotear a la industria armamentística porque un cristiano jamás debería servir a esas factorías de engendrar muerte con pedidos y albaranes.

Sus superiores de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia sentencian que la guerra no es un tema que incumba a un monje. Le prohíben que lo haga de nuevo. Merton, muy crítico con un cristianismo que se ha enriquecido y se ha sentido cómodo y satisfecho con su riqueza —y esas son sus palabras: Un cristianismo que se ha enriquecido y se ha sentido cómodo y satisfecho con su riqueza—, se revuelve contra la mordaza. Denuncia la imposición de un silencio, dice, profundamente cómplice con todas las fuerzas que llevan a cabo la opresión, la injusticia, la agresión, la explotación, la guerra. Quien calla es cómplice, no ceja de escribir desde su clausura contemplativa trocada en intervención comunitaria. Él no quiere callar, es de los pocos hombres de iglesia

que se niega a callar en este clima belicista que anega el país. Mortificación, sacrificio y cruz, tal es su divisa en el camino hacia la paz.

El abad general no atiende a súplicas y le mantiene el bozal. Le quedan los panfletos clandestinos, el recurso al seudónimo. También las cartas. Si acaso, su diario personal. En este 1962 de compromiso y represalia, Merton escribe dos entradas punzantes. Una deplora el sentido de muerte y desesperación que recorre por entero a la sociedad americana, con todas sus bombas y su dinero y su deseo de muerte. El colosal sentido de fracaso en medio del éxito tan característico de América, añade. La otra entrada lamenta la destrucción espiritual y moral del hombre, relacionada con la destrucción del mundo que él propicia. Detrás de ambos desmoronamientos vislumbra una misma enfermedad. No la nombra.

70. ♗d4 ♚c7

Arturo ha vuelto a Correos, departamento de Giro Postal. Pasa allí las tardes, desde las dos hasta las nueve, entre monótona correspondencia, cigarrillos encadenados y una mansa quietud. Entrada ya la noche, con el asfalto más chillón bajo las ruedas y las farolas jibarizando lunas, regresa a su casa de Sant Cugat.

A uno le gustaría imaginarse a la leyenda del ajedrez español deambulando por esas vastas oficinas postales de Via Laietana —pasos lentos pupilas concentradas mente en blanco— y solo puede aferrarse a un fragmento escrito por el poeta y ajedrólogo Eduardo Scala, que lo visitó allí, en el muelle de la Oficina de Cambios, al cumplir Pomar sesenta años. El Gran Maestro, escribe el autor de El juzgador de ajedrez, me aguarda en el centro de la larga galería que va a dar a su departamento, situado en la enorme nave. Se trata de un lugar desolador, de atmósfera kafkiana, procesual. Me ofrece su mano de caballero, distante, lánguida. Tiene en su mesa una torre de sobres que debe introducir en sus casillas correspondientes, relata Scala.

Por las mañanas, Arturo se levanta tarde. Desayuna y sale a dar un paseo. Siempre toma café cerca de casa. En el Moca, en Can Mora, en l'Art. Le encanta el café y el aroma pausado que envuelve el rito de tomarlo. Le permite pensar. Por ejemplo en Joan, el hijo mayor que se marchó tan pronto, con solo treinta años; contranatura dolorosa que jamás se olvida. La vida. Pomar tiene una frase que en su boca estremece: Resignación, siempre resignación. Cualquier contratiempo en esta vida se ha de tomar con resignación, dice. Mucho más que resignación necesita para ver marchar después a Carmen, su Carmen, la mujer que le elegía la ropa que debía ponerse, la que le decía adónde tenía que ir a jugar, la que ejercía de representante, de relaciones públicas, de esposa, de sostén emocional, de madre, de alma mater familiar, y todo ello junto y a la vez. Y ahora Carmen se ha ido. Hasta la hierba más

verde se acaba por secar, como ella escribió en uno de sus poemas. Su muerte en 2001 es un golpe enorme para Arturo.

Muy poco antes de morir su esposa, Arturo abandona el ajedrez. Desde su jubilación en Correos, cada tarde iba a la Unió Santcugatenca a jugar partidas amistosas. Allí pasaba las horas moviendo las piezas, pensativo, poco hablador como siempre, modesto, querido y admirado por los socios del club. Luego, con el atardecer, regresaba a casa. Pero ya no. Su nivel ha bajado, su salud empeora, el club ha cambiado de local. Y entonces, simplemente, deja el ajedrez.

Arturo Pomar sin ajedrez: parecía una quimera, una ecuación imposible.

Pero así es. Apenas le rinden unos discretos homenajes: Mallorca, Calvià, Sant Cugat, Terrassa. Él, a quien la palabra humilde le queda hasta jactanciosa, no pide nada y todo lo agradece. Su salud se va resintiendo, los recuerdos se le van borrando. Ya es una persona dependiente, todo le cuesta cada vez más. Día y noche lo cuida en casa Ekaterina, una asistenta de origen georgiano. Su familia está pendiente de la evolución del padre en la fase final de su partida.

Un día, sería el año 2011 o 2012, su nieto Rafa, de once o doce años, aficionado a los trebejos, pide jugar una partida con su abuelo. Se sientan frente al tablero. Es la última partida de Arturo Pomar, rondando ya los ochenta. La escena evoca una vieja estampa ya lejana en el tiempo. La de aquel niño pequeño, muy pequeño, jugando al ajedrez con su abuelo en la casa familiar de Palma. Un niño con la alegría en el rostro, el brillo en la mirada, que nunca jamás ha oído esa palabra tan propia de vidas castigadas: resignación.

71. ♗g7 ♚c6

Amaurosis scacchistica es una bella expresión acuñada por el doctor Siegbert Tarrasch, gran jugador del siglo XIX, para definir un concepto terrible: la ceguera momentánea en el ajedrez. A este mal responden las jugadas ilógicas, los descuidos imperdonables, los errores impropios de un gran maestro. El exceso de relajación, o en sentido opuesto una sobredosis de presión, pueden detonar la ofuscación repentina. ¿Y si es una amaurosis scacchistica lo que ha golpeado a un estratega tan analítico, vigilante y planificador como Bobby Fischer? Llevaba veintidós años con una orden federal de arresto acompañándole como una pesada sombra. Sabía que tenía vetado volver a Estados Unidos, que sus provocadoras alocuciones radiofónicas iban calentando la situación. A cada paso se jugaba la libertad. Y, sin embargo, ha cometido un craso error que lo saca del juego medio para adentrarlo en la parte final de la partida.

Es 13 de julio de 2004 y en el aeropuerto tokiota de Narita se oyen los gritos de Bobby. Lo golpean, lo arrastran, lo encapuchan con una bolsa, no puedo respirar, no puedo respirar, es así como voy a morir. Duele el brazo, la muñeca sangra, algunos dientes vacilan. Lo aislan, lo encierran. Las autoridades niponas lo han detenido cuando se disponía a tomar el vuelo JL 745 de Japan Airlines desde Tokio a Manila con un pasaporte previamente invalidado por Estados Unidos sin su conocimiento.

El peón ha sido capturado. La venganza parece haberse consumado.

La diplomacia se sienta al tablero. Estados Unidos exige la extradición del hombre que lleva desde 1977 sin pagar impuestos, que violó el embargo económico contra Yugoslavia en plena guerra de los Balcanes, que durante una década ha ultrajado a su patria de palabra, escupitajo y omisión. El peón deserta oficialmente del bando. Yo, Robert James Fischer, por la presente renuncio irrevocable y permanentemente a mi nacionalidad estadounidense y

a todos los derechos y privilegios supuestos de dicha nacionalidad. El simbolismo es tremendo: el hombre que paseó las barras y estrellas por todo el mundo y las glorificó en el ámbito ajedrecístico, ha renunciado a su país. Sin embargo, su país no acepta la deserción. Hay veces que uno no escoge ni el bando ni su permanencia en él; es el bando el que elige y decide si conviene, o no, o cuándo, desprenderse de la pieza.

Pasan los meses. Las autoridades niponas trasladan a Bobby del centro de detención del aeropuerto a la cárcel de Ushiko, donde cada día lo visita su novia Miyoko Watai, farmacéutica y presidenta de la asociación japonesa de ajedrez. Está viejo. Pelo emblanquecido, cada vez menos, y larga barba blanca. Obeso, desaliñado, con la mirada deshumanizada de tanto tiempo sin ver otra cosa que fantasmas y sus adentros, puro abismo. Ya tiene sesenta y un años y su vida se retuerce más y más y más hasta desdibujar el impulso original que accionó la espiral destructiva. Cuándo se jodió su Perú es algo imposible de concretar.

A la mesa del presidente George W. Bush, jefe del Gobierno que ha invalidado el pasaporte de Fischer, hijo a su vez del presidente americano al que se dirigía en última instancia aquel escupitajo, llega una carta. Viene firmada al pie por Boris Spassky y una noble apostilla acompaña la rúbrica: Décimo Campeón del Mundo de Ajedrez. El ruso también ha desertado de su propio bando para abrazar hace años la nacionalidad francesa; un paradójico final para la tensa Guerra Fría de Reikiavik. Soy un viejo amigo de Bobby desde 1960, le escribe Spassky a Bush. Bobby tiene una personalidad trágica, de eso me di cuenta en aquella época. Es un hombre honesto y de naturaleza buena, pero es absolutamente antisocial. No es amoldable a cualquier estándar de vida. Tiene un muy alto sentido de la justicia y no es capaz de comprometerse con la gente que le rodea como lo hace con su propia conciencia. Es una persona que ha hecho casi de todo contra sí mismo. No me gustaría defender o justificar a Bobby. Él es lo que es. Solo le pido una cosa: compasión, piedad, caridad. Si por alguna razón esto fuera imposible, quisiera pedirle lo siguiente: Por favor, corrija el error del presidente François Mitterrand en 1992. Bobby y yo cometimos el mismo delito. Impóngame también a mí las sanciones, arrésteme y métame en la misma celda que a Bobby Fischer. Y una cosa más:

denos un juego de ajedrez.

Hubiera sido una imagen trágicamente poética: Fischer y Spassky, camino de la vejez, en una celda con barrotes —pues ya han habitado otras celdas: una mente inclemente, una dictadura despiadada— y jugando, encerrados, al juego que más posibilidades de libertad concede. Ideando celadas en medio de una gran emboscada. Desarrollando aperturas en mitad de una clausura. Pergeñando jaques tras haber recibido el único mate que de verdad importa.

El caso, no obstante, es que la última palabra no anida en la Casa Blanca. Japón no autoriza la deportación y Fischer consigue, en el momento justo, que un vientecillo rezagado de la Guerra Fría sople a su favor. Islandia, sede neutral del Match del Siglo, atiende la petición desesperada de Robert James Fischer y le concede la nacionalidad islandesa por decisión de su Parlamento. Un país menos poblado que Honolulú y con cuatro veces menos riqueza que el estado de Hawái osa desafiar a los Estados Unidos de América. Porque Reikiavik no olvida a su leyenda, a quien la puso en el mapa en 1972. Y es así como, tras ocho meses encerrado, un Audi oscuro recoge al ciudadano islandés Bobby Fischer a las puertas de la cárcel y lo conduce, con su nuevo pasaporte y junto a su novia Miyoko, al aeropuerto de Tokio para salir volando rumbo a Reikiavik.

El peón se ha salvado.

Una cámara lo graba a bordo del avión que lo encamina hacia una libertad relativa y precaria. Él se deja filmar. Dice que los judíos y los Estados Unidos volverán a ir a por él, que lo atacarán por sorpresa, sin previo aviso: hay muchas formas de acabar con alguien. Le preguntan por el ajedrez, cómo no. Detesto mucho el ajedrez, responde. Amaños, memorización y, solo en último lugar, creatividad: a eso se reduce el ajedrez tradicional para el Bobby Fischer de 2005, que ha inventado una nueva forma de jugar —ordenar las piezas traseras de forma aleatoria en cada partida para reducir el peso de la memorización de aperturas y apostar por la creatividad— y ha desarrollado un reloj nuevo —que añade tiempo por cada jugada hecha—. Sí, se considera el mejor jugador que jamás haya existido. También el más talentoso, con permiso de

Morphy o Capablanca. Y sin embargo, sus acostumbradas mayúsculas resuenan más vacías que nunca. Meras notas al pie de la única gran historia que encierra esta escena. Faltan pocas horas para que Bobby pise de nuevo suelo islandés, con la noche cubriéndolo todo y envuelto él por un aura de emérita grandeza que realzan los flashes al pie de la pista. Hace treinta y tres años llegaba a Reikiavik un hombre joven con un sueño y una misión: coronarse campeón, derrotar a los rusos. Aquel sueño derivó en una febril pesadilla, la misión se le volvió en contra. Solo su categoría, su esencia, ha permanecido inalterada: peón en mano ajena.

La cámara lo sigue grabando. Vale la pena no escuchar sus palabras y quitarle el audio al vídeo. Sus ojos impresionan. Resulta imposible penetrar en ellos, traspasar esa frontera acuosa que vela un interior inasible, inefable. Esa mirada fría, especular, aterra. ¿Y si la amaurosis no ha sido momentánea? ¿Y si esos ojos no han podido ver jamás?

Velkominn, Bobby. Te quedan tres años de vida.

72. ♗a1 ♞c5

(Siete páginas mecanografiadas. Tipografía más gris que negra, con irregularidades de color en función de la tinta que impregne el tipo antes de cada impacto sobre el papel, restallido irreversible. Sutil oscilación en el alineamiento vertical de las letras. Variación leve en el interletrado de las palabras. Abuso de mayúsculas que se aprietan. Tachones involuntarios. Subrayados que periclitan. Comillas rectas, castrenses. Acentos y puntos hipermarcados, como hitos inamovibles. Aroma siniestro.)

Dirección General de Seguridad

Comisaría General de Investigación Social

Secretaría General y Técnica

Boletín Informativo XXXVIII — R. de Salida núm. 13.178

Madrid, a 28 de diciembre de 1962

Desarticulación en Barcelona del Partido Socialista Unificado de Cataluña

Antecedentes del servicio: Hace algunos meses, la Jefatura Superior de Policía de Barcelona recibió noticias acreditativas de que la Comisión de Estudios había enlazado con una mujer que facilitó datos sobre la presencia en Barcelona de un individuo que desarrollaba actividades comunistas, intentando organizar un nuevo

«aparato» al servicio de tal ideología, en la versión catalana del PSU de C o Partido Socialista Unificado de Cataluña. Aquella labor clandestina pretendía llevar a las masas a un clima de agitación que desembocara en paros laborales de carácter parcial, capaces de cuajar en la huelga nacional pacífica que constituye, en los presentes momentos, el principal objetivo del comunismo en nuestro país.

Personalidad del agitador: Aun cuando su figura permaneció en la sombra durante algunos años, con respecto a la acción clandestina, Pedro Ardiaca tiene cimentada su fidelidad al comunismo moscovita, precisamente por haber hecho sus primeras armas políticas en las filas juveniles del Bloc Obrer i Camperol, fracción esta que posteriormente, conforme es sabido, con la denominada Izquierda Comunista de Andrés Nin, dio lugar al Partido Obrero de Unificación Marxista, que representó en España la tendencia de Trotski, en franca oposición a lo que entonces se decía «comunismo oficial» o «tercerista». Al disentir del BOC, en el que figuraba en 1932, Pedro Ardiaca pasó al Partit Comunista de Catalunya, asumiendo en 1935 la dirección del periódico Octubre, portavoz de tal grupo. Creado el Partido Socialista Unificado de Cataluña, como Sección Catalana de la Internacional Comunista, fue designado miembro del Comité Ejecutivo, ocupando la Secretaría de Agitación y Propaganda y colaborando muy estrechamente con Juan Comorera. Finalizaba 1936 cuando Pedro Ardiaca Martí quedó nombrado director de Treball, que ejerció durante toda la guerra, simultaneando las tareas periodísticas con el cargo de Comisario Político en un centro de reclutamiento. Sin perjuicio de ello, actuaba de codirector de La Rambla y Las Noticias, que fueron incautados por la UGT catalana, totalmente controlada por los comunistas. Como datos sobre otras actividades de Pedro Ardiaca durante la guerra española, cabe señalar que a la rotura del frente del Ebro y en la batalla de este río, actuó en primera línea y entre los elementos afectos al comunismo para elevar la moral de las tropas. Lo propio hizo cuando la retirada roja de Cataluña. Comisario General de Propaganda del Ejército del Este, huyó a Francia al terminar la guerra, encargándose, en cumplimiento de órdenes del PSU de C, de orientar el trabajo de las organizaciones comunistas en los campos de concentración franceses. Más tarde se trasladó a Cuba; siempre en funciones dirigentes. […] En 1945

regresó a Francia y se hizo cargo de la Secretaría General del Comité Departamental del Alto Garona, y a fines de 1947 pasó a París para trabajar en el Comité Central, instalado entonces en la capital de Francia. Existe la impresión, sin que haya podido comprobarse, que en 1948 era principal dirigente de la Escuela fundada en Toulouse para capacitación política y «militar» de los que se infiltraban en España. Tras la liquidación de la citada Escuela, Pedro Ardiaca desaparece del primer plano y llega a decirse que había caído en desgracia ante la suprema dirección comunista. Es a comienzos de 1958 cuando comienza a notarse su actividad, iniciada en Perpignan en noviembre del año anterior. […] Posteriormente, sobre finales de enero de 1958, Ardiaca Martí tuvo a su cargo misiones diversas relacionadas con el «Aparato de paso» del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Desde aquella fecha hasta los presentes momentos, Pedro Ardiaca Martí estuvo de nuevo en la sombra.

Peculiaridades de la acción clandestina: La necesidad de penetrar a fondo en la trama conspirativa que encabezaba Ardiaca quedó fundamentada en una paciente, estrecha y laboriosa vigilancia, consiguiéndose con ella, por el empleo de teleobjetivo, fotografías de otros militantes y activistas de la incipiente organización subversiva. Las vigilancias, que preferentemente se realizaban en torno a la vida y actividades de Ardiaca, fallaban periódicamente, pues desaparecía de Barcelona por algún tiempo que, a veces, duraba un par de meses. Durante esas ausencias se notaba una paralización del «trabajo», que quedaba diluido y sin gran importancia. La presencia de Ardiaca, después de sus viajes, que se ha sabido efectuaba a Francia, era comprobada por un mayor incremento de la aparición de propaganda y por los movimientos de su «enlace». Toda la labor se encaminaba de cara a las poblaciones de Sabadell y Tarrasa, donde con motivo de las últimas riadas, creían tener terreno y ambiente abonado para sus fines, tanto de subversión como de propaganda, aprovechando los posibles fallos o deficiencias involuntarias que pudieran existir en la solución de los problemas ocasionados por la catástrofe. Aparte de esto, Ardiaca buscaba con ahínco la colaboración de antiguos conocidos para que le facilitaran personas que quisieran colaborar en sus trabajos conspirativos, valiéndose de José Ramírez, que era su «enlace», si bien no se notaba a simple vista, en lo que atañe a Barcelona, una

gran agitación en el ambiente laboral como ha ocurrido en otras ocasiones, apareciendo de tarde en tarde hojas y octavillas subversivas de una titulada «oposición sindical» y los consabidos periódicos Treball, Mundo Obrero, Unitat y otras hojas y folletos del Partido Comunista.

Las detenciones: En su condición de vigilado, Pedro Ardiaca fue seguido hasta un domicilio sito en la avenida de José Antonio Primo de Rivera n.0 871. Posteriormente se supo residía en el piso 4.0, cuarta puerta, propiedad de un empleado de la SEAT llamado Galileo Luengo. […] El domingo día 17 de los corrientes, sobre las 8 de la mañana, se siguió desde su domicilio a José Ramírez Moreno, quien contactó con Juan Tena, responsable de Sabadell, dirigiéndose ambos a una casa, sita en el núm. 13, bajos, de la plaza de Santa Eulalia, en la cual se había observado, en vigilancias anteriores, la presencia de alguno de estos sujetos, por lo que se podía suponer que era el lugar empleado para sus reuniones subversivas. Dos horas más tarde hacía su entrada Pedro Ardiaca. Esta reunión que duró algunas horas se acabó aproximadamente a las 13.30 horas, saliendo al final de ella de uno en uno, procediéndose entonces —por considerar que el servicio ya estaba suficientemente maduro— a la detención, separadamente y en lugar alejado de dicha plaza, de los tres asistentes a ella.

Circunstancias de los comprometidos: Pedro Ardiaca Martí.— Aseguró se llamaba Luis Vila Vidal y residía en Lérida en la calle Remolins. Al enseñársele una fotografía de la época roja aparecida en el periódico Treball, órgano del PSUC, del cual era director, confesó su verdadero nombre de Pedro Ardiaca Martí. Agregó también ser miembro del Comité Central de dicho Partido y de su Comité Ejecutivo que había ido a Barcelona para trabajar en contra del Régimen actual y por la democratización del país, siendo responsable de la Organización actual. Firmó su declaración sin querer añadir nada más referente a sus actividades. Se le ocuparon un documento nacional de identidad, falso, a nombre de Luis Vila Vidal, así como un carnet del Colegio Oficial de Gestores Administrativos de Cataluña expedido al mismo nombre y que también se ha comprobado es falso. Tenía igualmente la cantidad de once mil pesetas en billetes del Banco de España y ciento ochenta francos nuevos, también en billetes. Se negó a dar su

domicilio actual.

Otras circunstancias del servicio: Como otra circunstancia del servicio, cabe señalar que del estudio de los documentos hallados en la cartera de Pedro Ardiaca ha podido determinarse que los anónimos enviados al Sr. Ministro de Información y Turismo fueron extendidos en el mismo papel ahora encontrado. Dado que la visita de la citada personalidad a Barcelona coincidió con la ofensiva política desencadenada por el Partido Comunista, en favor de Julián Grimau, es indudable que Ardiaca ha obedecido las consignas del Partido, cursando los referidos anónimos. En los actuales momentos, se verifica un peritaje de las máquinas de escribir ocupadas, con ocasión de este servicio, para confirmar de modo pleno esta suposición. Asimismo, se prosiguen las pesquisas, por toda clase de medios, para averiguar el último domicilio de Pedro Ardiaca en Barcelona.

Los detenidos ingresaron en la Prisión Provincial de Barcelona, a disposición de la Capitanía General de la IV Región Militar.

(Un hijo que clama libertad y amnistía en el Instituto Energético de Moscú entre mueras al fascismo y gritos estudiantiles contra Franco. Cuando yo vea a mi padre, de lo que estoy seguro, como de la libertad del pueblo español, le hablaré sin falta del ardiente sentimiento de solidaridad con el pueblo español que han demostrado los soviéticos en estos difíciles días para España, repica Radio Moscú. Un juicio. Una condena a veintiún años. Nueve años entre rejas y ya cuenta sesenta y dos al salir de ellas. Vuelta al PSUC. Luchas internas. Destitución. Expulsión. Nuevo partido. Siempre la P, siempre la C. Acta de diputado en el primer Parlament democrático. Paso a No Adscritos. Ictus. Hemiplejía. Viaje a Moscú para la recuperación, con escala en Berlín Oriental, cantando Ay, Carmela y La Internacional. Ingreso en el hospital reservado a los miembros del Comité Central del pcus. Infarto agudo de miocardio. Muerte en Moscú.)

73. ♗d4 ♘d7

En la tierra fértil del anticomunismo ha brotado una secta maoísta, puristas del marxismo-leninismo original: el del fantasma que recorre Europa acosado por las fuerzas reaccionarias; el del tren revolucionario que llega envuelto en humo a la estación petersburguesa de Finlandia, con La Marsellesa sonando mientras pisa el andén Vladímir Ilich, camarada Lenin.

El misterioso colectivo se autodenomina Comité Ad Hoc para una Línea Socialista Científica. Parece una facción secreta y radical dentro de un Partido Comunista estadounidense que se desangra en lenta hemorragia: 80.000 miembros en 1944 con la bandera roja acercándose al Reichstag; 25.000 afiliados en 1952; solo 11.000 en 1957; apenas 5.000 carnés en este 1962 con resaca de brujas cazadas.

Hace frío en Chicago cuando aparece un enigmático documento de dos páginas en los cenáculos comunistas. El título azora: ¿Marchitar el Partido de Lenin?

En plena escisión entre China y la Unión Soviética, con Kruschev condenando el estalinismo y contemporizando con Kennedy tras la crisis de los misiles, el escrito insta a los comunistas americanos a no flaquear en su ideología. Ha llegado el momento de deshacerse de las cadenas del revisionismo y regresar a los Principios Revolucionarios de Lenin, Stalin y Mao, dice el documento. La línea actual seguida por los soviéticos, de componenda y retirada frente al capitalismo decadente, empuja al desastre al orden socialista mundial, añade. Exigid un debate a fondo sobre estos graves problemas en vuestra sede, pide el Comité Ad Hoc al camarada que sostiene en sus manos este documento mecanografiado. Exigid una discusión ideológica y echad a los revisionistas como hicimos en 1945 y en los cincuenta, arenga el texto en su conclusión. Jerga comunista, poesía revolucionaria, agrupémonos todos en la purga final; una vieja tradición.

Es solo el primero de los numerosos boletines del Comité Ad Hoc que agrietarán la convivencia en el seno del Partido Comunista de los Estados Unidos. Que removerán sus cimientos al acusar a su dirección de estar vendida al capitalismo, y que provocarán un goteo de bajas, dimisiones, expulsiones. Y con ello, la división.

Pero detrás del purismo maoísta del misterioso Comité Ad Hoc no se oculta ningún trotskista con hoz reluciente y martillo virginal. Su creador y único miembro es Herbert K. Stallings, agente especial del FBI. Un experto en contrainteligencia. Un maestro en el arte de crear ficciones para alterar el tablero de la realidad —y qué es la realidad si no la suma del tablero y de las ficciones que lo rodean—.

Durante décadas, los historiadores se preguntaron quién dirigía Ad Hoc y su influyente boletín. Una incógnita. Hace muy poco, sin embargo, el escritor Aaron Leonard descubrió un archivo desclasificado del FBI donde se relata toda la operación diseñada y pilotada por el agente Stallings. Chicago: una ciudad con un grupo de estalinistas duros enfrentados con la dirección comunista estadounidense, un grupo que es extremadamente militante y considera que toda coexistencia pacífica con el capitalismo supone la venta del marxismo-leninismo. El boletín: preparado con enorme sencillez, con una ciclostil y estilo casero, salpicado de faltas intencionadas de ortografía y gramática, enviado de forma anónima a los presidentes de los clubes del Partido Comunista. El objetivo: socavar, desestabilizar, dividir e, idealmente, destruir el comunismo en Estados Unidos. Todo ello lo desgrana este archivo desclasificado de dos páginas, que adjunta el texto del primer boletín antes de su difusión.

Mientras discurre la operación de contrainteligencia del Comité Ad Hoc, hay 461 agentes del FBI infiltrados en el Partido Comunista estadounidense. Muchos peones que han penetrado en campo enemigo.

Uno se imagina a Herbert K. Stallings como un novelista, en la calma de su casa, escribiendo este folletín por entregas. La sonrisa en la comisura al cometer la falta de ortografía, el cigarrillo en el cenicero mientras urde la nueva trama y vislumbra los efectos en las vidas de sus personajes, peones de un Dios oculto que mueve las piezas. Uno lo imagina enfebrecido, con la coraza de la tranquilidad

que confiere el anonimato y el amparo del Estado y sus cloacas, mientras vuelca su talento al servicio del bando que le paga, y son varias las peticiones de aumento de salario que para él solicita un superior. Esgrime que el agente especial Stallings reúne los requisitos para este programa: buen juicio sostenido, discreción, imaginación, ingenio, iniciativa, un amplio conocimiento del comunismo a nivel local, nacional e internacional, dominio de la Historia, una escritura sobresaliente con su tono de camarada radical, un profundo conocimiento de personalidades concretas de la órbita comunista, y una aguda comprensión psicológica de las mentes de los comunistas, y es esa la frase que sale de una mente capitalista. Las recomendaciones de incremento de sueldo para el agente especial Stallings subrayan que el éxito de la oficina del FBI en Chicago es directamente atribuible a sus esfuerzos, que han situado a la oficina de Chicago en un nivel insuperable en el campo de la contrainteligencia comunista.

Más dinero para Stallings. Más dinero.

74. ♗e3 ♚c7

Hay que imaginar a esa pobre mujer. Le fusilaron al marido por ser concejal republicano del pueblo. Se lo fusilaron en 1943 frente al paredón de Paterna, paredón de España, cuando el olor a pólvora se había disipado por completo y el hígado nacional parecía haber depurado y excretado todo el odio biliar. Hay que imaginarla a ella, que nunca, ni una sola vez, fue a visitar a su marido a la cárcel porque él no quiso que su esposa presenciara y luego recordara las lúgubres escenas de terror cotidiano, el peor de los terrores, con los cubos de agua arrojados con saña, mala hostia bajo el bigote, para que los familiares agolpados se dispersaran. Podad el limonero, cuidad de los animales, regad las plantas, dale un beso a tu madre, y hay tanto barullo que a veces sus sílabas se pierden entre las galerías, las soledades y los otros poemas tétricos del horror carcelario, incrustados para siempre en la mente adolescente de su hijo, como el pañuelo blanco agitándose por la ventana de la celda 518 en señal de despedida. Hay que imaginar a esa pobre viuda de posguerra, y son ya veinte años de enlutado recuerdo, sin fuerzas siquiera para acompañar a sus hijos al pie de la tumba con cruz, enhiesto mármol resistente a paradojas, en esas visitas inefables al cementerio de Paterna. Vora el barranc del Carraixet hi ha un taronger d'amargues branques: penja una collita de màrtirs d'una mort amarada i pobra. A esa mujer hay que imaginarla, si es que alguien ajeno a semejante trauma emocional puede en verdad situarse en la tesitura de esta pobre mujer, oyendo decir al dictador, veinte años después del tiro que no oyó y cuyo eco no cesa, que han sido años de excepción y de sacrificio, de dificultades y combates, de mantener el rumbo frente a la incomprensión, el odio y el fanatismo. Él le habla a ella de incomprensión, de odio y de fanatismo.

De traje y corbata y con brillantes gemelos en los puños para su primer mensaje de fin de año televisado, españoles, dos puntos, el dictador alude al sólido prestigio internacional, a la evolución

patente en lo económico, al Estado constitucional creado en lo político, a ese gran esfuerzo que, sin duda, ha de asombrar un día a los historiadores, de haber levantado de la nada a la Nación. Esto que muchos ya llaman el milagro español ha sido nuestra obra común, dice.

Ya han pasado muchos años. Él, de hecho, está envejecido. Pero sigue hablando de 1935 como de un tiempo sin legalidad ni orden público en un país dividido a tal extremo, dice, que el odio y la sangre llegarían a cubrirlo. Han pasado veintisiete años, pero él sigue dando el parte del número de iglesias destruidas, los asaltos a templos con incendios sofocados y destrozos, los muertos y heridos, las bombas, las huelgas, los atracos. Habla de 1935, con siete cambios de gobierno frente a los diez habidos en los últimos veinticuatro años. Le encanta hablar de 1935; su partida nunca dejará de ser la de 1935. Quizá por ello mira al futuro desde el pasado, retrotopía antes de Bauman, nostalgia en sobredosis y asco a la modernidad.

Es gracioso oír al general superlativo.

Nosotros, dice, supimos descubrir con veinticinco años de adelanto los rumbos que el mundo había de tomar. El mismo asco y desprecio hacia la política de partidos que hoy se manifiesta en tantas naciones, antes lo sufrió el pueblo español con mucha mayor intensidad. El tiempo ha venido a darnos la razón, y hoy vemos como el mundo, aunque no quiera confesarlo, sigue los caminos que nosotros trillamos. Hemos hallado el sistema de democracia abierta y de autenticidad representativa que conviene a las aspiraciones nacionales de paz y justicia sociales. Por ello, aventura esa voz que sale del transistor en el papel de estratega visionario, la sociedad política futura no será la capitalista y liberal que conocimos, ni tampoco la materialista y bárbara del despotismo comunista soviético, sino muy próxima a la que nosotros concebimos.

Y esa mujer ya arrugada, de setenta y tres años, que no pisó la cárcel, que no va al cementerio, corazón marmóreo a la fuerza para seguir viviendo —porque se hace tan larga una vida—, oye al hombre que le amputó el futuro felicitar la Navidad y el Año Nuevo en espera de beneficios y venturas para nuestra patria.

75. ♗f4+ ♚c6

Sobriedad y sencillez. Es la impresión que infunde el interior de la abadía benedictina de Sant Cugat del Vallés, del siglo XI. Mínima decoración, luz tenue, piedra desnuda; la solemnidad espartana del románico rematada por el gótico primigenio de cimborrio y rosetón.

Sobriedad y sencillez se amoldan bien al hombre a quien este sábado, 28 de mayo de 2016, despiden en su funeral: Arturo Pomar Salamanca.

Llevaba dos semanas ingresado en el Hospital General de Sant Cugat. En la calma de la habitación se fue apagando, poco a poco, hasta sumirse en el último sueño. Con dulzura casi, sin querer pelear un final que veía perdido. Tenía 84 años. Su hijo Eduard y Ekaterina, la cuidadora, han sido los únicos testigos del adiós. Sin últimas palabras ni despedidas. Con resignación cristiana adentro y afuera el sol primaveral de las cinco de la tarde, la hora de los torneos.

Arturo Pomar ha muerto.

Ciento cincuenta personas ocupan la iglesia del Reial Monestir de Sant Cugat. El cuerpo fue velado el día anterior en el tanatorio más próximo al hospital. La alcaldesa de la ciudad y el presidente de la Federación Española de Ajedrez están sentados en esos mismos bancos a los que cada domingo por la tarde acudía Arturo, en el nom del Pare i del Fill i de l'Esperit Sant, a oír misa. Amén.

Acabado el sepelio, el féretro de Arturo es trasladado en un último viaje de veinte minutos hasta el cementerio de Les Roques Blanques, un bello parque natural de cincuenta hectáreas lleno de pinos, encinas, robles y cipreses. Sus restos van a ser incinerados en una combustión de dos horas a más de ochocientos grados. En la prensa, los obituarios despiden a Pomar. El Mozart del ajedrez. Una luciérnaga quemada por los focos. Un enorme y malogrado talento.

El niño de once años que afirmó la autoestima de todo un país. El icono deportivo de una España en blanco y negro devota de toreros y vírgenes. Ese héroe griego y calvo que batalló como el ejército de Pancho Villa en el Interzonal de Estocolmo. Un don Quijote, lanza en ristre, dispuesto a pelear solo y sin ninguna ayuda contra los molinos del ajedrez. Abandonado por los mismos que lo utilizaron. La leyenda del ajedrez español que tuvo que vivir como simple y anónimo funcionario de Correos. El niño prodigio eterno.

Vuelve Arturo al blanco y negro del periódico. El blanco y el negro han marcado tu vida. No solo en el tablero. El blanco y negro del NODO y de la prensa enladrillada que enaltecía las victorias del niño Arturito. El blanco y negro de un país lleno de hambre y vacío de libertad donde la hemeroteca más fiel reposaba en las cartillas de racionamiento, en los silencios de tardes endomingadas junto a la fosa común. El blanco resplandeciente de tu tiempo de gloria prematura, de tu repentina popularidad traducida en dinero y notoriedad. El negro del olvido mediático, del declive ajedrecístico, de la enfermedad que no te dejó ser Arturo Pomar hasta el final. Una vida enmarcada por el blanco y el negro. Y es curioso: siempre fuiste un hombre decantado por los grises. Sin estridencias, sin maximalismos. Sin palabras gruesas ni posturas rocosas. Justo lo contrario. Color gris peón, pese a las épocas en las que te quisieron dama todopoderosa. Color gris de un invierno frío en Estocolmo a casi tres mil kilómetros de casa. Color gris de una oficina de Correos donde ocupabas la mente en tardes grises. Uno cree que la vida es blanco y negro hasta reparar en la paradoja de que tan solo en los grises halla las esencias. Uno cree que el tablero tiene sesenta y cuatro casillas hasta que se descubre prisionero con grilletes en una cueva donde solo ve sombras del tablero. Ni hay un solo tablero ni las casillas en las que se juega la partida son sesenta y cuatro. Ni siquiera las casillas eran blancas y negras. La verdad desagradable asoma, y es que eres un peón movido por un jugador al que mueve un dios cualquiera. Y que, como en Borges, no sabes qué dios detrás de Dios la trama empieza. De polvo y tiempo y sueño y agonía.

76. ♔a8 ♚b6

La queda penumbra que precede al amanecer envuelve a un puñado de personas, tal vez cinco. La tumba fue excavada en secreto durante el último atardecer, como quería Bobby. Es enero, está nevado, hace mucho frío.

La palabra confín existe para nombrar este lugar. Islandia, una isla en el círculo polar ártico, a casi mil kilómetros del continente más próximo; Selfoss, un pequeño pueblo con cerro, río y cascada, de apenas seis mil habitantes, retirado de la capital. A las afueras del pueblo, en mitad de una nada de cielo bajísimo, veredas estrechas y caballos en pastura, una iglesia luterana vela en su jardín una decena de lápidas. La oscuridad invernal confiere a la atmósfera un carácter aún más lóbrego y remoto.

Doce minutos bastan para que el sacerdote acabe. La exigua comitiva fúnebre se deshace. Pronto va a amanecer un lunes empeñado en que al pueblo no le falte el abrazo protector de la monotonía. El silencio adensa el frío y al revés. Una cruz blanca de madera, provisional hasta que llegue el mármol ojival y rosado, queda clavada en tierra con una placa negra en su brazo horizontal:

Robert James Fischer

F. 9 mars 1943 - D. 17 januar 2008

Hvíl í friði

Tenía sesenta y cuatro años, como los escaques del tablero. No podía ser de otro modo.

En Islandia había encontrado la calma y el sosiego anhelados;

decir paz sería forzar un imposible en la mente de Bobby. Llevaba casi cuatro años en su tierra de acogida, Reikiavik, con una vida relajada. Pasaba largas horas en una librería de segunda mano sentado en la silla que el dueño le tenía reservada. Allí, en una esquina, leía, pensaba, echaba una cabezada. Frecuentaba la biblioteca pública como un aprendiz voraz. No se cansaba nunca de caminar y caminar y caminar. La gente lo respetaba y él parecía acostumbrarse a no sentirse perseguido ni espiado. A menudo comía en un par de restaurantes de confianza. Las excursiones al campo le proporcionaban un relajado bienestar. A veces, con su estrecho círculo de confianza, mostraba su cara más amable y divertida, arcoíris fugaz que obnubila y seduce y luego se añora hasta la próxima. Sentirse libre, una aspiración eterna automutilada que parecía estar rozando después de tantos años, de tantas celdas y madrigueras. Y justo en ese momento, el peligro acechó como nunca antes. No se llamaba Mossad ni CIA ni KGB; no era judío ni estadounidense. Se llamaba riñón y era una insuficiencia.

Ni medicamentos ni diálisis: Bobby se negó a obedecer los consejos médicos. El dolor crecía, la esperanza menguaba. Fue hospitalizado. Tumbado en la cama, gobernó con mano de hierro quién podría visitarle y quién no; qué podía comer y qué no; cómo y dónde había de ser su entierro y su discreta sepultura. Pidió que le mandaran una foto de su madre, fallecida diez años antes, para guardarla en el cajón de su mesilla, buenas noches mamá. Muy poco después de morir su madre había perdido la vida su hermana Joan. Mira, Bobby, he comprado este juego por un dólar, se llama ajedrez. El jaque mate como fin, el frágil rey de obligada defensa, la omnipotente dama, el movimiento cartesiano de la torre, las diagonales asesinas del alfil, la cabalgada en L del caballo. La corta andadura del peón.

77. a7 ♚c6

Tras nueve horas de juego, la partida de Estocolmo ha llegado a su movimiento final. Empezó el sábado en el restaurante Tre Kronor, barras y estrellas, siniestro aguilucho. Ahora, dos días después, en el sótano sin ventanas del Kungshallen, Fischer avanza el peón de la primera columna hasta el penúltimo escaque. Pomar reacciona con un desplazamiento lateral del rey. Son sus últimas jugadas. Ningún bando puede asestar el jaque mate; el equilibrio parece enquistado. Los dos ajedrecistas acuerdan dejar la partida en tablas. Unas tablas contra Fischer con un peón menos: gran proeza de Pomar.

El encuentro acaba. Los jugadores se levantan de la mesa y Bobby le dedica a Arturo una frase legendaria, mil veces repetida, andamiaje que soporta la cara más trágica del mito Pomar. Una frase que resume una partida, un torneo, una carrera, una vida: Pobre cartero español. Con lo bien que juegas, tendrás que volver a poner sellos cuando termine el torneo.

Pobre cartero español. La frase es de Fischer a Pomar. Pero podría ser de la Casa Blanca a Franco, mero emisario del capital, arrodillado ante Washington y sus bases militares en suelo español para poder sobrevivir con unos principios tan distintos a los del Movimiento original.

Pobre cartero español.

Podría ser la frase de Franco a cada uno de sus enemigos: comunistas, socialistas, maquis, obreros, cristianos de base, republicanos en el exilio, estudiantes revolucionarios, presos represaliados, democristianos, mujeres subversivas, etarras, falangistas de estirpe joseantoniana. Peones que así tomados, de uno en uno, son como polvo, no son nada.

Pobre cartero español.

Podría ser, sin la segunda parte, la frase del capitalismo americano a todos aquellos que desafían los intereses del imperio del dinero como última y suprema ideología: afroamericanos combativos, musulmanes armados, activistas antinucleares, pacifistas, universitarios rebeldes, pueblos indígenas, comunistas resistentes, defensores de la igualdad. Gente minúscula dispuesta a sacrificarse en una lucha colectiva.

Pobres carteros, pobres peones.

Lentos, pequeños, débiles, insignificantes; tantas veces manipulados, instrumentalizados. Pobres juguetes del destino que no se entregaron ni se apartaron junto al camino, no puedo más y aquí me quedo. Todos se sabían peón. Algunos quizá soñándose dama. Pero sabiendo, todos, que nunca un peón es solo un peón.

FUENTES

Este libro nació con la premisa de que ni una sola palabra atribuida a sus protagonistas ni el más nimio detalle de las historias narradas fueran producto de la imaginación del autor o de una recreación novelesca. Igual que ocurre con el ajedrez, la crónica no admite ni trampas ni atajos. Lo contrario es su jaque mate.

Para rastrear la vida de Arturo Pomar han sido de insustituible apoyo las tres biografías escritas sobre el ajedrecista español. La vida de Arturito Pomar (1946), de Juan Manuel Fuentes y Julio Ganzo; Artur Pomar, jugador d'escacs (2009), de Jeroni Bergas; y Arturo Pomar. Una vida dedicada al ajedrez (2009), escrito por Antonio López Manzano y Joan Segura Vila. A los autores de estos dos últimos trabajos les traslado mi especial gratitud y mi reconocimiento por su labor minuciosa y profesional, que me ha facilitado la tarea de una manera incalculable. Han completado la base documental principal la hemeroteca de la época, la consulta de boletines oficiales militares con la ayuda del teniente coronel Juan José Crespo Esbert, los vídeos del NODO, el documental El cartero genial, del programa Informe Robinson, el documental Arturo Pomar, la solitud d'un geni, emitido por el canal balear IB3, los apuntes del maestro Richard Guerrero Sanmartí, los comentarios y artículos del emblemático periodista Leontxo García, un interesante texto académico del investigador Juan Escourido, de la East Carolina University, y la información más íntima proporcionada, muy gentilmente, por Eduard Pomar, hijo de Arturo.

Para extraer los episodios básicos de la vida de Bobby Fischer y acercar al lector algunos documentos aún no conocidos en español, han sido muchos los libros consultados. Especial mención merece la biografía escrita por Frank Brady: Endgame. El espectacular ascenso y descenso de Bobby Fischer. Asimismo, la escucha, transcripción y traducción de algunas intervenciones radiofónicas o televisivas de Fischer han sido fundamentales para reproducir sus palabras exactas. La hemeroteca, de nuevo, ha jugado un papel decisivo.

Pero conviene destacar otros materiales, como los trabajos de los profesores Joseph G. Ponterotto y Jason D. Reynolds, de la Fordham University, o el libro de E. J. Rodríguez titulado Bobby Fischer: el ajedrez es la vida. La consulta de los libros que leía Fischer en su etapa de mayor fervor religioso y antisemita, como Los protocolos de los Sabios de Sión o los ejemplares de la revista Plain Truth Magazine, ha permitido extraer el torrente de pensamientos religiosos de Bobby en 1962. El libro de George Steiner Campo de fuerzas sobre la final de Reikiavik, el vídeo de la rueda de prensa inaugural antes de la revancha Fischer-Spassky, de 1992, así como una entrevista televisiva a Bobby en su último vuelo hacia Islandia, han posibilitado reconstruir fielmente aquellos momentos. El libro Bobby Fischer comes here, de Helgi Olafsson, desgrana interesantes detalles sobre sus últimos años en Islandia.

Para revivir al detalle la partida entre Pomar y Fischer en Estocolmo, así como todo cuanto rodeó aquel Torneo Interzonal de 1962, ha sido fundamental la investigación realizada de la mano de Peter Holmgren, historiador del ajedrez sueco. Como un detective sin tarifa y enamorado de su pasión, Peter se ha movido durante casi dos años —con generosa e inexplicable paciencia— entre documentos de la época y consultas a viejos ajedrecistas para poder reconstruir con la mayor exactitud posible horarios, emplazamientos, ambientes y hoteles que rodearon esa partida olvidada por la historia. La hemeroteca ha contribuido a esta recreación fidedigna, así como la consulta de fotografías antiguas de la capital sueca. Una reconstrucción jornada a jornada del Torneo Interzonal de 1962, realizada ex profeso con tabla de Excel mediante, ha permitido comprobar, por primera vez, la evolución real de Arturo Pomar en la clasificación de este torneo. Para el análisis ajedrecístico de la partida Fischer-Pomar, los comentarios de Luis Antón Ruiz, jugador del Club de Ajedrez Burjassot, y la complicidad entusiasta de Rafael Arroyo Viguer, miembro del mismo club y vicepresidente de la Federación de Ajedrez de la Comunitat Valenciana, han sido de una ayuda inestimable.

Para la parte histórica relativa a Estados Unidos en 1962, con el trasfondo de la Guerra Fría y la lucha por los derechos civiles, cada episodio narrado ha exigido la consulta de abundante bibliografía, hemeroteca, vídeos o documentos disponibles en

internet. Sería imposible, además de poco útil, enumerarlos uno a uno. Pero, por su relevancia, merecen ser destacados algunos. La tesis doctoral de Jon Coburn, en la Northumbria University, sobre la historia y la memoria del Women Strike for Peace entre 1961 y 1990, así como un minucioso artículo de la investigadora feminista Amy Swerdlow, han iluminado el papel de este movimiento pacifista de mujeres ante el Comité de Actividades Antiamericanas. Sobre la crisis de los misiles de Cuba y el papel de Rudolf Anderson, han sido de valiosa ayuda el libro One Minute to Midnight: Kennedy, Khrushchev, and Castro on the Brink of Nuclear War, de Michael Dobbs; el ensayo Above and Beyond: John F. Kennedy and America's Most Dangerous Cold War Spy Mission, de Casey Sherman y Michael J. Tougias, y el documental de la PBS Three Men Go to War. Sobre las infiltraciones del FBI en el Partido Comunista estadounidense y el caso concreto de Herbert K. Stallings, han constituido una fuente primordial los ensayos Heavy Radicals: the FBI's Secret War on America's Maoist's y A Threat of the First Magnitude: FBI Counterintelligence & Infiltration. From the Communist Party to the Revolutionary Union - 1962-1974, ambos libros escritos por Aaron J. Leonard y Conor A. Gallagher. Hay muchos detalles y frases literales del activista afroamericano Robert F. Williams que han sido tomados de su libro Negroes with Guns, de viejos ejemplares de la revista mensual The Crusader —publicada en el exilio por Robert F. Williams—, así como de un interesante artículo académico de Timothy B. Tyson sobre Robert F. Williams, el Black Power y la batalla por la libertad del movimiento afroamericano. Respecto a la cruzada personal del estudiante negro James Meredith, ha sido de gran utilidad su libro A Mission from God. A Memoir and Challenge for America. Los Diarios (1939-1968) de Thomas Merton y el libro The Other America, de Michael Harrington, así como un fantástico artículo de Peter Dreier sobre la pobreza invisible de la otra América, han iluminado los fragmentos relativos a estas cuestiones. Los detalles que aporta Frederick Knight en un artículo académico son la base para narrar la brutalidad policial que acabó en el asesinato del estadounidense y musulmán Ronald Stokes. Sobre el militar estadounidense George Fryett y su secuestro en Vietnam, los informes desclasificados de la CIA, la hemeroteca y el libro The Military and the Media. The US Army in Vietnam (1962-1968), de William M. Hammond, han sido fundamentales. Las películas de explosiones nucleares en suelo

norteamericano digitalizadas por el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore han permitido describir al detalle aquellos experimentos. Respecto al movimiento de lucha por los derechos de los pueblos nativos de América y, en concreto, sobre el caso de Clyde Bellecourt, merece ser destacado el libro En el espíritu de Caballo Loco, de Peter Matthiessen. Para el tema del movimiento de Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS), la base está en los artículos recogidos en «A New Insurgency: The Port Huron Statement and Its Times», editado por Howard Brick y Gregory Parker. Sobre el encarcelamiento del piloto americano Francis Gary Powers se ha revelado un hallazgo providencial, por su carga humana, el diario personal que Gary Powers llevó en la prisión soviética durante su cautiverio y que ha sido digitalizado y transcrito por la Smithsonian Institution, con la ayuda de voluntarios, para su consulta en línea. Los documentos de la CIA desclasificados y disponibles en los archivos de la JFK Library han completado la viga maestra de ese fragmento crucial de la Guerra Fría. Hay algunas obras que han servido de apoyo para documentar aspectos muy concretos y detalles en distintos temas. Sobresalen, por encima del resto, dos libros: Radicals in America: the US Left since the Second World War, de Howard Brick y Christopher Phelps; y The Spirit of the Sixties: Making Postwar Radicalism, escrito por James J. Farrell. También aporta detalles interesantes el libro de Christopher B. Strain The long sixties: America, 1955-1973 y, en un plano más general, el ensayo Nightmare in Red: The McCarthy Era in Perspective, de Richard M. Fried, así como la biografía J. F. Kennedy: una vida inacabada, de Robert Dallek.

Para la parte histórica relativa a España en 1962, con el trasfondo de la dictadura franquista y la lucha política y social, cada episodio narrado ha requerido una documentación ad hoc. Sobre la revuelta minera de Asturias han sido de inestimable ayuda los libros La furia y el silencio: Asturias, primavera de 1962, de Jorge M. Reverte, y dos obras coordinadas por el profesor Rubén Vega García: Las huelgas de 1962 y Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias. También han ayudado los documentales La huelga del silencio y Hay una luz en Asturias. El libro de Amandino Rodríguez Armada ¿Quién mató a Julián Grimau? ha sido la guía fundamental para el fragmento sobre el comunista ajusticiado. El discurso de Marcos

Ana en Londres y su obra poética, así como entrevistas y reportajes posteriores, apoyan el pasaje relativo al poeta encarcelado. Las Cartas íntimas desde el exilio (1962-1964), de Dionisio Ridruejo, en un trabajo exquisito de Jordi Amat y Jordi Gracia, y La primavera de Múnich, de Jordi Amat, han arrojado los datos y la perspectiva que necesitaba para expresar el dolor personal del Ridruejo exiliado y su peripecia hacia la reunión de Múnich. El libro Ramon Vila, Caracremada, el darrer maqui català, de Josep Clara, aporta los detalles imprescindibles sobre este último combatiente echado al monte y también sobre el maqui Pedro Sánchez. Las cartas de la Pirenaica. Memoria del antifranquismo, de Armand Balsebre y Rosario Fontova, han permitido recuperar una de aquellas alocuciones radiofónicas. El libro de María Antonia San Felipe Una voz disidente del nacionalcatolicismo: Fidel García Martínez, Obispo de Calahorra y La Calzada (1880-1973) es un monumento tan grande al rigor y al análisis en perspectiva como lo es la voluminosa biografía Diego Martínez Barrio. Palabra de republicano, de Leandro Álvarez Rey. Los dos libros han sido fuente básica de documentación para estos respectivos pasajes, y cabría añadir los trabajos de Juan María Laboa acerca del papel de los obispos españoles en el Concilio Vaticano II. Respecto a los detalles sobre el origen de ETA y su reunión de 1962, los libros ETA: historia política de una lucha armada, de Luigi Bruni, y ETA. 1958-2008. Medio siglo de historia, de Iker Casanova, han servido de ayuda. Sobre el movimiento estudiantil antifranquista, deben ser destacadas para este libro la información y documentación que recoge el ensayo colectivo Estudiantes contra Franco (1939-1975): oposición política y movilización juvenil, así como el artículo de Marc Baldó «Regeneración universitaria y movimiento estudiantil en España», y el espléndido documental Barcelona 1962. L'ombra dels Creix, de TV3. El libro Escrito para la Historia, de Blas Piñar, y el volumen Pilar Primo de Rivera. Escritos, son la voz directa de sus protagonistas y aportan datos fundamentales para los pasajes narrados. Ha sido interesante ojear la tesis doctoral de María Carmen Suárez, en la Universidad de Oviedo, titulada El feminismo asturiano en la oposición al franquismo y en la Transición democrática. Vivencias, conciencia y acción política. El informe de detención de Pere Ardiaca es tan frío como revelador para conocer su caso. Una historia de mi familia sirve, por desgracia, para sustentar el relato sobre la pobre viuda de posguerra. Los discursos

de Franco, consultables en www.generalisimofranco.com, reconstruyen cada palabra pronunciada por el dictador. Los de Kennedy, recopilados en la JFK Library, han permitido reproducir algunas de sus frases literales.

Igual que ha sido crucial la consulta de la hemeroteca o los anuarios estadísticos oficiales de España y Estados Unidos, es justo subrayar la gran importancia que en la documentación de esta obra han tenido YouTube o los fondos audiovisuales del NODO. Ambas plataformas han dado acceso a una catarata de vídeos que permiten recuperar detalles y describirlos en toda su realidad, ya sea la escena de Marilyn Monroe en el cumpleaños de Kennedy o las imágenes en blanco y negro de la inundación del pueblo de Tragó de Noguera. También ha sido fundamental utilizar las herramientas de Google Street View y Google Maps para poder describir innumerables aspectos: cómo es la calle de París en la que murió Diego Martínez Barrio, cómo son los recónditos alrededores de la tumba de Bobby Fischer en Islandia, a qué distancia se hallan unos puntos geográficos de otros, o qué aspecto tienen los escenarios de Estocolmo donde transcurrió la partida Fischer-Pomar de 1962, por citar solo cuatro ejemplos. Google Translator ha sido un fiel amigo para asomarse a textos de lenguas ajenas como el sueco o el islandés, también a veces con el inglés. Los registros meteorológicos de la época permiten saber si un día de 1962 hacía frío o llovía en una ciudad determinada. El calendario lunar responde a la duda de si nuestro satélite estaba en fase creciente o decreciente en un día determinado.

Hay un sinfín de artículos sobre la historia del ajedrez, sus protagonistas y sus términos que han intentado paliar mi distancia original, y acaso actual, respecto al fascinante mundo de las sesenta y cuatro casillas. Pero hay un par de libros que sí me gustaría señalar por su utilidad: La partida inmortal: Una historia del ajedrez, de David Shenk, y el añejo Diccionario de ajedrez de Ramón Ibero.

Si entre el marasmo de información y documentación consultada y rescatada se han colado algunos errores o inexactitudes, vayan mis disculpas por adelantado.